

Mary  
Higgins  
Clark

Carol  
Higgins  
Clark

*El ladrón*  
de la Navidad

Lectulandia

Un árbol será cortado en Vermont, para luego engalanar el Rockefeller Center en Navidad. Pero el árbol elegido contiene un valioso y viejo enigma que involucra a ladrones, justicieros y millonarios. Un enredo cada vez más peligroso, tras la pista de unos valiosos diamantes.

**Lectulandia**

Mary Higgins Clark & Carol Higgins Clark

# **El ladrón de la Navidad**

**Regan Reilly - 2**

ePub r1.4

Titivillus 15.01.15

Título original: *The Christmas thief*  
Mary Higgins Clark & Carol Higgins Clark, 2004  
Traducción: Matilde Fernández de Villavicencio

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A la consoladora memoria  
de nuestro querido amigo  
Buddy Lynch.  
Era lo mejor de lo mejor,  
un verdadero gran muchacho.

## AGRADECIMIENTOS

«¿Por qué no escribís un relato sobre un robo del árbol de Navidad del Rockefeller Center?», nos preguntó Michael Korda.

Esto sonaba como un divertido reto, así que nos embarcamos en el empeño de contar el cuento.

Ahora es el momento de dar los premios a la gente que nos ha soportado durante este empeño.

Estrellas titilantes para nuestros editores Michael Korda y Roz Lippel. ¡Sois los mejores!

Guirnaldas brillantes para nuestros agentes Gene Winick y Sam Pinkus, así como para nuestro publicista Lisl Cade.

Adornos dorados para la directora adjunta de edición Gypsy da Silva, la editora de mesa Rose Ann Ferrick y los correctores de pruebas Jim Stoller y Barbara Raynor.

Alzamos nuestra copa en un brindis por el sargento retirado Steven Marron y por el detective retirado Richard Murphy, por su perspicacia.

Cantamos alegres villancicos a Inga Paine, cofundadora del vivero Paine de árboles de Navidad, a su hija Maxine Paine-Fowler, a su nieta Gretchen Arnold y a su hermana Carlene Alien, que aceptaron que invadiésemos la tranquilidad de su tarde de domingo en el porche de su casa en Stowe, Vermont, con nuestras preguntas sobre los árboles que habíamos creado para estas páginas.

Una perdiz en un peral para Timothy Shinn, que nos explicó la logística para trasladar un árbol de nueve toneladas. Si hemos cometido algún error, por favor, perdónennos. Gracias a Jack Larkin por ponernos en contacto con Tim.

Un beso de vacaciones para nuestra familia y amigos, en especial para John Conheeney, Agnes Newton y Nadine Petry.

Caña de azúcar y cintas para Carla Torsilieri D'Agostino y Byron Keith Byrd por su «El árbol de Navidad del Rockefeller Center», relato sobre el famoso árbol.

Una muy especial coral de gratitud para la gente del Rockefeller Center por la alegría que proporcionan a innumerables personas desde hace siete décadas con su tradición de poner y decorar el árbol de Navidad más famoso del mundo.

Para acabar, para vosotros, nuestros lectores, nuestros mejores deseos. Que sean vuestras vacaciones felices, llenas de dicha, alegres y luminosas.

*Pienso que nunca veré  
un poema tan encantador como un árbol.*

*Joyce Kilmer*

# Capítulo 1

Packy Noonan trazó cuidadosamente una x en el calendario que había clavado en la pared de su celda de la prisión federal ubicada en las proximidades de Filadelfia, la ciudad del amor fraternal. Packy rebosaba de amor por el prójimo. Llevaba doce años, cuatro meses y dos días como huésped del gobierno de Estados Unidos. No obstante, como había cumplido el ochenta y cinco por ciento de su condena y había sido un preso ejemplar, el comité de libertad condicional había decretado, no del todo convencido, su puesta en libertad para el 12 de noviembre. Solo faltaban dos semanas.

Packy, cuyo nombre completo era Patrick Coogan Noonan, era un timador de talla mundial que había estafado cerca de cien millones de dólares a ingenuos inversores a través de una empresa, en apariencia legítima, que él mismo había creado. Cuando se descubrió el pastel, los cerca de ochenta millones que quedaron después de restar el dinero que Packy se había gastado en casas, coches, joyas, sobornos y damas de dudosa reputación, no aparecieron por ningún lado.

Durante sus años en prisión jamás alteró su versión. Packy insistía en que sus dos socios habían huido con el dinero y que él, al igual que sus víctimas, había sido también víctima de su propia candidez.

De cincuenta años, rostro enjuto, nariz aguileña, ojos muy juntos, escaso cabello moreno y una sonrisa que inspiraba confianza, Packy había soportado sus años de confinamiento con estoicismo. Sabía que el día de su puesta en libertad, los ochenta millones que aún conservaba bastarían para compensarle por las molestias sufridas.

Tenía previsto adquirir una nueva identidad en cuanto recogiera el botín. Un avión privado le llevaría a Brasil, donde ya tenía contratado a un cirujano plástico de renombre para que le cambiara aquellos de sus marcados rasgos capaces de delatar lo que pasaba por su cerebro.

Sus socios, que ahora residían en Brasil y estaban viviendo con diez millones de dólares de los fondos desaparecidos, lo habían organizado todo. Packy había escondido el resto de la fortuna antes de que la policía le detuviera, de ahí que supiera que podía contar con la colaboración de sus cómplices.

El plan era que, una vez libre, Packy se personara en su centro de reinserción social de Nueva York, tal como exigían las condiciones de su libertad condicional, cumpliera obedientemente el reglamento durante un día, se quitara de encima a quien pudiera estar siguiéndole y se reuniera con sus socios para dirigirse a Stowe, una localidad situada en el estado de Vermont. Allí ya tendrían alquilada una casa, un camión plataforma, un granero para esconder el vehículo y todo el instrumental necesario para talar un árbol enorme.

—¿Por qué a Vermont? —Había querido saber Giuseppe Como, más conocido como Jo-Jo—. Nos dijiste que habías escondido el botín en New Jersey. ¿Nos estabas

mintiendo, Packy?

—¿Crees que te mentiría? —Había preguntado, ofendido, Packy—. Puede que tenga miedo de que hables en sueños.

Jo-Jo y Benny, gemelos de cuarenta y dos años, habían participado en la estafa desde el principio, pero ambos habían reconocido humildemente que carecían del ingenio necesario para concebir grandes planes. Por tanto, aceptaban su papel de soldados de infantería de Packy y se conformaban gustosamente con las migajas que este les dejaba, pues, después de todo, eran migajas lucrativas.

—Oh, árbol de Navidad, mi árbol de Navidad —susurró Packy para sí, imaginando que encontraba una rama en concreto de un determinado árbol de Vermont, y recuperaba la petaca llena de diamantes que llevaba más de trece años allí escondida.

## Capítulo 2

Aunque esa tarde de mediados de noviembre hacía frío, Alvirah y Willy Meehan decidieron hacer a pie el trayecto entre la reunión del Grupo de Apoyo a los Ganadores de Lotería y su apartamento en el sur de Central Park. Alvirah había creado el grupo cuando ella y Willy ganaron cuarenta millones de dólares en la lotería y empezaron a recibir correos electrónicos de personas que los advertían que también ellas habían ganado mucho dinero, pero que se lo habían pulido en un abrir y cerrar de ojos. Este mes habían adelantado unos días la reunión porque tenían previsto ir a Stowe, Vermont, para pasar un fin de semana largo en el Trapp Family Lodge con su buena amiga y detective privada Regan Reilly, su prometido Jack Reilly, jefe de la Brigada de Casos Principales del Departamento de Policía de Nueva York, y Luke y Nora, los padres de Regan. Nora era una escritora de novelas de misterio de renombre y Luke dirigía una funeraria. Aunque el negocio iba viento en popa, había asegurado que ningún cadáver le impediría disfrutar de estos días de vacaciones.

Casados desde hacía cuarenta años y ambos sexagenarios, Alvirah y Willy estaban viviendo en Flushing, Queens, la noche que las bolitas habían empezado a caer, con un número mágico en cada una, en el mismo orden al que los Meehan llevaban años jugando, una combinación de las fechas de sus respectivos cumpleaños y su aniversario de boda. En aquel momento Alvirah estaba sentada en la sala de estar, con los pies en remojo tras un duro día de limpieza de los viernes en la casa de la señora O'Keefe, una vaga redomada. Willy, fontanero autónomo, acababa de volver de reparar un lavabo en el viejo edificio de apartamentos vecino. Tras un primer instante de absoluta estupefacción, Alvirah se había levantado de un salto, volcando la palangana en el instante, y con los pies chorreando agua, se había puesto a bailar por toda la sala con Willy, llorando y riendo al mismo tiempo.

Desde el primer día ella y Willy habían actuado con sensatez. El único lujo que se permitieron fue la compra de un apartamento con tres habitaciones y una terraza que daba a Central Park. E incluso en eso fueron prudentes, pues conservaron su apartamento de Flushing por si el estado de Nueva York quebraba y no podía seguir pagándoles las cuotas. Ahorraban la mitad del dinero que recibían cada año y lo invertían sabiamente.

El cabello rojo anaranjado de Alvirah, ahora peinado por Antonio, el peluquero de las estrellas, pasó a un tono rubio rojizo. Su amiga la baronesa Min von Schreiber había elegido el elegante traje pantalón de tweed que ahora lucía. Min solía rogarle que no fuera sola de compras, pues en su opinión Alvirah era una víctima ideal para los vendedores que intentaban deshacerse de los errores de los encargados de compras.

Aunque había dejado a un lado la fregona, en su nueva vida Alvirah estaba más ocupada que nunca. Su tendencia a meterse en problemas y resolver conflictos la había convertido en una detective aficionada. Para ayudar a capturar malhechores, en

su enorme broche de solapa, con forma de sol, llevaba escondido un micrófono que conectaba cuando intuía que la persona con la que estaba hablando tenía algo que ocultar. Durante sus tres años de multimillonaria había resuelto una docena de delitos y escrito sobre ellos en *The New York Globe*, un periódico semanal. Sus artículos gustaban tanto a los lectores que ahora gozaba de una columna bisemanal incluso cuando no tenía un delito del que hablar.

Willy había cerrado su empresa individual pero trabajaba más que nunca, pues dedicaba su experiencia de fontanero a mejorar las vidas de las personas ancianas del West Side, bajo la dirección de su hermana mayor, sor Cordelia, una extraordinaria monja dominica.

Hoy el Grupo de Ganadores de Lotería se había reunido en un fastuoso apartamento de la torre Trump, propiedad de Herman Hicks, un hombre al que le había tocado la lotería no hacía mucho y que, según Alvirah estaba diciendo ahora a Willy con preocupación, «se está puliendo el dinero demasiado deprisa».

Estaban a punto de cruzar la Quinta Avenida a la altura del hotel Plaza.

—El semáforo se ha puesto ámbar —dijo Willy—. Con tanto tráfico no me gustaría que nos quedáramos atrapados en medio de la calle. Podrían arrollarnos.

Alvirah hubiera apretado gustosamente el paso. Detestaba desaprovechar un semáforo, pero Willy era un hombre prudente. He ahí la diferencia entre él y yo, pensó con indulgencia. A mí me gusta correr riesgos.

—Creo que a Herman le irá bien —la tranquilizó Willy—. Como bien dijo, siempre soñó con vivir en la torre Trump, y los inmuebles son una buena inversión. Compró el mobiliario a la gente que dejó el piso. El precio parecía razonable, y salvo por el armario que adquirió en Paul Stuart, está gastando con moderación.

—A un viudo de setenta años sin hijos y veinte millones de dólares netos le van a llover las señoras dispuestas a cocinar para él —dijo Alvirah con preocupación—. Ojalá se diera cuenta de lo maravillosa que es Opal.

Opal Fogarty pertenecía al Grupo de Ganadores de Lotería desde su creación. Había ingresado después de leer sobre el mismo en la columna que Alvirah tenía en *The New York Globe*, porque, según dijo: «Yo soy una ganadora de lotería convertida en una perdedora y me gustaría aconsejar a otros ganadores para que no se dejen timar por sinvergüenzas».

Hoy, como había dos socios nuevos, Opal había relatado su historia. Había invertido en una empresa de transportes y lo único que su fundador había transportado era dinero de la cuenta de Opal a su propio bolsillo.

—Me tocaron seis millones de dólares en la lotería —explicó—. Después de pagar impuestos, me quedaron tres millones. Un tipo llamado Patrick Noonan me convenció para que invirtiera en su empresa. Yo siempre he sentido devoción por san Patrick y pensé que alguien con ese nombre tenía que ser honrado. En aquel entonces ignoraba que todo el mundo llamaba a ese sinvergüenza Packy. La semana que viene saldrá de la cárcel —prosiguió—. Me encantaría ser invisible para poder seguirle,

porque estoy segura de que tiene escondido mucho dinero en algún lado.

Los ojos azules de Opal se habían llenado de lágrimas de impotencia al pensar que Packy Noonan conseguiría hacerse con el dinero que le había robado.

—¿Perdiste todo el dinero? —había preguntado, solícito, Herman.

Fue el tono dulce de su voz lo que había puesto en alerta roja la mente casamentera de Alvira.

—Recuperamos un total de ochocientos mil dólares, pero la minuta de la firma de abogados asignada por el tribunal para buscar nuestro dinero ascendía a casi un millón de dólares, de modo que no nos quedó nada.

No era un suceso extraño que Alvira estuviera pensando en algo y Willy hiciera un comentario al respecto.

—La historia de Opal impresionó sobremanera a la joven pareja que ganó seiscientos mil dólares rascando un cupón —dijo ahora Willy—, pero de poco le servía eso a Opal. Tiene sesenta y siete años y sigue trabajando de camarera en una cafetería, donde debe cargar con bandejas demasiado pesadas para ella.

—Pronto tendrá unos días de vacaciones —comentó Alvira—, pero apuesto a que no podrá permitirse salir de la ciudad. Oh, Willy, somos tan afortunados.

Le sonrió fugazmente, pensando por décima vez ese día que Willy era un hombre muy apuesto. Con su masa de pelo blanco, su tez rubicunda, sus vivos ojos azules y su constitución grande, mucha gente comentaba que Willy era la viva imagen del difunto Tip O'Neil, el legendario presidente de la Cámara de Representantes.

El semáforo se puso verde. Cruzaron la Quinta Avenida y caminaron por la linde sur de Central Park hasta su apartamento, situado después de la Séptima Avenida. Alvira señaló a una pareja que estaba subiendo a un coche de caballos para dar un paseo por el parque.

—Me preguntó si él piensa proponerle matrimonio —dijo—. ¿Recuerdas que tú me lo propusiste ahí?

—Por supuesto que lo recuerdo —respondió Willy—. Me pasé todo el trayecto temiendo no tener suficiente dinero para pagar al cochero. En el restaurante quería dar una propina de cinco dólares al camarero y, burro de mí, le di cincuenta. No me di cuenta hasta que busqué la sortija en el bolsillo para ponértela en el dedo. Me alegro de que hayamos decidido ir a Vermont con los Reilly. Podríamos dar un paseo en uno de esos trineos tirados por caballos.

—Lo que tengo claro es que no pienso hacer esquí alpino —dijo Alvira—. Por eso dudé cuando Regan nos propuso ir. Ella, Jack, Nora y Luke son excelentes esquiadores. Pero nosotros podemos hacer esquí de fondo, tengo algunos libros que me gustaría leer y hay senderos para pasear. Seguro que no nos aburrirnos.

Quince minutos más tarde, en su acogedora sala de estar con impresionantes vistas a Central Park, Alvira procedió a abrir un paquete que le había entregado el portero.

—Willy, no puedo creerlo —dijo—. Todavía no es siquiera Acción de Gracias y

Molloy, McDermott, McFadden y Markey ya nos han enviado un regalo de Navidad.

Las cuatro M, como se la conocía en Wall Street, era la agencia de corredores de bolsa que Alvirah y Willy habían elegido para que manejaran el dinero que destinaban a comprar bonos del Estado o acciones de empresas sólidas.

—¿Y qué es? —preguntó Willy desde la cocina mientras preparaba dos manhattans, su cóctel preferido de las cinco.

—Todavía no lo he abierto —contestó Alvirah—. Ya sabes la cantidad de plástico con que envuelven estas cosas, pero creo que es una botella o un tarro de algo. La tarjeta dice «Felices Vacaciones». Caramba, qué prisas. Ni siquiera estamos en Acción de Gracias.

—Sea lo que fuere, no quiero que te estropees las uñas —le dijo Willy—. Yo lo abriré.

«No quiero que te estropees las uñas». Alvirah sonrió para sí al recordar los años en que no le había merecido la pena ponerse una sola gota de laca en las uñas porque la lejía y los jabones agresivos que empleaba para limpiar las casas se las destrozaban.

Willy entró en la sala de estar con una bandeja que contenía dos copas y un plato con queso y galletas saladas. La oferta gastronómica de Herman en la reunión había sido Twinkies y café instantáneo, y Willy y Alvirah habían rechazado ambas cosas.

Dejó la bandeja sobre la mesa y levantó el paquete. Tirando con fuerza, retiró la cinta adhesiva y el plástico de burbujas. Su rostro pasó de la expectación a la sorpresa, y de ahí a la estupefacción.

—¿Cuánto dinero tenemos invertido con las cuatro M? —preguntó.

Alvirah se lo dijo.

—Cariño, ven a ver esto. Nos han enviado un tarro de sirope de arce. ¿Les parece adecuado como regalo de Navidad?

—Seguro que es una broma —exclamó Alvirah, meneando la cabeza y arrebatándole el tarro. Entonces leyó la etiqueta—. Willy, mira—dijo—. El sirope no es el único regalo. ¡Nos han regalado un árbol! Lo dice aquí. «Este sirope procede del árbol reservado a Willy y Alvirah Meehan. Por favor, vengán y sangren su árbol para rellenar este tarro cuando esté vacío». Me pregunto dónde estará el árbol.

Willy se puso a rebuscar en la caja.

—Aquí hay una hoja. Es un mapa. —Lo examinó y rompió a reír—. Cariño, ya tenemos algo más que hacer cuando estemos en Stowe. Podemos ir a ver nuestro árbol. Según este mapa, está justo al lado de la propiedad de la familia Trapp.

Sonó el teléfono. Era Regan Reilly llamando desde Los Ángeles.

—¿Todo listo para ir a Vermont? —preguntó—. Nada de echarse atrás, ¿eh?

—En absoluto, Regan —le aseguró Alvirah—. Tengo un asunto que resolver en Stowe. He de encontrar un árbol.

## Capítulo 3

—Debes de estar agotada, Regan —se preocupó Nora Regan Reilly, mirando cariñosamente a su única hija, que estaba sentada al otro lado de la mesa del desayuno.

Para los demás, la hermosa Regan de cabello azabache era una estupenda detective privada, pero para Nora su hija de treinta y un años seguía siendo la niña por la que daría su vida.

—Yo la veo bien —opinó Luke Reilly, dejando la taza de café encima de la mesa con ese gesto resuelto que anunciaba su partida.

Un traje azul marino con camisa blanca y corbata negra, uno más de la media docena de atuendos idénticos que poseía, cubría su cuerpo larguirucho de metro noventa y cinco. Luke era dueño de tres funerarias en el norte de New Jersey, de ahí que tuviera que vestir con discreción. Su atractiva cabeza plateada hacía juego con su rostro delgado, que podía parecer sombrío en caso necesario pero que siempre tenía una sonrisa fuera de las salas de visita. Ahora esa sonrisa envolvía a su esposa y su hija.

Estaban sentados a la mesa del desayuno de la casa que los Reilly tenían en Summit, New Jersey, el hogar donde Regan había crecido y en el que Luke y Nora seguían viviendo. También era el lugar donde Nora Regan Reilly escribía las novelas de misterio que la habían hecho famosa. Se levantó para darle a su marido un beso de despedida. Desde que lo habían secuestrado un año atrás, nunca salía por la puerta sin que a ella la embargara el temor de que pudiera ocurrirle algo malo.

Al igual que Regan, Nora poseía facciones clásicas, ojos azules y tez blanca. A diferencia de Regan, era rubia. Con una estatura de metro sesenta, medía diez centímetros menos que su hija y muchos menos aún que su marido.

—No te dejes secuestrar —bromeó solo a medias—. Queremos salir para Vermont a las dos como muy tarde.

—Por lo general, a la gente solo la secuestran una vez en la vida —señaló Regan—. Lo vi la semana pasada en una estadística.

—Y no olvides —le recordó Luke por enésima vez— que, de no haber sido por el dolor y el sufrimiento que padecí, Regan no habría conocido a Jack y ahora no estarías organizando una boda.

Jack Reilly, jefe de la Brigada de Casos Principales del Departamento de Policía de Nueva York y ahora prometido de Regan, había trabajado en el caso de la desaparición de Luke y su joven chófer. No solo atrapó a los secuestradores y recuperó el rescate, sino que en el proceso capturó el corazón de Regan.

—No puedo creer que lleve dos semanas sin ver a Jack —suspiró Regan mientras untaba mantequilla en un panecillo—. Quería recogerme en el aeropuerto de Newark esta mañana, pero le dije que no me importaba tomar un taxi. Tuvo que ir a la oficina a arreglar algunas cosas pero estará aquí a las dos. —Regan bostezó—. Volar de

noche me deja un poco atontada.

—Pensándolo bien, creo que tu madre tiene razón —dijo Luke—. Un par de horas de sueño no te harían daño.

Besó a Nora, le alborotó el pelo a Regan y se marchó.

Regan rió.

—Juraría que todavía piensa que tengo seis años.

—Porque estás a punto de casarte. Ya ha empezado a decir que está impaciente por tener nietos.

—Dios, solo de pensar en eso me canso todavía más. Creo que subiré a tumbarme.

Una vez sola, Nora se sirvió otro café y abrió el *The New York Times*. Las maletas ya estaban en el coche. Quería dedicar la mañana a hacer anotaciones sobre el nuevo libro que acababa de empezar. Todavía no había decidido si Celia, la protagonista, sería interiorista o abogada. Dos tipos de persona diferentes, lo sabía, pero como interiorista resultaba verosímil que Celia hubiera conocido a su primer marido cuando le decoraba el apartamento de Manhattan. No obstante, si era abogada la historia requería otra dinámica.

Lee el periódico, se dijo. Primera lección para una escritora: poner el subconsciente en suspensión hasta que te sientes delante del ordenador. Miró por la ventana. La habitación del desayuno daba a un jardín, ahora nevado, que conducía a la piscina y la pista de tenis. Me encanta esto, pensó. La gente que habla mal de New Jersey me saca de quicio. En fin, como solía decir papá, no saben lo que se pierden.

Envuelta en su albornoz de raso acolchado, Nora se sentía a gusto y contenta. En lugar de perseguir a sinvergüenzas por Los Angeles, Regan estaba en casa y pasaría el fin de semana con ellos. Se había prometido a Jack unas semanas antes y nada menos que a bordo de un globo. Sobre Las Vegas. A Nora le traía sin cuidado dónde o cómo ocurriera, pero estaba entusiasmada con la idea de organizar al fin la boda de Regan. Y no existía un hombre mejor para ella que el maravilloso Jack Reilly.

En unas horas partirían hacia el hermoso Trapp Family Lodge, el hotel donde iban a encontrarse con sus queridos amigos Alvirah y Willy Meehan. ¿Qué más podía pedir?, pensó Nora mientras hojeaba la sección metropolitana del periódico. Sus ojos se posaron de inmediato en la foto en primera plana de una atractiva mujer posando en un bosque con falda larga, blusa y chaleco. El titular decía:

EL CENTRO ROCKEFELLER  
YA HA ELEGIDO ÁRBOL.

La cara de esta mujer me suena, pensó Nora mientras leía el artículo por encima.

Una píceca azul de veinticinco metros procedente de Stowe, Vermont, está a punto de ocupar su puesto como el árbol de Navidad más famoso del mundo de este año. Elegido por su majestuosa belleza, fue plantado hace casi cincuenta años en un bosque próximo a las tierras de la legendaria familia Von Trapp. Casualmente, Maria

von Trapp estaba paseando por el bosque en el momento en que el árbol era plantado y le hicieron una foto posando al lado. Dado que está a punto de cumplirse el cuarenta aniversario de la película musical más famosa del mundo, Sonrisas y lágrimas, y que la película resalta los valores familiares y el coraje frente a la adversidad, el árbol gozará de un recibimiento especial a su llegada a Nueva York.

Será cortado el lunes por la mañana, trasladado en un camión plataforma hasta una barcaza cerca de New Haven y transportado por Long Island Sound hasta Manhattan. A su llegada al centro Rockefeller será recibido por un coro de cientos de escolares de toda la ciudad que interpretarán un popurrí de canciones de Sonrisas y lágrimas.

—Mira tú por dónde —exclamó Nora—. Cortarán el árbol mientras estemos allí. Será divertido verlo. —Y se puso a tararear—: «Las colinas tienen vida...».

## Capítulo 4

Esa misma mañana, a solo ciento cincuenta kilómetros, Packy Noonan despertaba con una sonrisa de felicidad en la cara.

—¿Es hoy tu gran día, Packy? —le preguntó agriamente C. R., el mafioso de la celda contigua.

Packy comprendía el motivo de su hosquedad. C. R. sólo iba por el segundo año de los catorce que tenía de condena y todavía no se había adaptado a la vida detrás de los barrotes.

—Lo es —convino Packy amigablemente mientras recogía sus cosas: artículos de tocador, ropa interior, calcetines y una foto de su difunta madre.

Siempre se refería a ella con cariño y lágrimas en los ojos cuando hablaba en la capilla en calidad de consejero de sus compañeros de prisión. Explicaba que ella siempre había visto la bondad en él, incluso cuando había elegido el mal camino, y que en su lecho de muerte le dijo que estaba segura de que acabaría siendo un ciudadano cabal.

En realidad, Packy no había visto a su madre en veinte años antes de que falleciera. Tampoco juzgaba conveniente compartir con sus compañeros de cárcel el hecho de que en el testamento, tras dejar sus escasos bienes a las Hermanitas de la Caridad, la mujer hubiera escrito: «Y a mi hijo Patrick, por desgracia conocido como Packy, le dejo un dólar y su trona, porque solo me dio alegrías mientras fue lo bastante pequeño para sentarse en ella».

Mamá sabía expresarse, pensó Packy con ternura. Supongo que heredé mi labia de ella. La mujer del comité de libertad condicional casi había roto a llorar cuando, en su vista, Packy había explicado que rezaba a su madre todas las noches. Así y todo, de poco le había servido. Había cumplido hasta el último día de la condena mínima y dos años más. Su defensora había perdido ante el resto del comité por seis a uno.

La chaqueta y los pantalones con que había ingresado en prisión estaban pasados de moda, naturalmente, pero Packy experimentó un gran placer al ponérselos de nuevo. Hechos a medida en Armani con el dinero que había estafado. En su opinión todavía le quedaban bien, aunque eso no significaba que fueran a durar más de treinta segundos en su armario cuando llegara a Brasil.

Su abogado, Thoris Twinning, debía recogerle a las diez en punto para acompañarle al centro de reinserción social del Upper West Side de Manhattan, conocido como El Castillo. A Packy le encantaba el hecho de que en otros tiempos El Castillo hubiera sido, en dos ocasiones, un instituto para señoritas católicas. Si mamá supiera eso, pensó, creería que estoy profanando el lugar.

Debía quedarse dos semanas en el centro para familiarizarse de nuevo con ese mundo donde la gente trabajaba realmente para sobrevivir. Sabía que habría sesiones de grupo donde se explicarían las normas para entrar y salir del centro y la

importancia de mantener la comunicación con el agente de libertad condicional. Le aseguraron que en El Castillo podrían encontrarle un alojamiento permanente. Packy supuso que se trataría de una pensión deprimente en Staten Island o en el Bronx. Los consejeros también le ayudarían a encontrar trabajo con rapidez.

Packy estaba impaciente. Sospechaba que la firma de abogados asignada por la Oficina de Valores para encontrar el dinero que habían perdido los inversores tenía a alguien siguiéndole. Nada le apetecía tanto como el placer de darle esquinazo. Nada que ver con lo ocurrido trece años atrás, cuando había detectives por todo Manhattan buscándole. Le arrestaron justo cuando estaba a punto de marcharse a Vermont para recuperar el botín y abandonar el país. Algo que no volvería a pasar.

Le habían explicado que el domingo por la mañana podría salir de El Castillo, pero que tenía que estar de vuelta antes de la cena. Y ya tenía pensado cómo iba a quitarse de encima al papanatas que probablemente le estaría siguiendo.

A las diez cuarenta del domingo Benny y Jo-Jo le estarían esperando en la esquina de Madison con la Cincuenta y uno dentro de una furgoneta con una baca en el techo. Y cuando él llegara pondrían rumbo a Vermont. Seis meses antes, siguiendo sus instrucciones, Benny y Jo-Jo habían alquilado una casa cerca de Stowe. La única ventaja de esa casa era que tenía un granero decrepito pero lo bastante grande para albergar un camión plataforma.

Los gemelos habían instalado en la casa a un conocido, un tipo sin antecedentes increíblemente ingenuo y encantado con que le pagaran por cuidar del lugar.

Ya que si las cosas se complicaban y la policía se ponía a buscar un camión plataforma con un árbol encima, no empezaría por las casas que estaban habitadas. Tendría muchas casas con granero de esquiadores de fuera del pueblo que registrar primero. Por lo general, los esquiadores no llegaban hasta pasado Acción de Gracias.

Escondí la petaca de diamantes en la rama hace trece años y medio, pensó Packy. Una píceo crece unos cuarenta y cinco centímetros al año. La rama que marqué se hallaba entonces a unos seis metros del suelo. Yo estaba en lo alto de una escalera de seis metros. Esa misma rama debería estar ahora a unos doce metros del suelo. El problema es que no existen escaleras de mano de esa altura.

Por eso tenemos que llevarnos el árbol entero, y si alguien sin otra cosa que hacer que meter las narices en los asuntos de los demás hace preguntas, le diremos que vamos a adornarlo para el desfile de Navidad de Hackensack, New Jersey. Jo-Jo tiene una licencia falsa para cortar el árbol y una carta, también falsa, del alcalde de Hackensack donde el hombre da las gracias a los Pickens por el árbol, de modo que de eso no hay que preocuparse.

El ágil cerebro de Packy saltaba de un lado a otro, buscando algún fallo en el razonamiento, pero no encontró ninguno. Satisfecho, siguió repasando el plan. Luego metemos el camión en el granero, buscamos la rama donde está escondido el botín y nos largamos a Brasil. Cha, cha, cha.

Todo eso le corría por la mente mientras engullía su último desayuno en el

Correccional Federal. Cuando hubo terminado, se despidió afectuosamente de sus compañeros.

—Buena suerte, Packy —dijo solemnemente Tom Manos Largas.

—No dejes de rezar —le instó un veterano entrecano—. Mantén la promesa hecha a tu madre de que serás un buen ejemplo para los jóvenes.

Ed, el abogado que se había pulido los depósitos de sus clientes, sonrió y agitó perezosamente una mano.

—Te doy tres meses antes de que vuelvas —pronosticó.

Packy disimuló el efecto de ese comentario.

—Te enviaré una postal, Ed —respondió—. Desde Brasil —añadió entre dientes mientras seguía al guardia hasta el despacho del director, donde le aguardaba Thoris Twinning, su abogado de oficio.

Thoris estaba radiante.

—Feliz día —exclamó—. Feliz, feliz día. Te traigo excelentes noticias. He estado en contacto con tu agente de la libertad condicional y te ha encontrado un trabajo. El lunes de la semana que viene estarás trabajando en el bufet de ensaladas del Palace-Plus, la cafetería que está en Broadway con la Noventa y siete.

El lunes de la semana que viene tendré a un montón de sirvientes poniéndome uvas en la boca, pensó Packy; pero conectó la sonrisa arrebatadora que había cautivado a Opal Fogarty y otros doscientos inversores de la Empresa de Transportes Patrick Noonan.

—Los ruegos de mi madre han sido escuchados —exclamó con regocijo. Elevó la mirada al cielo y con una expresión de gozo en su anguloso rostro, suspiró—: Un trabajo honrado con una paga honrada. Justo lo que mamá siempre quiso para mí.

## Capítulo 5

—Qué maravilla de coche —comentó Opal Fogarty desde el asiento trasero del Mercedes de Alvirah y Willy—. Cuando era niña, en mi casa teníamos una camioneta. Mi padre decía que le hacía sentirse como un vaquero. Mi madre le contestaba que la camioneta funcionaba como un novillo apurado y que por eso entendía que se sintiera como un vaquero. Papá la compró sin consultárselo y no os podéis imaginar cómo se puso mi madre. Pero debo decir que duró catorce años antes de que se parara para siempre en el puente de Triborough en hora punta. Hasta mi padre reconoció que era hora de cambiar de vehículo, y esta vez mi madre le acompañó a comprarlo. —Opal rió—. Y fue ella quien lo eligió. Un Dodge. Papá la enfureció al preguntarle al vendedor si podía ponerle un taxímetro.

Alvirah se volvió hacia Opal.

—¿Y por qué preguntó eso?

—Porque la casa Dodge fabrica muchos taxis, cariño —explicó Willy—. Muy gracioso, Opal.

—Papá era divertido —convino Opal—. Nunca tenía un céntimo, pero hacía lo que podía. Cuando yo tenía ocho años heredó dos mil dólares y alguien le convenció para que los invirtiera en paracaídas. Le dijeron que con la cantidad de vuelos comerciales que iba a hacer la gente, todos los pasajeros tendrían que llevar puesto un paracaídas. Supongo que la credulidad es genética.

Alvirah se alegró de ver sonreír a Opal. Eran las dos de la tarde y estaban en la carretera 91 que conducía a Vermont. Esa misma mañana, a las diez, ella y Willy habían estado haciendo la maleta con el televisor del dormitorio encendido cuando una noticia llamó su atención. En la pantalla aparecía Packy Noonan saliendo de la prisión federal en el coche de su abogado. Al llegar a la verja bajó del coche y habló con los periodistas. «Lamento el perjuicio que he causado a los inversores de mi empresa», declaró. Tenía lágrimas en los ojos y le temblaban los labios. «Acaban de comunicarme que trabajaré en el bufet de ensaladas de la cafetería Palace-Plus. Les pediré que cada mes me retiren el diez por ciento del sueldo para empezar a pagar a la gente que perdió sus ahorros en la Empresa de Transporte Patrick Noonan».

—¡El diez por ciento de un salario mínimo! —Había espetado Willy—. Tiene que ser una broma.

Alvirah había corrido hasta el teléfono para llamar a Opal.

—¡Pon el canal veinticuatro! —le ordenó.

Luego lamentó haberla llamado, porque cuando Opal vio a Packy, rompió a llorar.

—Oh, Alvirah, me pone enferma pensar que ese estafador está libre como un pájaro mientras yo estoy sentada en mi casa, aliviada de disponer de una semana de vacaciones por el agotamiento que arrastro. Seguro que acabará reuniéndose con sus compinches en la Costa Azul o dondequiera que estén con mi dinero en los bolsillos.

Fue entonces cuando Alvirah había insistido en que Opal pasara con ellos el largo

fin de semana en Vermont.

—En nuestra cabaña tenemos dos dormitorios y dos baños—dijo—, y te sentará bien salir de la ciudad. Puedes ayudarnos a encontrar mi árbol. Ahora no da sirope, pero he guardado en la maleta el tarro que me enviaron los corredores de bolsa. Tenemos una pequeña cocina, de modo que podré hacer crepés para probar el sirope. Y he leído en el periódico que van a cortar el árbol para el centro Rockefeller, que está justo al lado del hotel donde vamos a alojarnos. Será divertido verlo.

Opal no se había hecho de rogar demasiado. Y ya estaba algo más animada. Durante el viaje a Vermont solo hizo un comentario sobre Packy Noonan.

—No puedo imaginármelo trabajando en el bufet de ensaladas de una cafetería. Seguro que se lleva los picatostes.

## Capítulo 6

A veces Milo Brosky lamentaba haber conocido a los gemelos Como. Había tropezado con ellos veinte años atrás en el Greenwich Village, cuando asistía a un encuentro de poetas en la sala del fondo del Eddie's Aurora. Benny y Jo-Jo estaban tomando algo en la barra.

Estaba bastante animado, recordó Milo mientras bebía una cerveza en el destartalado salón de una vieja casa de Stowe, en Vermont. Yo acababa de leer mi poema sobre el melocotón que se enamora de una mosca de la fruta y a la gente le había encantado. Lo encontraron profundo y tierno sin rozar en ningún momento la sensiblería. Estaba tan contento que decidí tomarme una cerveza antes de ir a casa, y fue entonces cuando conocí a los gemelos.

Milo bebió otro sorbo de cerveza. Debí dejarlo ahí, pensó con pesar. No porque se hayan portado mal conmigo. Los gemelos sabían que yo no había arrancado como poeta y que aceptaría cualquier trabajo para mantener un techo sobre mi cabeza. Pero tengo la sensación de que este techo se me podría caer encima en cualquier momento. Sé que están tramando algo.

Milo frunció el entrecejo. Con sus cuarenta y dos años, su melena hasta los hombros y su barba rala, podría haber hecho de extra en una película sobre Woodstock 69. De su larguirucho cuerpo salían unos brazos huesudos y sus cándidos ojos grises poseían una expresión de perpetua benevolencia. Su voz, con ese tono cantarín, hacía que quien la escuchara pensara en adjetivos como «amable» y «dulce».

Milo sabía que doce años antes los hermanos Como se habían visto obligados a huir de la ciudad por su implicación en la estafa de Packy Noonan. No había sabido nada de ellos en todo ese tiempo. Entonces, seis meses atrás, había recibido una llamada de Jo-Jo. No quiso decirle dónde se encontraba, pero le preguntó si estaba interesado en ganar mucho dinero sin correr ningún riesgo. Milo solo tenía que buscar una casa de alquiler en Stowe, Vermont, que tuviera un granero de veintiocho metros de largo como mínimo, y pasar largos fines de semana allí hasta el uno de enero. También debía darse a conocer entre los lugareños, explicar que era poeta y que necesitaba, como J.D. Salinger y Aleksandr Solzhenitsyn, un refugio en Nueva Inglaterra donde poder escribir en soledad.

Milo se había percatado de que Jo-Jo estaba leyendo ambos nombres y no tenía la más remota idea de quiénes eran Salinger y Solzhenitsyn, pero la oferta había llegado en un momento idóneo. Los trabajos de media jornada se le estaban agotando. El contrato de alquiler de su ático estaba a punto de expirar y su casera se había negado en redondo a renovárselo. La mujer, sencillamente, no entendía por qué era tan importante para él escribir por la noche a pesar de que Milo le había explicado que a esas horas sus pensamientos trascendían el mundo cotidiano y esa música rap puesta

a todo tacho daba alas a su creatividad poética.

Había encontrado la casa de Stowe con rapidez y estaba viviendo en ella de forma permanente. Aunque los ingresos que recibía con regularidad en su cuenta corriente le habían salvado, no le bastaban para mantener otro apartamento en Nueva York. Los precios eran astronómicos y Milo lamentaba el día que había dicho a su casera que necesitaba poner la música a toda mecha para no escuchar sus ronquidos. Resumiendo, Milo se sentía desdichado. Estaba harto de la vida rural y echaba de menos el bullicio y la actividad del Greenwich Village. Le gustaba la gente, y, aunque invitaba regularmente a algunos habitantes de Stowe a sus lecturas poéticas, después de las dos primeras veladas no había vuelto nadie. Jo-Jo le había prometido que a finales de año recibiría una prima de cincuenta mil dólares. Milo, no obstante, empezaba a sospechar que la casa y su presencia en ella tenían algo que ver con la salida de prisión de Packy Noonan.

—No quiero meterme en problemas —había advertido a Jo-Jo durante una de sus conversaciones telefónicas.

—¿Problemas? ¿De qué estás hablando? —le preguntó Jo-Jo con voz triste—. ¿Crees que sería capaz de meter en problemas a un buen amigo? ¿Qué hiciste? ¿Alquilar una casa? ¿Es eso un crimen?

Un fuerte martilleo en la puerta sacó a Milo de su ensimismamiento. Corrió a abrir y se detuvo en seco al ver a los visitantes: dos hombres bajos y fornidos, vestidos con ropa de esquiar, que estaban delante de un camión plataforma sobre el que descansaban dos árboles de hoja perenne de aspecto desgredado. Al principio no los reconoció, pero luego gritó:

—¡Jo-Jo! ¡Benny!

Mientras se arrojaba a sus brazos se percató de lo mucho que habían cambiado.

Jo-Jo siempre había sido robusto, pero había engordado como mínimo diez kilos y parecía un gato obeso. Tenía la tez bronceada y estaba perdiendo pelo. Benny era de la misma estatura, más o menos un metro sesenta y ocho, pero siempre había sido flaco como un fideo. También él había engordado, y aunque Jo-Jo le doblaba en grosor, empezaba a parecerse más a él.

Jo-Jo fue directo al grano.

—Tienes un candado en la puerta del granero, Milo. Muy inteligente. Ábrelo.

—Enseguida, enseguida.

Milo trotó hasta la cocina, donde la llave del candado pendía de un clavo. Jo-Jo había sido tan explícito por teléfono sobre el tamaño del granero que Milo siempre había sospechado que ese era el principal motivo de que le hubieran contratado. Confiaba en que no les importara que el granero tuviera un montón de establos. El dueño de la granja se había arruinado tratando de criar caballos de carreras para hacer dinero. Según se rumoreaba en el pueblo, cuando iba a las carreras siempre conseguía seleccionar pencos inútiles que comían hasta reventar y se quedaban sentados en el cajón de salida.

—Date prisa, Milo —estaba gritando Benny, pese a que Milo no había tardado ni medio minuto en agarrar la llave—. No queremos que ningún pueblerino venga a uno de tus recitales de poesía y vea el camión.

¿Por qué no?, se preguntó Milo, pero sin tomarse el tiempo de agarrar un abrigo o responder a su pregunta. Salió disparado de la casa para abrir el candado y las amplias puertas del granero.

Era un anochecer gélido y Milo sintió un escalofrío. Advirtió que detrás del camión plataforma había otro vehículo, una furgoneta con un porta-esquí en el techo. Parece que les ha dado por esquiar, se dijo. Qué curioso, jamás había tenido a los gemelos por deportistas.

Benny le ayudó a empujar las puertas. Milo encendió la luz y vio la consternación en la cara de Jo-Jo.

—¿Qué son todos esos establos? —preguntó Jo-Jo.

—El dueño criaba caballos. —Milo no sabía por qué se había puesto nervioso. He hecho todo lo que me pidieron, pensó. ¿A qué viene entonces esta inquietud?—. El granero tiene el tamaño correcto —se defendió sin alterar el tono cantarín de su voz— y no hay muchos así de grandes.

—Ya, bueno. Quítate de en medio.

Con un gesto imperioso del brazo, Jo-Jo indicó a Benny que metiera el camión plataforma en el granero.

Benny pasó el vehículo a un centímetro de las puertas y un estrépito de astillas confirmó que había rozado el primer establo. El sonido se repitió intermitentemente hasta que el camión estuvo al completo dentro del granero. El espacio era tan angosto que Benny tuvo que bajar por el asiento del copiloto, abriendo la puerta lo justo, y caminar apretado contra las paredes de los establos.

Sus primeras palabras cuando llegó junto a Milo y Jo-Jo fueron:

—Necesito una cerveza. Puede que dos, o tres. ¿Tienes algo de comer, Milo?

Como no tenía nada que hacer cuando no estaba escribiendo poemas, Milo había aprendido a cocinar durante sus seis meses de estancia en la granja. Se alegró de tener en la nevera salsa fresca para espaguetis. Recordaba que los gemelos Como adoraban la pasta.

Quince minutos después estaban bebiendo cerveza en torno a la mesa de la cocina mientras Milo calentaba su salsa y hervía agua para cocer la pasta. Estaba escuchando la conversación de los hermanos mientras se apresuraba cuando, para su horror, oyó la palabra «Packy» susurrada y comprendió que, efectivamente, el alquiler de la granja tenía algo que ver con la liberación de Packy Noonan.

Pero ¿qué? ¿Y dónde encajaba él en todo esto? Esperó a haber colocado los platos de pasta humeante delante de los gemelos para decir categóricamente:

—Si esto tiene algo que ver con Packy Noonan, me largo.

Jo-Jo sonrió.

—Sé razonable, Milo. Alquilaste una casa para nosotros cuando sabías que

estábamos fugados. Has estado disfrutando del dinero ingresado en tu cuenta corriente durante seis meses. Lo único que tienes que hacer es escribir poemas, y dentro de un par de días recibirás cincuenta mil dólares en efectivo y podrás irte.

—¿Dentro de un par de días? —preguntó incrédulo Milo, pensando en la felicidad que cincuenta mil dólares podían comprar.

Un piso de alquiler decente en el Village. Nada de trabajos de media jornada durante al menos dos años. Nadie era capaz de estirar tanto un dólar como él.

Jo-Jo le estaba observando. Asintió con satisfacción.

—Como ya te he dicho, solo tienes que escribir poesía. Escribir un bonito poema sobre un árbol.

—¿Qué árbol?

—Sabemos tan poco como tú, pero pronto lo averiguaremos.

## Capítulo 7

No puedo creer que esté aquí, cenando no solo con Alvirah y Willy, sino con Nora Regan Reilly, la famosa escritora, y su familia, pensó Opal. Esta mañana, después de ver al canalla de Packy Noonan por televisión, me dieron ganas de girarme hacia la pared y no volver a salir nunca de la cama. Eso demuestra lo mucho que pueden cambiar las cosas.

Y estaban siendo encantadores con ella. Durante la cena le contaron que Luke había sido secuestrado y retenido en una casa flotante llena de agujeros en el río Hudson junto con su chófer, una madre soltera con dos hijos pequeños. Y que se habrían ahogado si Alvirah y Regan no los hubieran rescatado.

—Alvirah y yo formamos un buen equipo —dijo Regan Reilly—. Ojalá pudiéramos juntar nuestras mentes y encontrar tu dinero, Opal. Sospechas que Packy Noonan lo ha escondido en algún lugar, ¿verdad?

—Seguro —dijo rotundamente Jack Reilly—. El caso competía al tribunal federal y por eso no lo llevamos nosotros, pero sospecho que ese tipo tiene el dinero en algún lugar. Restando la parte que los federales sabían que Packy se había gastado, todavía quedan unos setenta u ochenta millones de dólares. Probablemente los tiene en una cuenta numerada en Suiza o en un banco de las islas Caimanes.

Jack estaba bebiendo café. Tenía el brazo izquierdo apoyado en el respaldo de la silla de Regan. La forma en que la miraba hizo desear a Opal que en algún momento de su vida hubiera conocido a un tipo especial. Qué guapo es, pensó, y Regan es preciosa. Jack tenía el pelo de color castaño claro, con tendencia a ondularse, unos ojos avellanados más verdes que marrones y una fuerte mandíbula que realzaba sus proporcionadas facciones. Él y Regan habían entrado en el comedor cogidos de la mano. Regan era alta, pero Jack le pasaba un buen trozo y tenía las espaldas anchas.

Aunque aún estaban en la segunda semana de noviembre, una fuerte nevada había garantizado la presencia de nieve en polvo en las pistas y en el suelo. Mañana los Reilly harían esquí alpino. Qué curioso que el apellido de Jack también fuera Reilly, pensó Opal. Ella, Alvirah y Willy darían un paseo por el bosque y buscarían el arce de Alvirah. Y por la tarde asistirían a una clase de esquí de fondo. Alvirah le contó que ella y Willy habían practicado el esquí de fondo en un par de ocasiones, que era divertido y que no le costaría mantener el equilibrio.

Opal no las tenía todas consigo, pero estaba dispuesta a probarlo. En el colegio siempre había sido buena deportista y casi siempre iba caminando al trabajo, situado a un kilómetro y medio de su casa, para mantenerse en forma.

—Tienes esa mirada en blanco que indica que estás reflexionando —dijo Luke a Nora.

Nora estaba bebiendo un capuchino.

—Estaba recordando lo mucho que me gustó la historia de la familia Von Trapp. Leí el libro de Maria mucho antes de ver la película. Qué interesante estar ahora aquí,

sabiendo que un árbol que ella vio cómo era plantado ha sido elegido este año para el centro Rockefeller. Con tantos problemas en el mundo, reconforta saber que unos escolares de Nueva York darán la bienvenida a ese árbol. Eso lo convierte en algo especial.

—Pues ese árbol está muy cerca de aquí, disfrutando de su último fin de semana en Vermont —dijo secamente Luke—. El lunes por la mañana, antes de irnos, podríamos ir todos a ver cómo lo cortan y decirle adiós.

—Por la radio del coche oí que el miércoles por la mañana lo bajarán de la barcaza en Manhattan —intervino Alvirah—. Creo que sería emocionante estar presentes cuando el árbol llegue al centro Rockefeller. Me encantaría oír cantar al coro infantil.

No obstante, mientras las palabras salían de su boca, Alvirah empezó a tener la extraña sensación de que iba a pasar algo. Contempló el acogedor comedor. La gente estaba alargando la sobremesa, sonriente y conversadora. ¿Por qué tenía el presentimiento de que se avecinaban problemas en los que Opal se vería atrapada? No debí pedirle que viniera, pensó Alvirah con preocupación. Por alguna razón que desconozco, aquí corre peligro.

## Capítulo 8

La primera noche de Packy en el centro de reinserción social conocido como El Castillo no fue mucho mejor, en su opinión, que en la prisión federal. Le inscribieron, le asignaron una cama y volvieron a explicarle las normas. Enseguida se aseguró de que el domingo por la mañana le dejaran salir de El Castillo alegando, como buen católico, que nunca se perdía una misa. Por si las moscas, dejó caer que era el aniversario de la muerte de su madre. Packy había olvidado la fecha exacta del fallecimiento de su madre, pero la lágrima que brotó de su ojo y la sonrisa pícaro con que acompañó su confesión —«Dios la bendiga. Nunca perdió la esperanza conmigo»— hicieron que el consejero de servicio se apresurara a asegurarle que el domingo podría ir solo a misa.

El día y medio siguiente transcurrió en una especie de neblina. Packy asistía diligentemente a los sermones que le advertían que podían enviarle de nuevo a la cárcel para terminar la condena si no cumplía estrictamente las condiciones de su libertad condicional. Se sentaba a comer visualizando los banquetes que pronto iba a darse en los mejores restaurantes de Brasil luciendo su cara nueva. El viernes y el sábado por la noche cerró los ojos en la habitación que compartía con otros dos reclusos recién liberados y soñó con sábanas de algodón egipcio, pijamas de seda y, por último, que encontraba su petaca de diamantes.

El domingo amaneció frío y despejado. La primera nevada había caído hacía dos semanas, mucho antes de lo habitual, y el parte meteorológico indicaba que había otra en camino. Daba la sensación de que se avecinaba un invierno de los de antes, pero a Packy no le importaba. No tenía intención de compartirlo con sus compatriotas.

Durante sus años en prisión había conseguido mantenerse en contacto con los gemelos Como pagando a visitas de otros reclusos, cuidadosamente elegidas, para que hicieran de carteros. La semana antes Jo-Jo había confirmado el plan de encontrarse detrás de la catedral de San Patrick, pues le escribió diciéndole que asistiera a la misa de las 10.15 y luego diera un paseo por la avenida Madison.

Así que Benny y Jo-Jo estarían allí. ¿Y por qué no iban a estar?, se preguntó Packy. A las ocho en punto de la mañana cerró la puerta de El Castillo y salió a la calle. Había decidido salvar las diez manzanas a pie, no para ponerse en forma, sino porque sabía que alguien le estaría siguiendo y quería que ese alguien hiciera ejercicio.

Podía oír las instrucciones que probablemente había recibido el tipo destinado a seguirle: «No le pierdas de vista. Tarde o temprano nos llevará hasta el dinero que tiene escondido».

Ni lo sueñes, pensó Packy mientras apretaba el paso por Broadway. Cuando se detenía en un semáforo en rojo, miraba tranquilamente en derredor, como encantado con el mundo que había extrañado durante tanto tiempo. La segunda vez había logrado reconocer a su perseguidor, un tipo regordete vestido de corredor.

Menudo corredor, pensó Packy. Tendrá suerte si no me ha perdido antes de llegar a San Patrick.

Los domingos por la mañana, la misa de las 10.15 siempre atraía multitudes. Cantaba el coro al completo y muchos domingos el oficiante era el cardenal en persona. Packy ya sabía dónde iba a sentarse, en el flanco derecho, cerca del altar. Cuando empezaran a dar la comunión, se colocaría en la cola como los demás feligreses. Entonces, justo antes de recibirla, se desviaría hacia el ala izquierda del altar y tomaría el pasillo que conducía a la casa de la avenida Madison que albergaba la oficina de la archidiócesis. Recordaba que cuando iba al instituto, los niños de su clase se congregaban en la oficina y entraban en la iglesia desde allí.

Jo-Jo y Benny estarían parados con la furgoneta frente a la casa, en la avenida Madison, y, para cuando el tipo regordete pudiera ir tras ellos, ya habrían desaparecido.

Packy llegó a la catedral con mucha antelación y encendió una vela a la estatua de San Antonio. Sé que si te rezo porque he perdido algo me ayudarás a encontrarlo, recordó al santo, pero lo que yo quiero está escondido, no perdido. Así pues, no he venido para rezar por algo que deseo encontrar. Lo que quiero de ti es una ayudita para perder de vista a ese gordinflón.

Tenía las manos juntas, en posición de oración, gesto que le permitía ocultar un espejo pequeño en las palmas. Con él podía seguir los pasos del corredor, que estaba arrodillado en un banco cercano.

Dieron las 10.15 y Packy aguardó a que la procesión estuviera a punto de arrancar desde la parte de atrás de la iglesia. Entonces se escurrió por el pasillo y se instaló en el último asiento de la sexta fila. A través del espejo advirtió que el corredor no podía conseguir un asiento en ninguna punta y tuvo que pasar por delante de dos ancianas para poder sentarse.

Cómo quiero a esas ancianas, pensó Packy. Siempre se aferran a los asientos de la punta, temerosas de perderse algo si se desplazan para dejar sitio a otras personas.

En la catedral, no obstante, había mucha seguridad y Packy no había contado con eso. Hasta un niño de dos años se habría dado cuenta de que algunos de aquellos tipos con chaqueta granate no eran simples acomodadores. Además, había un puñado de policías uniformados haciendo guardia. Se le echarían encima si ponía un pie en el altar.

Preocupado por primera vez y sintiendo flaquear su confianza, Packy estudió la situación con detenimiento. Gotas de sudor le empaparon la frente al comprender que sus opciones eran escasas. La puerta lateral derecha era su mejor apuesta. El mejor momento para actuar sería durante la lectura del Evangelio. Todo el mundo estaría de pie y podría escabullirse sin que el corredor se diera cuenta. Una vez fuera, doblaría a la izquierda y correría la media manzana que le separaba de la avenida Madison y la furgoneta.

—Espero que estés allí, Jo-Jo. Y tú también, Benny —susurró para sí.

Pero aunque no estuvieran y aunque el corredor le siguiera, salir de la iglesia antes de que terminara la misa no era un incumplimiento de su libertad condicional.

Packy empezó a sentirse mejor. Vio por el espejo que otra persona se había instalado en el banco del corredor. Fieles a su buena educación, las ancianas habían salido al pasillo para dejarle pasar, y ahora el corredor se hallaba al lado de un adolescente musculoso que no iba a serle fácil apartar.

—Reflexionemos sobre nuestras vidas, sobre lo que hemos hecho y no hemos hecho —estaba diciendo el oficiante, un monseñor.

Eso era lo último sobre lo que Packy quería reflexionar.

Leyeron la epístola. Packy no la escuchó. Estaba concentrado en tramar su fuga.

—Aleluya —entonó el coro.

La congregación se puso en pie. Packy ya se encontraba en la puerta lateral que daba a la calle Cincuenta antes de que el último feligrés se hubiera levantado. Antes de que entonaran el segundo aleluya ya había alcanzado la avenida Madison. Y antes del tercer aleluya ya había divisado la furgoneta, abierto la puerta, subido y partido.

Dentro de la catedral, el fornido adolescente se había puesto agresivo.

—Oiga, señor —dijo al corredor—, podría haber derribado a esas señoras si le hubiese dejado pasar con tanta prisa como lleva. Tranquilícese.

## Capítulo 9

El domingo por la tarde Alvirah dijo con admiración:

—Llevas el esquí en la sangre, Opal.

El rostro dulce de Opal se iluminó.

—Era buena deportista en el colegio —reconoció—. El béisbol era mi especialidad. Creo que tiene que ver con una buena coordinación. Cuando me puse los esquís de fondo, enseguida tuve la sensación de estar bailando en el aire.

—A Alvirah y a mí nos dejaste en la línea de salida —aseguró Willy—. Saliste como si hubieras nacido con los esquís puestos.

Eran las cinco. El fuego chisporroteaba en su cabaña del Trapp Family Lodge, donde estaban disfrutando de una copa de vino. El plan de buscar el árbol de Alvirah había sido aplazado. El sábado, cuando se enteraron de que las clases de esquí de fondo de la tarde estaban llenas, se habían apuntado rápidamente con el instructor de la mañana. Luego, después de comer, se había producido una baja en el grupo de la tarde y Opal había ocupado la plaza.

El domingo, después de escuchar misa en la iglesia del Santísimo Sacramento y de esquiar durante una hora, Alvirah y Willy habían regresado a la cabaña para tomar una taza de té y echar una cabezada. Las sombras empezaban a alargarse cuando Opal volvió de su clase. Alvirah había empezado a preocuparse por ella justo en el instante en que Opal llegaba esquiando hasta la puerta de la cabaña con las mejillas sonrosadas y la mirada brillante.

—Oh, Alvirah —suspiró mientras se quitaba los esquís—, no me divertía tanto desde... —Calló y la sonrisa desapareció de sus labios.

Alvirah sabía perfectamente lo que Opal había estado a punto de decir: «No me había divertido tanto desde el día que me tocó la lotería».

Opal, con todo, recuperó rápidamente la sonrisa.

—He pasado un día maravilloso —dijo—. No imaginas lo mucho que os agradezco que me invitarais a venir.

Los Reilly —Nora, Luke, Regan y el prometido de Regan, Jack «sin parentesco» Reilly— habían pasado el día practicando esquí alpino. Habían convenido con Alvirah reunirse a las siete para cenar en el comedor del hotel. Una vez reunidos, Regan los entretuvo con la historia de uno de sus casos favoritos, el de una mujer de noventa y tres años que se prometió a su asesor financiero y decidió casarse con él tres días más tarde. Sin que nadie lo supiera, había planeado entregar dos millones de dólares a cada uno de sus sobrinos si todos asistían a la boda.

—En realidad era su quinta boda —explicó Regan—. La familia se enteró del plan y lo dejó todo para poder estar allí. ¿Quién no lo haría? Pero una de las sobrinas es una actriz que se había marchado a disfrutar de un fin de semana tranquilo. Había apagado el móvil y nadie conocía su paradero. Me encargaron a mí de dar con ella y llevarla a la boda para que la familia pudiera recoger su dinero.

—Qué conmovedor —comentó Luke.

—Por dos millones de dólares yo hubiera hecho de dama de honor —rió Jack.

—Mi madre escuchaba un programa de radio llamado «Señor Keen, rastreador de personas desaparecidas» —recordó Opal—. Parece que eres el nuevo señor Keen, Regan.

—Es cierto que he dado con algunas personas desaparecidas —reconoció Regan.

—A algunas les habría ido mejor si no lo hubiera hecho —dijo Jack con una sonrisa—. Terminaron en chirona.

Otra cena realmente agradable, pensó Opal. Gente simpática, una conversación interesante, un bello entorno y un deporte nuevo. Se sentía a millones de kilómetros del Village Eatery, el restaurante donde llevaba trabajando los últimos veinte años, con excepción de los escasos meses en que había tenido el dinero de la lotería en el banco. No es que el Village Eatery sea un mal lugar para trabajar, se dijo, y goza de cierta categoría porque tiene licencia para vender bebidas alcohólicas y un bar aparte. Pero las bandejas eran pesadas y los clientes eran, en su mayoría, universitarios que aseguraban andar cortos de dinero. Eso, había decidido Opal, no era más que una excusa para dejar poca propina.

Al ver cómo Alvirah y Willy vivían desde que ganaran la lotería y cómo Herman Hicks había utilizado parte de su premio para comprar ese bonito apartamento, Opal comprendía más que nunca lo idiota que había sido al confiar en ese embustero de Packy Noonan y perder la oportunidad de disfrutar en su vida de cierto lujo y holgura. Y el entusiasmo de Nora cuando hablaba de la boda que estaba organizando para Regan y Jack se lo hacía aún más difícil. La sobrina de Opal, su pariente favorita, estaba ahorrando para casarse.

—Tendrá que ser algo sencillo, tía Opal —le había dicho Kristy—. Los maestros ganamos poco dinero. Mamá y papá no pueden ayudarme y no te imaginas lo que cuesta una boda, por sencilla que sea.

Kristy, hija del hermano menor de Opal, vivía en Boston. Había ido a la universidad gracias a una beca con la condición de que, una vez terminada la carrera, enseñara durante tres años en un colegio de un barrio deprimido, y eso era lo que estaba haciendo ahora. Tim Cavanaugh, el joven con el que iba a casarse, asistía a clases nocturnas para obtener la maestría en contabilidad. Eran unos jóvenes encantadores y tenían un montón de amigos. Me encantaría organizarles una boda bonita, pensó Opal, y ayudarlos a decorar su primer hogar. Ojalá. Basta, se reprendió. Olvídalo de una vez. Piensa en otra cosa. La «otra cosa» que le vino a la cabeza fue que el sábado por la tarde había pasado con los cinco compañeros de su grupo de esquí por delante de una casa situada a unos tres kilómetros del hotel. En la entrada había visto a un hombre instalando unos esquís en el porta-esquís de una furgoneta. Tan solo le había echado un vistazo rápido, pero por alguna razón incomprensible le resultó familiar, como si últimamente se lo hubiera encontrado en algún lugar. Era bajo y fornido, pero también lo eran la mitad de los hombres que comían en el

restaurante, se dijo. Es un estereotipo, solo un estereotipo, nada más. Por eso me resultó familiar. Así y todo, no podía quitárselo de la cabeza.

—¿Te parece bien, Opal? —preguntó Willy.

Sobresaltada, Opal se dio cuenta de que era la segunda vez que Willy le hacía esa pregunta. ¿De qué estaba hablando? Ah, sí. Estaba proponiendo que al día siguiente desayunaran temprano y fueran a ver cómo cortaban el árbol para el centro Rockefeller. Luego podrían buscar el arce de Alvira, regresar al hotel, comer y preparar el equipaje para regresar a casa.

—Me parece bien —respondió rápidamente Opal—. Me gustaría comprar una cámara y hacer algunas fotos.

—Yo tengo una, Opal. Quiero hacer una foto del arce de Alvira y enviársela a nuestro corredor de bolsa. —Nora rió—. Lo único que hemos recibido de él por Navidad es un plumcake.

—Un tarro de sirope de arce y un árbol que sangrar a cientos de kilómetros de tu lugar de residencia no me parece mucho despilfarro que digamos —exclamó Alvira—. La gente para la que antes limpiaba recibía de sus corredores botellas de champán gigantes.

—En aquellos tiempos los retretes todavía tenían cadenas —repuso Willy, agitando una mano—. Hoy día puedes considerarte afortunado si alguien envía un regalo en tu nombre a su organización benéfica favorita, de la que nunca has oído hablar y de la que ignoras cuánto dinero se ha mandado.

—Por suerte para los de mi profesión, la gente nunca quiere tener noticias de nosotros, y aún menos en Navidad —intervino Luke.

Regan rió.

—Esto tiene cada vez menos sentido. Estoy deseando ver cómo talan el árbol para el centro Rockefeller. Pensad en la de gente que verá ese árbol durante las navidades. Y será divertido ver lo que tardamos en seguir el mapa hasta el arce de Alvira.

Regan no podía saber que sus alegres vacaciones iban a convertirse en un asunto muy serio cuando Opal, al día siguiente, partiera sola con sus esquís para verle mejor la cara al hombre bajo y fornido que había divisado en la casa, la casa a la que Packy Noonan acababa de llegar.

## Capítulo 10

Me siento como si estuviera en el hogar de los Walton, pensó Milo al levantar la tapa de la gran olla y oler el estofado de buey que se cocía a fuego lento en el fogón. Era la caída de la tarde del domingo y el aroma de su guiso daba un aire acogedor a la casa. Por la ventana pudo ver que había empezado a llover. Pese al agradable escenario, estaba impaciente por que este trabajo terminara y pudiera volver al Greenwich Village. Necesitaba el estímulo de las lecturas y de estar rodeado de otros poetas. Ellos escuchaban respetuosamente sus poemas, aplaudían y a veces le comunicaban lo mucho que los habían conmovido. Aunque no lo dijeran en serio, lo disimulaban bien. Me dan el aliento que necesito, pensó.

Los gemelos Como habían dicho a Milo que esperaban regresar a la granja en cualquier momento después de las seis del domingo y que se asegurara de tener la cena preparada. Se habían marchado el sábado por la tarde, y si parecieron nerviosos cuando llegaron con el camión plataforma, no digamos cuando se marcharon con la furgoneta. Milo les había preguntado inocentemente adónde iban y Jo-Jo había espetado:

—No es asunto tuyo.

Le dije que se tomara un calmante, recordó Milo, y se puso como una fiera. Luego Jo-Jo gritó a Benny que bajara los esquís de la furgoneta y volviera a colocarlos correctamente. Dijo que uno de ellos parecía suelto y que sería muy típico de Benny cargar un esquí que saliera disparado en medio de la autopista y se estrellara contra un coche de la policía.

—Lo último que necesitamos es a la policía estatal encima de nosotros, manoseando nuestros permisos de conducir falsos.

Quince minutos más tarde había gritado a Benny que se metiera en la casa porque un grupo de esquiadores de fondo estaba pasando por el terreno.

—Uno de esos tipos podría ser un poli con vista de lince —gruñó—. Tu foto salió por televisión cuando contaron la historia de Packy. ¿Es que te gustaría ocupar su litera en el trullo?

Están muertos de miedo, esa había sido la conclusión de Milo. Por otro lado, también lo estaba él. Tenía muy claro que allí adonde los gemelos apuntaban había peligro. Le preocupaba que, si eran arrestados y hablaban de él, la policía pudiera acusarle de esconder fugitivos. Eso como mínimo. No debería estar haciendo negocios con gente fugada, pensó; y ya no le cabía duda de que esta pequeña excursión estaba relacionada con el hecho de que Packy Noonan hubiera salido de la cárcel. ¿Iba alguien a creer que, trece años atrás, él ignoraba por completo que los gemelos se habían esfumado en el momento exacto en que Packy era detenido y que no había tenido contacto con ellos desde entonces? Hasta ahora, claro, se corrigió.

No, se dijo. Nadie iba a creerlo.

Los gemelos llevaban años huyendo de la justicia y, a juzgar por su aspecto

saludable y sus nuevas y brillantes dentaduras, que ni siquiera parecían falsas, se diría que vivían bien.

Por consiguiente, era obvio que poseían una parte del dinero que los inversores habían perdido en la estafa. ¿Por qué, entonces, estaban corriendo el riesgo de volver?, se preguntó.

Packy ha pagado su deuda con la sociedad, pensó Milo, pero está en libertad condicional. No obstante, por la forma en que los gemelos hablaron cuando creían que yo no podía oírlos, es evidente que tienen planeado abandonar Estados Unidos en los próximos días. ¿Adónde? ¿Con qué?

Milo pinchó un trozo de carne del estofado y se lo llevó a la boca. Jo-Jo y Benny habían pasado menos de veinticuatro horas con él, y, sin embargo, en ese breve tiempo todos los años que no se habían visto se habían desvanecido. Antes de que Jo-Jo empezara a refunfuñar, se habían echado unas buenas risas recordando los viejos tiempos. Y después de dos cervezas, Benny incluso le había invitado a visitarlos a Bra...

Milo sonrió al recordarlo. Benny había empezado a decir «Bra...», pero Jo-Jo le había ordenado que cerrara el pico. Así que en lugar de decir «Brasil», que era lo que evidentemente quería decir, Benny había dicho «Bra-bra, quiero decir, Bora-Bora».

Benny siempre había sido lento de reflejos, recordó Milo.

Empezó a poner la mesa. Si los gemelos aparecían, por casualidad, con Packy Noonan, ¿le gustaría a Packy el estofado? ¿O se había hartado de comer estofado en la cárcel? Aunque así sea, no tendrá nada que ver con mi estofado, se dijo Milo. Además, si a alguno no le gusta el estofado, tengo un montón de salsa para espaguetis. Sabía, por las historias que había escuchado, que Packy podía ser malvado cuando las cosas no salían exactamente como él quería. Aunque no me importaría conocerle, reconoció para sí. No puede negarse que tiene eso que llaman carisma. Por eso su juicio recibió tanta cobertura; a la gente le encantan los criminales con carisma.

Una ensalada verde con rodajas de parmesano, galletas caseras y helado completarían un ágape que habría satisfecho incluso a la reina de Inglaterra si hubiera aparecido aquí con sus esquís, se felicitó Milo. Estos platos desportillados y desparejos no son adecuados para la realeza, pensó, pero da igual. Dios sabe que a los gemelos les dará igual. Por mucho dinero que hubiera caído en sus manos, seguro que eran los mismos brutos de siempre. Como solía decir mamá: «Milo, la clase no puede comprarse». ¡Qué razón tenía!

No había nada más que pudiera hacer hasta el regreso de los gemelos. Caminó hasta la puerta principal y la abrió. Dirigió la vista hacia el granero y, una vez más, se preguntó: ¿Para qué querrán el camión plataforma? Si tienen intención de volver a Bra Bra Brasil, dudo mucho que lo hagan en un camión plataforma. Había visto un par de píceas escuálidas en el camión cuando los gemelos llegaron, pero Benny las había arrojado a uno de los establos del granero.

Podría escribir un poema sobre un árbol, se dijo Milo mientras cerraba la puerta y caminaba hasta el viejo escritorio del salón que el agente inmobiliario había tenido el valor de llamar antigüedad. Se sentó y cerró los ojos.

Un árbol escuálido que nadie quiere, pensó con tristeza. Lo abandonan en un establo, donde hay un jamelgo acabado al que van a enviar a la fábrica de pegamento. Los dos están asustados. El árbol sabe que su siguiente parada es la chimenea.

Al principio el árbol y el jamelgo no congenian, pero, como la desdicha gusta de estar acompañada y no pueden evitarse, se hacen amigos. El árbol cuenta al jamelgo que nunca creció y que todo el mundo le llama Retaco. Por eso lo han arrojado al establo. El jamelgo cuenta que en la única carrera que podría haber ganado se sentó en la pista tras la primera vuelta porque estaba cansado. Retaco y el jamelgo se consuelan mutuamente y planean su huida. El jamelgo agarra a Retaco de una rama, se lo carga al lomo, rompe la puerta del establo y echa a correr hacia el bosque, donde viven felices para siempre.

Con lágrimas en los ojos, Milo meneó la cabeza.

—A veces me sale una poesía realmente bella —dijo en voz alta.

Dando sorbetones, sacó una hoja de papel y empezó a escribir.

## Capítulo 11

Nada más divisar la furgoneta en la avenida Madison, Packy Noonan comprendió que en trece años la inteligencia de los gemelos Como no había aumentado ni un ápice. Tras saltar al asiento trasero y cerrar la portezuela, bufó:

—¿Por qué unos esquís? ¿Por qué no un letrero que diga Coche Para la Fuga de Packy?

—¿Eh? —gruñó desconcertado Benny.

Jo-Jo, que estaba sentado frente al volante, apretó el acelerador, pero el semáforo estaba a punto de ponerse rojo y decidió no correr riesgos, sobre todo con un policía apostado en la esquina. Aunque este estuviera de espaldas, saltarse un semáforo no era una buena idea.

—Dije que trajerais esquís para que pudiéramos montarlos en el porta-esquís una vez que me hubierais recogido —espetó Packy—. De ese modo, si alguien me veía correr por la calle, explicaría a la poli que me subí a una furgoneta. Luego nos habríamos detenido en algún lugar y habríamos montado los esquís. La poli estaría buscando una furgoneta normal, no una furgoneta con esquís. Menudo par de lelos. Por Dios, es como si hubierais puesto pegatinas de «Toca la bocina si amas a Jesús» por toda la furgoneta.

Jo-Jo se volvió bruscamente.

—Nos hemos jugado el cuello para recogerte, Packy. No teníamos por qué hacerlo.

—¡Muévete! —Aulló Packy—. El semáforo se ha puesto verde. ¿Quieres una invitación especial para apretar el acelerador?

El tráfico era particularmente denso para una mañana de domingo. La furgoneta avanzó lentamente por la larga manzana hasta la Cincuenta y dos y Jo-Jo viró hacia el este. Justo en el instante en que desaparecían, el hombre al que Packy había apodado Gordinflón asomó a todo correr por la avenida Madison.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! ¿Alguien ha visto a un tipo corriendo? —empezó a gritar.

El policía, que no había visto a Packy ni corriendo ni metiéndose en la furgoneta, se acercó al hombre, convencido de que se trataba de un chiflado. Neoyorquinos y turistas, atraídos por el alboroto, se detuvieron para presenciar la escena.

El corredor, elevando aún más la voz, dijo:

—¿Alguien ha visto por dónde se fue un tipo que iba corriendo por aquí hace un minuto?

—Baje la voz, amigo —le ordenó el policía—. Podría detenerle por escándalo.

Un niño de cuatro años, que había estado parado en la acera de enfrente mientras su madre respondía a una llamada de móvil, dio a esta un tirón en la falda.

—Un hombre que iba corriendo se subió a una furgoneta con esquís —le dijo.

—No te metas donde no te llaman, Jason —repuso la madre—. Eso no significa que hayas sido testigo de un delito. Probablemente están buscando a un carterista.

Deja que sigan buscando, que para eso les pagan. —La mujer reanudó la conversación mientras tomaba la mano de su hijo y echaba a andar—. Jeannie, eres mi hermana y quiero lo mejor para ti. Deja a ese desgraciado.

\*\*\*\*\*

A menos de dos manzanas de allí, la furgoneta seguía su lento avance por el denso tráfico. Desde el asiento trasero Packy marcaba la ruta: Park, Lexington, Tercera, Segunda, Primera.

En la Quinta Avenida, Jo-Jo puso el intermitente para girar. Otras diez manzanas hasta el FDR Drive, pensó, nervioso, Packy. Empezó a morderse las uñas, hábito que había superado a los ocho años. En principio, no estaré haciendo nada malo hasta que esta noche no aparezca a mi hora en El Castillo, se dijo. Pero, si me atrapan con los gemelos, estoy acabado. Asociarse con delincuentes consabidos implica la revocación instantánea de la libertad condicional. Debí ordenarles que me dejaran la furgoneta estacionada en algún lugar. Pero aunque me detuvieran estando solo, ¿cómo explicaría lo de la furgo? ¿Que la gané en una rifa?

Se le escapó un gemido.

Benny se volvió hacia él.

—Tengo un buen presentimiento, Packy —dijo para tranquilizar—. Sé que vamos a conseguirlo.

Packy, sin embargo, reparó en las gotas de sudor que le rodaban por el rostro. Jo-Jo, por su parte, conducía tan despacio que habría sido lo mismo que hubieran ido a pie. Sé que no quiere verse atrapado en un cruce, pero esto es de locos. Un golpe seco en el techo les indicó que un esquí se estaba soltando.

—Para ahí —gritó Packy.

Dos minutos más tarde, entre la Primera y la Segunda, Packy agarró los esquís y los arrojó al interior de la furgoneta por la puerta de atrás. Luego indicó a Jo-Jo que ocupara el asiento del copiloto.

—¿Es así cómo te enseñaron a conducir en Brasil? Tú, Benny, siéntate atrás.

Durante los veinte minutos siguientes continuaron hacia el norte sin abrir la boca. Benny, fácil de intimidar, estaba encogido en el asiento trasero. Había olvidado que Packy se volvía loco cuando estaba preocupado. ¿Qué está pasando?, se preguntó. En sus cartas nos decía que buscáramos una persona de confianza para que alquilara una casa con un granero grande en Stowe. Y eso hicimos. Luego nos pidió que consiguiéramos un tronizador, un hacha, una cuerda y un camión plataforma. Y eso hicimos. Nos dijo que le recogiéramos hoy. Y eso hicimos. ¿De qué va todo esto? Packy juraba que había dejado el resto del botín en New Jersey. Entonces, ¿por qué vamos a Vermont? Nunca he oído de nadie que fuera a New Jersey vía Vermont.

En el asiento de delante, Jo-Jo estaba pensando algo por el estilo. Benny y yo teníamos diez millones de dólares con nosotros cuando nos largamos a Brasil.

Vivíamos bien allí, pero que muy bien, aunque sin lujos desmesurados. Packy nos dice que tiene otros setenta u ochenta millones que puede recuperar una vez que esté fuera de la cárcel. Pero no dijo cuánto nos daría a Benny y a mí. Si la cosa se pone fea, Benny y yo podríamos acabar en chirona con Packy. Debimos quedarnos en Brasil y dejar que Packy se deslomara durante unas semanas en esa cafetería inmunda donde le consiguieron trabajo. De ese modo, cuando hubiéramos venido a rescatarle, probablemente se habría sentido más agradecido. De hecho, nos estaría besando los pies.

Cuando vieron el letrero BIENVENIDOS A CONNECTICUT, Packy soltó el volante y aplaudió.

—Ya nos queda menos para Vermont —rió. Se volvió hacia Jo-Jo con una amplia sonrisa—. Pero no nos quedaremos ahí mucho tiempo. Haremos lo que tenemos que hacer y luego nos largaremos al sol de Brasil.

Así lo quiera Dios, pensó Jo-Jo, pero algo me dice que Benny y yo debimos contentarnos con los diez millones. El estómago le gorgoteó mientras hacía un débil esfuerzo por devolverle la sonrisa a Packy.

## Capítulo 12

A las ocho menos cuarto Milo escuchó el ruido de un vehículo que se acercaba por el camino. Con nerviosa expectación, corrió a abrir la puerta. Observó que Jo-Jo bajaba de la furgoneta por el lado del copiloto y Benny emergía por la portezuela del asiento trasero.

¿Quién conduce entonces?, se preguntó. En ese momento la puerta del conductor se abrió y apareció una silueta. La tenue luz de la sala fue cuanto Milo necesitó para confirmar su corazonada de que Packy Noonan iba a ser el invitado misterioso.

Benny y Jo-Jo dejaron que Packy fuera el primero en subir los escalones del porche. Milo retrocedió para abrir la puerta de par en par. Tuvo la sensación de que debía cuadrarse, pero Packy le tendió una mano.

—De modo que tú eres Milo, el poeta —dijo—. Gracias por vigilarme el fuerte.

De haber sabido que lo estaba vigilando para ti, me habría largado, pensó Milo; pero se descubrió sonriendo.

—Ha sido un placer, señor Noonan.

—Packy —le corrigió amablemente Packy, mientras recorría la estancia con la mirada. Olfateó el aire—. Qué bien huele.

—Es mi estofado de carne —le informó Milo—. Espero que le guste el estofado de carne, señor... digo, Packy.

—Es mi favorito. Mi madre me lo hacía todos los viernes, o puede que fuera los sábados.

Packy estaba empezando a divertirse. Milo, el poeta, era tan transparente como un adolescente. Tengo un don natural para impresionar a la gente, pensó. ¿Cómo habría conseguido, si no, que todos esos inversores bobos me confiaran su dinero?

Jo-Jo y Benny estaban entrando en la casa. Packy decidió que había llegado el momento de asegurar que Milo se sumara al equipo.

—Jo-Jo, ¿trajiste el dinero, tal como te dije?

—Por supuesto, Packy.

—Saca cincuenta de los grandes y dáselos a nuestro amigo Milo. —Packy colocó un brazo sobre los hombros de Milo—. Milo —dijo—, esto no es lo que te debemos. Esto es un extra por ser un tío fantástico.

¿Cincuenta billetes de cien?, pensó Milo. Pero ha dicho de los grandes. No podía referirse a cincuenta mil, ¿o sí? ¿Otros cincuenta mil? El cerebro de Milo no podía asimilar la idea de recibir tanto dinero así, en efectivo.

Dos minutos más tarde observaba, boquiabierto, cómo un Jo-Jo enfurruñado extraía un fajo de billetes de una maleta repleta de dinero.

—Hay diez billetes de cien en cada fajo —dijo—. Cuéntalos cuando hayas terminado de escribir tu próximo poema.

—¿No tendrías, por casualidad, billetes más pequeños? —Titubeó Milo—. Los billetes de cien son difíciles de cambiar.

—¿Me tomas el pelo? —espetó Jo-Jo.

—Milo —dijo Packy con suavidad—. Los billetes de cien dólares ya no son difíciles de cambiar. Y ahora deja que te explique nuestros planes. Nos largaremos de aquí el martes, como muy tarde. Entretanto, lo único que tienes que hacer es ocuparte de tus asuntos y no prestar atención a nuestras entradas y salidas. Cuando nos vayamos, recibirás los otros cincuenta mil dólares. ¿Estás de acuerdo con el plan?

—Oh, sí, señor Noonan, digo Packy. Por supuesto que lo estoy. —Milo podía saborear y sentir el Greenwich Village como si ya estuviera allí.

—Si alguien llama a la puerta y pregunta si has visto un camión plataforma por los alrededores, habrás olvidado que hay uno en el granero, ¿verdad, Milo?

Milo asintió.

Packy le miró directamente a los ojos y quedó satisfecho.

—Muy bien, veo que nos entendemos. Y ahora, ¿qué tal si cenamos? Hemos tenido un largo viaje y tu estofado huele a gloria.

## Capítulo 13

No tienen apetito, no, están hambrientos, pensó Milo al llenar los platos de Packy y los gemelos por tercera vez. Luego observó con satisfacción cómo desaparecían su ensalada y sus galletas. Él había probado y picado tanto mientras cocinaba que apenas le quedaba hambre. Mejor así, porque no paraba de levantarse para abrir botellas de vino. Se diría que Packy, Jo-Jo y Benny estaban compitiendo para ver quién bebía más deprisa.

Pero cuanto más bebían, más se les endulzaba el carácter. La anécdota de los esquís tambaleándose en el techo de la furgoneta les pareció, de repente, divertidísima. Y el hecho de que cuatro coches hubieran chocado en cadena en la carretera 91, provocando con ello un enorme atasco y obligándolos a conducir a cinco por hora frente a un ejército de policías, provocó otra explosión de carcajadas.

Para cuando dieron las once los párpados de los gemelos se hallaban a media asta. Packy, por su parte, había pillado una buena curda. Milo solo había tomado dos copas de vino. No quería despertarse al día siguiente y olvidar todo lo que se había dicho esta noche. Además, quería mantenerse sobrio hasta que su dinero estuviera a salvo bajo un colchón en el Greenwich Village.

Jo-Jo arrastró la silla hacia atrás, se puso de pie y bostezó.

—Me voy a la cama. Oye, Milo, esos cincuenta mil extra significan que tú lavas los platos. —Rompió a reír, pero Packy clavó un puño en la mesa y le ordenó que se sentara.

—Todos estamos cansados, idiota, pero tenemos que hablar de nuestro asunto.

Con un eructo que no hizo intentos de sofocar, Jo-Jo se derrumbó de nuevo en su silla.

—Lo siento —masculló.

—Si no hacemos las cosas bien, puede que acabes suplicando un indulto al gobernador —espetó Packy.

Un temblor nervioso se apoderó de Milo. Simplemente, ignoraba por completo qué esperar a continuación.

—Mañana nos levantaremos muy temprano y tomaremos café, café que Milo tendrá preparado.

Milo asintió.

—Luego sacaremos el camión del granero, iremos a buscar un árbol muy especial que está a unos kilómetros de aquí, en la propiedad de un tipo para el que trabajé de niño, y lo cortaremos.

—¿Vais a cortar un árbol mañana? —le interrumpió Milo—. Pues no seréis los únicos —añadió con entusiasmo. Corrió hasta los periódicos que tenía apilados en la puerta de atrás—. Aquí está, en primera plana —alardeó—. Mañana, a las diez, cortarán la píceca azul elegida este año como el árbol de Navidad del centro Rockefeller. ¡Llevan toda la semana preparando el acontecimiento! Medio pueblo

estará allí, y también la prensa, la televisión y la radio.

—¿Dónde está ese árbol? —preguntó Packy con la voz amenazadoramente queda.

—Hummm. —Milo buscó en el artículo—. No me irían mal unas gafas de lectura —señaló—. Ah, aquí está. El árbol se halla en la propiedad de los Pickens. Supongo que hay buenos picos en la propiedad de los Pickens —bromeó.

Packy se levantó de un salto.

—¡Dame eso! —gritó, arrebatándole el periódico. Al ver la foto del árbol, solo y majestuoso en medio de un claro, que estaba a punto de viajar a la ciudad de Nueva York, dejó escapar un grito—. ¡Es mi árbol! ¡Es mi árbol!

—Hay muchos árboles bonitos por aquí que podríamos cortar —sugirió Milo, tratando de ayudar.

—¡Sacad el camión! —Ordenó Packy—. ¡Cortaremos el árbol esta misma noche!

## Capítulo 14

A las once, antes de acostarse, Alvirah se acercó a la ventana. La mayoría de las cabañas estaban ya a oscuras. A lo lejos se divisaba la silueta de las montañas. Qué silencio, qué tranquilidad, pensó con un suspiro.

Willy ya estaba en la cama.

—¿Ocurre algo, cariño?

—No, no. Solo que soy neoyorquina de los pies a la cabeza y me cuesta acostumbrarme a tanto silencio. En casa, los ruidos del tráfico, las sirenas y los camiones se mezclan, formando una especie de nana.

—Hummm. Ven a acostarte.

—Aquí, en cambio, hay tanta paz —prosiguió Alvirah—. Seguro que si ahora salieras a caminar por uno de esos senderos, tan solo oirías el correteo de algún animal por la nieve, el susurro de los árboles o el grito de un mochuelo. Qué diferencia. Probablemente ahora, en Nueva York, haya una cola de coches en Columbus Circle dando bocinazos porque el semáforo acaba de cambiar y alguien no se puso en marcha con suficiente rapidez. En Stowe, en cambio, no se oye nada. A medianoche ya no quedará una sola luz encendida. Todo el mundo estará soñando. Me encanta.

Un suave ronquido le indicó que Willy se había quedado dormido.

\*\*\*\*\*

—Veamos qué está ocurriendo en el mundo —propuso Nora mientras Luke giraba la llave de su cabaña—. Me gusta ver las noticias antes de acostarme.

—Eso no siempre es una buena idea —comentó Luke—. Las noticias que cuentan no siempre generan dulces sueños.

—Cuando me despierto en mitad de la noche, siempre pongo las noticias —dijo Regan—. Me ayudan a recuperar el sueño, a menos, claro está, que haya ocurrido algo importante.

Jack cogió el mando a distancia y encendió el televisor. El telediario de Flash News Network llenó la pantalla. Los presentadores no mostraban su habitual sonrisa. Entonces pusieron un vídeo que mostraba a Packy Noonan saliendo de la cárcel.

—¡Mirad eso! —exclamó Jack.

El presentador explicó con voz grave: «Packy Noonan, que acaba de salir de la cárcel tras cumplir doce años y medio de condena por estafar a un grupo de inversores con su empresa de transporte falsa, salió del centro de reinserción social esta mañana para asistir a la misa de la catedral de San Patrick. Le seguía un detective privado contratado por la firma de abogados asignada para recuperar el dinero robado por Packy. Noonan salió furtivamente de la iglesia y fue visto corriendo por la

avenida Madison. Esta noche no ha regresado al centro de reinserción, por lo que ha incumplido oficialmente las condiciones de su libertad condicional. Estamos recibiendo numerosas llamadas y correos de inversores indignados que oyeron la noticia en el telediario anterior. Estas personas siempre han creído que Noonan puso el dinero a buen recaudo y están convencidas de que ahora se halla camino de recuperarlo. Se ha ofrecido una recompensa de diez mil dólares para quien facilite datos que ayuden a capturar a Noonan. Si tienen alguna información, les rogamos llamen al número que aparece en la pantalla».

—Ese tipo está corriendo un gran riesgo —dijo Jack—. Ha cumplido su condena, pero si ahora le atrapan tendrá que regresar a la cárcel por haber quebrantado la libertad condicional. Probablemente tiene ese dinero guardado en algún lugar y no quiere esperar los dos o tres años de libertad condicional que tiene por delante para recuperarlo. Apuesto a que saldrá del país muy pronto.

—Pobre Opal —suspiró Nora—. Solo le faltaba oír eso. Siempre dijo que el dinero estaba escondido en algún lugar y que, si le echaba el guante a Packy, le retorcería el pescuezo.

Regan meneó la cabeza.

—Me indigno cuando pienso en la de inversores como Opal que perdieron un dinero que les habría cambiado la vida. Al menos, cuando Packy estaba en la cárcel sabían que era desgraciado. Ahora se estarán preguntando si se dispone a vivir como un rey a costa de su dinero.

—Te lo advertí—intervino Luke—. Ahora nos meteremos en la cama sobreexcitados.

Pese a la situación, sonrieron.

—Eres terrible —le reprendió Nora—. Solo espero que Opal no haya visto el telediario de esta noche o no podrá pegar ojo.

\*\*\*\*\*

Unas puertas más allá, en la cabaña que compartía con Alvira y Willy, Opal había caído rendida en cuanto su cabeza tocó la almohada. Aunque no había escuchado la noticia sobre la desaparición de Packy, soñó con él. En el sueño, las puertas de una cárcel de piedra se abrían de golpe y Packy salía corriendo con unas fundas de almohada en los brazos. Opal sabía que las fundas estaban llenas de dinero, de su dinero. El dinero de la lotería. Quería ir tras él, pero las piernas no le respondían. Su desesperación iba en aumento. ¿Por qué no me responden las piernas?, pensaba. Tengo que alcanzarlo. Packy, entretanto, estaba cada vez más lejos. Agotada por el esfuerzo, luchando por respirar, Opal se despertó sobresaltada.

—Dios mío —pensó con el corazón a cien.

Otra pesadilla sobre ese imbécil de Packy Noonan. Mientras se serenaba, pensó que su subconsciente estaba actuando para sacar algo más a la superficie. Ya saldrá,

pensó, cerrando de nuevo los ojos. Sé que saldrá.

## Capítulo 15

—Todos mis planes —gimió Packy—. Más de doce apestosos años en la cárcel, soñando cada minuto con echarle el guante a mi árbol, ¡y ahora esto!

Benny, que estaba sentado en el asiento trasero de la furgoneta, se inclinó y asomó la cabeza entre Packy y Jo-Jo.

—¿Por qué tienes tantas ganas de echarle el guante a ese árbol? —preguntó—. ¿Es que tienes que pedir un deseo?

Reinaba una oscuridad impenetrable. La furgoneta era el único vehículo en la tranquila carretera. Packy, Jo-Jo y Benny se dirigían a la propiedad de los Pickens para reconocer el terreno. Tal como Packy había comentado con amargura: «Puede que la gente del centro Rockefeller haya puesto un vigilante nocturno para custodiar el árbol. Antes de ir a cortarlo con el camión plataforma, tenemos que ver qué está pasando».

—Benny, piensa un poco —gruñó Jo-Jo—. Probablemente Packy escondió algo en el árbol y le preocupa no poder sacarlo. Seguro que es nuestro dinero lo que hay ahí metido, ¿verdad, Packy?

—Bingo —espetó Packy—. Deberías solicitar el ingreso en la sociedad Mensa. Seguro que te aceptan.

—¿Qué es la sociedad Mensa? —preguntó Benny.

—Es una especie de club. Te hacen una prueba y, si la pasas, puedes asistir a reuniones con otros tipos que también han aprobado, donde os felicitáis unos a otros por lo inteligentes que sois. Uno de ellos estaba en mi pabellón. Era tan inteligente que cuando pasó una nota al cajero del banco para que aflojara dinero, la escribió en su propio resguardo.

Packy sabía que estaba despotricando como si hubiera enloquecido. A veces, cuando se ponía nervioso, se comportaba así. Relájate, se dijo. Respira hondo. Piensa en cosas bonitas. Piensa en dinero.

Fuera, la temperatura iba en descenso. Notó un ligero desliz de los neumáticos cuando la furgoneta pasó por encima de una placa de hielo.

—Explícate, Packy —insistió Jo-Jo—. Nuestro dinero está en ese árbol. Pasaste en la trena doce años. ¿Por qué no lo metiste en una cuenta suiza o en una caja de seguridad? ¿Qué te convirtió en ardilla?

Packy no pudo evitar que su voz sonara estridente.

—Deja que te lo explique, y escucha con atención para que no tenga que repetírtelo, porque ya estamos llegando. —Packy pisó el freno cuando un ciervo emergió de la maleza que flanqueaba la carretera—. Piérdete, Bambi —farfulló.

Como si le hubiera oído, el ciervo se dio la vuelta y desapareció.

La carretera viraba bruscamente hacia la derecha. Packy fue recuperando velocidad, pero con cautela. ¿Y si el árbol estaba vigilado?

—Packy, quiero saber qué está pasando —dijo Jo-Jo con impaciencia.

Jo-Jo y Benny tenían derecho a saber a qué se enfrentaban, reconoció Packy para sus adentros.

—Vosotros dos estabais metidos hasta el cuello en la estafa de la empresa de transportes. La diferencia es que vosotros pudisteis huir con un montón de pasta y pasaros los últimos doce años en Brasil mientras yo compartía una celda con un chiflado.

—Solo nos llevamos diez millones —le corrigió Benny, dolido—. Tú te quedaste con setenta millones como mínimo.

—Que no me sirvieron de nada mientras estaba en la cárcel. Durante el tiempo que esos bobalicones estuvieron dándonos dinero para invertir, yo me dediqué a comprar diamantes, piedras sin engastar, algunas valoradas en dos millones de dólares.

—¿Por qué no nos pediste que cuidáramos de ellas mientras estabas en la cárcel? —preguntó Benny.

—Porque todavía os estaría esperando en la avenida Madison.

—Eso que dices es muy feo —dijo Benny, meneando la cabeza—. Supongo que los diamantes están escondidos en tu árbol, ¿verdad? Menos mal que Milo mencionó que iban a cortar el árbol mañana por la mañana. Pensar que podríamos haber llegado un día tarde.

—No estás siendo de mucha ayuda, Benny —le interrumpió Jo-Jo—. Pero dime, Packy, ¿por qué elegiste un árbol de Vermont? Jersey tiene un montón de árboles y está mucho más cerca de Nueva York.

—¡Porque trabajé para los propietarios del terreno! —espetó Packy—. Cuando tenía dieciséis años, mi querida madre consiguió que el tribunal me enviara aquí en una especie de experimento para «salvar al muchacho problemático».

—¿Qué trabajo hacías aquí? —preguntó Jo-Jo.

—Cortaba árboles, la mayoría para el mercado de Navidad. Se me daba bien. Incluso aprendí a manejar una grúa con el fin de trasladar los árboles grandes adquiridos para los centros urbanos de todo el país. En fin, cuando sospeché que los auditores nos iban a descubrir, agarré los diamantes de la caja de seguridad, los metí en una petaca de metal y los escondí aquí. No pensé que tardaría trece años en poder regresar por ellos. La gente que posee este terreno plantó el árbol el día de su boda, hace cincuenta años. Juró que nunca lo cortaría.

—Mal hecho —intervino Benny—. Con todo lo que se construye hoy día, era fácil que ocurriera. Verás, en el campo de béisbol de nuestro antiguo barrio...

—¡Me trae sin cuidado tu antiguo barrio! —Gritó Packy—. Aquí está el giro que lleva al claro. Cruzad los dedos. Pararé y haremos el resto del trayecto andando.

—¿Y si hay un vigilante?

—Tendrá que pasar la noche viendo cómo cortamos el árbol. Jo-Jo, pásame la linterna.

Packy abrió la puerta de la furgoneta y bajó. La sangre le corría por las venas a tal

velocidad que no notó el marcado contraste entre el calor de la furgoneta y el aire frío de la noche. Se mantuvo en el margen del camino, listo para sumergirse en las sombras si divisaba a alguien cerca del árbol. Lentamente, salvó la última curva seguido de los gemelos. Y lo que vio le dejó estupefacto. La fina nieve permitía suficiente visibilidad para hacerse una idea del escenario. Packy encendió la linterna y la mantuvo apuntando al suelo.

Cerca del árbol, su árbol, descansaba un camión plataforma. Y había una grúa ya montada, con los cables enganchados casi en lo alto del árbol para guiarlo hacia la plataforma después de su tala. No parecía que hubiera vigilantes.

Jo-Jo y Benny comprendieron que era preferible no hacer comentarios.

Lenta, cautelosamente, Packy se acercó a la cabina del camión y miró en su interior. No había nadie. Intentó abrir la portezuela, pero estaba cerrada. Debajo del parachoques, pensó. Nueve de cada diez camioneros dejan un juego de llaves debajo del parachoques.

Lo encontró y se echó a reír.

—Es un regalo —dijo a los gemelos—. El camión y la grúa aquí, esperándonos. Estamos a muy poco de alcanzar una petaca llena de millones de dólares en diamantes escondida en este árbol. Pero tenemos que regresar a la granja para recoger el tronizador. Es una pena que a ninguno de los imbéciles que tengo delante se le ocurriera meterlo en la furgoneta.

—Hay una sierra eléctrica en el camión —señaló Benny—. Podríamos usarla.

—¿Estas loco? Esa cosa despertaría hasta a un muerto. Vosotros podéis cortar el árbol en un plisplas mientras yo manejo la grúa.

—Tengo mal la espalda —protestó Benny.

—¡Escucha! —Estalló Packy—. Con tu parte de los ochenta millones podrás pagar a todos los quiroprácticos y masajistas que te apetezca. ¡Vamos, no perdamos más tiempo!

## Capítulo 16

A ochenta hectáreas de allí, en la casa del siglo XVIII que ocupaba el centro de su propiedad, Lemuel Pickens no conseguía conciliar el sueño. Normalmente él y Vidya, su esposa, se acostaban a las nueve y media y caían rendidos. Pero esta noche, por causa del árbol, habían estado rememorando viejos tiempos y luego habían sacado el álbum y contemplado la foto de ellos dos plantando el árbol cincuenta años atrás, el día de su boda.

En aquel entonces tampoco éramos unos niños. Lemuel sonrió para sí. Vidya tenía treinta y dos años y él treinta y cinco. Éramos mayores para aquellos tiempos. Pero, como siempre decía Vidya: «Lemmy, ambos teníamos responsabilidades. Yo tenía que cuidar de mi madre y tú de tu padre. Cuando nos veíamos en la iglesia los domingos, me daba cuenta de que estabas por mí y eso me gustaba». Entonces la madre de Viddy murió. Dos semanas después, papá empezó a encontrarse mal y en menos que canta un gallo también él la palmó, recordó Lemuel al tiempo que propinaba un codazo a Viddy. Esta mujer ronca con más fuerza que una tormenta, pensó mientras ella se colocaba de lado y los ronquidos cesaban.

La vida no nos dio hijos pero ese árbol ha sido casi como un niño para nosotros. Los ojos de Lemuel se humedecieron. Verlo crecer, con sus ramas siempre tan uniformes y perfectas y ese tono azulado que emerge con la luz del sol. Es el árbol más bonito que he visto en mi vida. Y también la forma en que descansa en medio del claro, él solo. Nunca quisimos plantarle nada cerca. A lo largo de los años lo hemos rodeado de mantillo, lo hemos mimado. Ha sido divertido.

Giró el cuerpo hacia un costado. Cuando esa gente llamó a la puerta y nos preguntó si les dejaríamos talar el árbol para el centro Rockefeller, casi agarro la escopeta. Pero luego me enteré de que después de que rechazáramos su oferta se habían largado a casa de Wayne Covell para examinar su enorme píceca azul. Diantre, cómo me enfurecí.

Viddy y yo tardamos dos minutos en decidirlo. No viviremos mucho más para cuidar de nuestro árbol. Aunque pongamos en nuestro testamento que nadie puede cortarlo, no será lo mismo cuando ya no estemos. No será especial para nadie, pero, si va al centro Rockefeller, hará feliz a miles de personas. Y, cuando llegue a Nueva York, los colegiales y esos preciosos cohetes darán la bienvenida a nuestro árbol e interpretarán canciones de la película de Maria von Trapp. Qué curioso que Maria apareciera justo cuando lo estábamos plantando. Ella sabía que era el día de nuestra boda e interpretó para nosotros una canción nupcial austriaca y nos hizo una foto junto al árbol. Luego nosotros le hicimos una foto posando en el mismo lugar.

Lemuel suspiró. Viddy está deseando ir a Nueva York y ver cómo nuestro árbol se cubre de luces. Saldrá en las televisiones de todo el país y todo el mundo sabrá que son nuestras bodas de oro. Hasta quieren entrevistarnos en el Today Show. Viddy está

tan entusiasmada que tiene previsto que le laven y arreglen el pelo en una de esas peluquerías elegantes de Nueva York. Cuando me dijo lo que iba a costarle, casi se me cayó la dentadura, pero Viddy me recordó que en todos estos años solo había pisado una peluquería dos veces.

Ojalá pudiera ver la cara de Wayne Covel cuando aparezcamos en televisión hablando con Katie o Matt. Está muy enojado porque, cuando corrimos a decirles que podían cortar nuestro árbol, soltaron el suyo como si se tratara de una patata caliente.

Lemuel propinó a Vidya otro codazo. Hace más ruido que un árbol cayendo en el bosque, pensó.

## Capítulo 17

A seis metros por encima del suelo, Wayne Covell no podía dar crédito a sus oídos. Machete en mano, se había subido a la escalera de mano colocada detrás de la premiada picea azul de los Pickens, dispuesto a rebanarle las ramas. Su propósito era ocasionar tal destrozo al árbol que los hombres enviados por el centro Rockefeller tuvieran que recurrir de nuevo a él. Todavía no había decidido si se haría de rogar o no, pero al final les dejaría cortar su precioso árbol.

Today Show, ahí voy, pensó.

Pero entonces, del otro lado del árbol le llegó el sonido de unos pasos y se dio cuenta de que, unos minutos antes, sin darse cuenta, había sido consciente del vago zumbido de un motor de coche. Ya era tarde para bajar de la escalera y huir, de modo que hizo lo único que podía hacer: hincar el machete en el cinturón de herramientas y permanecer muy quieto. Confío en que se vayan pronto. Por favor, que no sean vigilantes con intención de quedarse toda la noche.

¿Qué hago?, pensó con desesperación. Soy un intruso. Si me descubren, Lem Pickens enseguida comprenderá qué estaba tramando. Me hará la pascua.

Wayne podía oír los pasos de varios hombres que se detenían al otro lado del árbol. Estaban hablando de que en el árbol había diamantes escondidos. ¡Millones de dólares en diamantes! Estaba tan concentrado en no perderse detalle que estuvo a punto de caerse del árbol.

¡Tenían que estar bromeando! Pero sabía que no estaban bromeando. Escondida en algún lugar del árbol había una petaca de metal con diamantes dentro, y esos tipos iban a robar el árbol para rescatarla.

Wayne estaba aterrorizado. No eran buenos tipos, eso seguro. ¿Podría largarse sin ser visto? Si le descubrían, sabrían que había oído lo que estaban diciendo. Y luego, ¿qué? No quería pensar en las posibilidades.

—Tenemos que regresar a la granja para recoger el tronizador —estaba diciendo uno de ellos en mal tono—. Es una pena que a ninguno de los imbéciles que tengo delante se le ocurriera meterlo en la furgoneta.

¡Gracias, Señor!, quiso gritar Wayne. Se van. Tendré tiempo de bajar y llamar a la policía. ¡Puede que hasta me caiga una recompensa! Seré un héroe. Esos tipos no habrían escondido diamantes en el árbol si los hubieran obtenido honradamente, de eso no le cabía duda.

Aguardó a que el sonido del coche se alejara, extrajo una linterna del cinturón de herramientas y la encendió. ¿Dónde podrían haber escondido una petaca con diamantes? Tenía que estar atada al tronco o a una rama. Las ramas no eran lo bastante gruesas para poder alojar en su interior una petaca, y, si alguien hubiese abierto un agujero en el tronco, los nutrientes no habrían penetrado y el árbol habría muerto.

Wayne se inclinó hacia delante, levantó algunas ramas con sus guantes

protectores y las iluminó con la linterna. Menuda broma, pensó. Esto es peor que buscar una aguja en un pajar.

Pero puede que tenga suerte y encuentre la petaca. Ya. Y puede que Boston gane finalmente la copa de béisbol.

Así y todo, procedió a bajar peldaño a peldaño, separando cuidadosamente las ramas e iluminando con la linterna los espacios abiertos. Descendidos tres peldaños, la luz iluminó algo que descansaba en una rama, a medio camino entre el tronco y la escalera.

No podía ser. ¿O sí podía ser?

Wayne agarró el machete y penetró en el ramaje. Las agujas le arañaban la cara y se incrustaban en su retorcido bigote, pero no lo notó. No podía alargar el machete lo bastante para poder cortar la rama más allá del objeto. ¿O sí podía?

Estaba de puntillas, inclinado sobre el árbol, cuando, de una tajada, cortó la rama en dos, arrancó el pedazo cercenado y bajó por la escalera a toda pastilla. Una vez en el suelo, la linterna iluminó una petaca amarrada a la rama con el alambre que solía emplearse en las alambradas eléctricas. El cuerpo de Wayne se estremeció de emoción.

Con otro golpe de machete cortó la rama, de manera que la sección que contenía ahora la petaca ya solo medía treinta centímetros. Se reprimió el deseo de soltar un grito de triunfo, como hacía cuando el Red Sox ganaba una carrera contra los Yankees, y echó a correr. Con las prisas no se dio cuenta de que el machete con su nombre grabado en el mango se le había resbalado del cinturón y había caído al suelo.

Todas sus intenciones de llamar a la policía se habían desvanecido.

La vida da sorpresas inesperadas, pensó mientras rodeaba el perímetro del terreno de Lem Pickens. Si hubieran elegido mi árbol, habría tenido mis quince minutos de fama, pero eso habría sido todo. Tal y como han ido las cosas, si esta petaca está realmente llena de diamantes, soy rico. Y ese pelmazo de Lem se va a quedar sin su oportunidad de ser una estrella.

Ojalá pudiera tener el valor de aparecer mañana para verle la cara cuando visite por última vez su árbol y solo encuentre un tocón. Wayne sentía un alborozo delirante. Y ojalá pudiera verle la cara a esos tipos cuando descubran que la rama con la petaca había desaparecido. Así y todo, les deseaba suerte. Iban a hacer el trabajo por él. Si realmente conseguían cortar el árbol de Lem, puede que el suyo acabara finalmente en el centro Rockefeller.

Wayne apretó la carrera. Debería leer mi horóscopo, pensó. Todos mis planetas deben de estar alineados. Tienen que estarlo.

## Capítulo 18

De vuelta en la granja, Milo fue zarandeado de su siesta en el sofá y convocado en la cocina para escuchar las instrucciones de Packy.

—No quiero involucrarme más de la cuenta —protestó Milo.

—Estás involucrado hasta el cuello —ladró Packy—. Y ahora, pensemos con claridad. En el granero no hay espacio para dos camiones de plataforma y no podemos dejar uno a la vista.

—Hay un montón de carreteras solitarias por estos parajes —señaló Benny—. ¿Por qué no dejamos el nuestro en una de ellas? Aunque sería una pena porque fue una buena compra. Justo después de que enviaras el mensaje desde la cárcel de que compráramos un camión plataforma viejo, Jo-Jo y yo lo encontramos en una subasta. Pagamos con dinero contante y sonante. Estábamos muy orgullosos de nosotros mismos.

—¡Benny, por favor! —Gritó Packy—. Cuando regresemos con mi árbol, sacarás el camión del granero, te alejarás unos quince kilómetros por la carretera 100 en dirección norte y lo abandonarás. ¡No, espera! Milo, tú conducirás el camión. La gente de por aquí te conoce. Ninguna ley prohíbe conducir un camión plataforma. Benny, tú le seguirás con la furgoneta y regresarás con Milo.

Esto es más de lo que había previsto, pensó Milo. Sospecho que nunca llegaré a gastar ese dinero. Pero decidió no protestar. Ya estaba demasiado metido en el asunto. En su vida se había sentido tan desdichado.

—Decidido entonces —dijo Packy—. Milo, alegre esa cara. Pronto desapareceremos de tu vida. —Miró a los gemelos—. Vosotros dos, en marcha. No tenemos mucho tiempo.

\*\*\*\*\*

Cuando regresaron al claro, había dejado de nevar y a través de las nubes se divisaban algunas estrellas. Packy se alegró de verlas. Significaba que podría poner la linterna al nivel mínimo para guiar a Jo-Jo y Benny mientras serraban el árbol.

La grúa del centro Rockefeller estaba colocada en el lugar debido para recibir el árbol cuando este se desplomase. Los cables ya estaban enganchados al árbol para impedir que cayera fuera de la plataforma.

Fui un idiota al creer que podía cortar un árbol de semejante tamaño y contar con que aterrizara directamente sobre nuestra plataforma, reconoció Packy para sus adentros. Fui un idiota al olvidar que, cuando se trata de un árbol tan grande, es preciso envolver las ramas inferiores. De hecho, fui un idiota por esconder los diamantes en un árbol. Pero los muchachos contratados por el centro Rockefeller me han facilitado las cosas, se consoló. Qué tipos.

Jo-Jo y Benny ocuparon sus respectivos lugares a ambos lados del árbol. Cada uno sostenía un extremo de la sierra.

—Bien —dijo Packy—, así es como tenéis que hacerlo. Benny, tú empujas cuando Jo-Jo tira. Y Jo-Jo, tú empujas cuando Benny tira.

—O sea que yo empujo cuando Jo-Jo tira —confirmó Benny— y Jo-Jo empuja cuando yo tiro. ¿Es así, Packy?

Packy quería gritar.

—Sí, es así. Y ahora, a serrar. ¡Vamos! ¡Moveos!

Pese a tratarse de una sierra manual, el sonido parecía resonar en todo el bosque. Sentado en la grúa, Packy dirigió la luz de la linterna a la base del árbol. Durante unos instantes apuntó hacia la parte trasera, donde sabía que estaba escondida la petaca. Entonces divisó una escalera de mano que no había visto antes y, a renglón seguido, un trozo de rama tirado en el suelo. Una ligera inquietud lo recorrió por dentro. Iluminó de nuevo a los gemelos, que seguían tirando y empujando.

Pasaron diez, quince minutos.

—Más deprisa —ordenó Packy—. Más deprisa.

—Estamos tirando y empujando todo lo deprisa que podemos —resopló Benny—. Ya casi estamos. Ya casi... ¡Árbol va! —gritó.

Habían cortado el tronco por la base. El enorme árbol se tambaleó unos instantes y luego, guiado por Packy desde la grúa, viajó por el aire sujeto a los cables y descendió en línea recta sobre el camión. Por el rostro de Packy caían ríos de sudor. ¿Cómo es posible que recuerde cómo se hacía?, se preguntó. Retiró los cables, bajó apresuradamente de la grúa y se subió al camión.

—Benny, sube. Jo-Jo, síguenos con la furgoneta. Ahora, si la suerte continúa de nuestro lado...

Con desesperante lentitud, sacó el camión plataforma del claro hasta el camino de tierra. Pasó por la linde este de la propiedad de Lem Pickens, salió a la carretera 108 y, finalmente, subió por Mountain Road.

En la 108 les adelantaron algunos coches. Con suerte sus ocupantes estarían demasiado cansados o demasiado indiferentes para preguntarse qué estaba pasando.

—A veces transportan árboles grandes como este por la noche para no provocar atascos —explicó Packy, más para sí mismo que para Benny—. La gente probablemente pensará eso, si es que piensa algo.

Había otra cosa que le preocupaba además de regresar al granero sin ser descubiertos, y era la rama que yacía en el suelo, justo debajo de la zona donde estaba escondida la petaca. Ese lado del árbol se hallaba ahora expuesto sobre la plataforma. Estaba impaciente por ponerse a buscar su petaca.

Eran exactamente las tres de la madrugada cuando llegaron a la granja. Benny saltó del vehículo, corrió hasta el granero y abrió la puerta. Acto seguido, sacó su camión plataforma, provocando un ruido ensordecedor a medida que hacía astillas el resto de los establos. Milo salió apresuradamente de la casa y sustituyó a Benny al

volante del camión. Cuando Benny pasó con la furgoneta frente a Packy, saludó con una mano, sonrió y dio un golpecito a la bocina. Gruñendo, Packy introdujo el camión robado en el granero. Jo-Jo ya estaba cerrando la puerta cuando bajó.

—Ahora buscaré la línea roja que pinté alrededor del tronco, a la altura de la rama que contiene la petaca, y estaremos a medio camino de Brasil. Según mis cálculos, tiene que estar a unos doce metros de la base.

Jo-Jo sacó la cinta métrica que Packy le había ordenado traer y juntos procedieron a medir el árbol desde la base. La garganta de Packy se secó al ver una rama partida a una distancia de unos seis metros. ¿Es posible que la rama que he visto en el suelo saliera de aquí?, se preguntó. Sin reparar en las afiladas agujas, atrajo la rama hacia sí y un trozo de alambre le produjo un corte en el dedo que le hizo gritar. Dirigió la linterna hacia el círculo rojo que rodeaba la base de la rama quebrada.

No vio ninguna petaca, solo los restos del cable que había utilizado para atar cuidadosamente su tesoro.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —gritó—. ¡No lo entiendo! Pensaba que a estas alturas mi rama estaría más alta. ¡Tenemos que regresar! La petaca tiene que estar atada a la rama que vi en el suelo, junto a la escalera.

—¡No podemos volver a salir con el camión! Tenemos que esperar a que Benny y Milo regresen con la furgoneta —señaló Jo-Jo.

—¿Y la cafetera de Milo? —aulló Packy.

—Lleva las llaves en el bolsillo de su abrigo —respondió Jo-Jo.

Debí quedarme en Brasil y dejar que Packy hiciera ensaladas en esa cafetería inmunda, pensó por tercera vez ese día.

## Capítulo 19

Lem Pickens no paraba de despertarse. Estaba sufriendo pesadillas. No sabía por qué, pero le preocupaba que algo saliera mal, que hubiera cometido un error al haber cedido el árbol.

Es normal, se dijo. Es normal. Había leído en algún libro que los acontecimientos dramáticos en nuestras vidas nos producían miedo y preocupación. A Viddy no parece inquietarle, pensó mientras ella seguía dándole muestras de la profundidad de su sueño. El ruido que hace ahora está entre un martillo neumático y una motosierra.

Trató de pensar en cosas agradables para calmar su inquietud. Piensa en el momento en que le den al interruptor y más de treinta mil luces de colores iluminen nuestro árbol en el centro Rockefeller. ¡Piensa solo en eso!

Sabía el motivo de su preocupación. No iba a resultarle fácil ver cómo talaban el árbol. Se preguntó si este estaría asustado. Entonces tomó una decisión. Despertaré a Viddy muy temprano y, después de una buena taza de café, nos sentaremos junto a nuestro árbol y nos despediremos de él como es debido.

Algo más tranquilo, Lem cerró los ojos y volvió a dormirse. A los pocos minutos, el estruendo que salía de su lado de la cama seguía sin poder competir con Viddy, roncadora olímpica donde las haya.

Mientras ellos dormían, un triste Packy Noonan descansaba sobre el tocón del amado árbol de los Pickens, sosteniendo un machete y apuntando con la luz de la linterna el nombre grabado en el mango: WAYNE COVEL.

## Capítulo 20

Wayne Covell alcanzó la puerta trasera de su casa resoplando y apretando con fuerza la rama de Lem con la petaca de los ladrones. Dejó la rama sobre la mesa de su descuidada cocina, se sirvió un vaso largo de whisky para tranquilizarse y sacó los alicates del cinturón de herramientas. Con dedos temblorosos, cortó el alambre que sujetaba la petaca.

Las petacas solo contienen cosas buenas, pensó mientras daba un sorbo a su whisky. Esta estaba prácticamente sellada, tal era el sedimento que la envolvía. Trato de desenroscar el tapón. Caminó hasta el fregadero y abrió el grifo. Tras un gruñido, brotó un chorrito de agua fría que al rato empezó a salir caliente. Wayne mantuvo la petaca debajo del chorrito hasta que gran parte del sedimento se hubo desintegrado. Todavía necesitó tres poderosos giros con las manos para que el tapón cediera.

Agarró un trapo de cocina mugriento y lo extendió sobre la mesa. Se sentó y lenta, solemnemente, procedió a vaciar el contenido de la petaca en el gallo que ocupaba el centro del trapo. Al ver el tesoro que se desplegaba ante él, los ojos se le salieron de las órbitas. No estaban bromeando. Diamantes tan grandes como el ojo de una lechuza, unos de un precioso color dorado, otros azulados, y uno juraría que tan grande como un huevo de petirrojo. A este tuvo que darle una segunda sacudida para que atravesara la boca de la petaca. El corazón le latía con tanta fuerza que necesitó otro trago de whisky. Le costaba creer que esto estuviera ocurriendo de verdad.

Fue una suerte que Lorna me abandonara el año pasado, pensó. Dijo que ocho años conmigo eran suficientes. Pues ocho años con ella también fueron suficientes. Siempre me estaba encima, encima, encima. Pero era demasiado bueno para echarla. Se fue a vivir a Burlington, a cuarenta y cinco minutos de aquí. Me contaron que estaba concertando citas por Internet. Espero que encuentres a ese hombre sensible que estás buscando, cielo, pensó.

Agarró un puñado de diamantes sin dar todavía crédito a su suerte. Cuando encuentre la forma de deshacerme de algunas de estas piedras, quizá haga un viaje en primera clase y envíe una postal a Lorna contándole lo bien que me lo estoy pasando y lo mucho que me alegro de que no esté conmigo.

Feliz con la idea de restregarle a Lorna su suerte, Wayne procedió a analizar la situación. En cuanto Lem descubra que el árbol ha desaparecido, gritará que yo tengo algo que ver con eso. Sé que me arañé la cara, de modo que tengo que inventarme una excusa sobre cómo ocurrió. Podría decir que, estaba podando uno de mis árboles y perdí el equilibrio, se dijo. Si algo se le daba bien era cuidar de los árboles de su propiedad que todavía no había vendido.

El siguiente problema era dónde esconder los diamantes. Empezó a devolverlos a la petaca. La gente sospechará que yo he cortado el árbol, de modo que debo actuar con mucho tiento. No puedo tenerlos dentro de casa. Si la policía decide registrarla, con la suerte que tengo seguro que los encuentran.

¿Por qué no hago lo que hicieron esos ladrones?, pensó.

¿Por qué no escondo la petaca en uno de mis árboles hasta que el asunto sea olvidado y pueda hacer un viaje a la gran ciudad? Wayne envolvió la petaca con cinta adhesiva marrón y rebuscó en todos los cajones abarrotados de la cocina hasta dar con el alambre para colgar fotos que Lorna había comprado en un intento desesperado por embellecer la casa. Cinco minutos después estaba trepando por el viejo olmo del jardín delantero. Siguiendo el excelente ejemplo de los ladrones, volvió a poner la petaca de diamantes bajo la protección de la Madre Naturaleza.

## Capítulo 21

Después de la pesadilla con Packy, Opal apenas podía pegar ojo. Se despertó varias veces durante la noche, a las dos, a las tres y media y a las cuatro y media, según el despertador.

La pesadilla le había afectado profundamente y había sacado a la superficie toda la rabia y el rencor que sentía por Packy Noonan y sus compinches. Había intentado tomárselo a broma, pero el comentario de Packy de que entregaría el 10 por ciento de su sueldo en la cafetería para devolver el dinero a sus víctimas era demasiado insultante.

Nos está tomando el pelo otra vez, pensó.

Por su mente pasaban una y otra vez las imágenes televisivas de su liberación. Un canal había ofrecido un breve reportaje sobre la estafa en el que Packy aparecía con esos idiotas de Benjamin y Giuseppe Como, conocidos como Benny y Jo-Jo, en sus procesamientos. Opal recordó el día en que, sentada ante una gran mesa, ellos la instaron a invertir más dinero. Benny se había levantado para servirse otra taza de café. Caminaba como un pato, como si llevara un peso en los pantalones, como solía decir su madre.

¡Ya lo tengo!, pensó Opal. Se sentó rápidamente en la cama y encendió la luz. Acababa de caer en la cuenta de que el hombre que había visto colocando unos esquís en el porta-esquí de una furgoneta frente a una casa cuando hacía esquí de fondo le recordaba a Benny.

El grupo de esquiadores del sábado por la tarde estaba siguiendo a la instructora por un sendero, pero delante tenían a un grupo muy lento y la instructora había dicho: «Probemos a adelantarlos por aquel camino». Habían acabado esquiando por un bosquecillo próximo a una vieja granja.

Se me rompió el cordón de la bota, recordó Opal, así que fui a sentarme a una roca situada dentro del bosquecillo pero algo más cerca de la casa. Frente a la puerta había un hombre colocando unos esquís encima de una furgoneta. Su cara me sonaba, pero en ese momento alguien le llamó y se fue. Aunque apresurado, entró en la casa caminando como un pato.

Era bajo y fornido. Andaba como un pato. ¡Juraría que se trataba de Benny Como!

Pero eso es imposible, se dijo Opal. ¿Qué se le había perdido por aquí? El fiscal del distrito que debía llevar la acusación de los Como en el juicio dijo que estaba seguro de que Benny y Jo-Jo habían huido del país tras salir en libertad bajo fianza. ¿Por qué iba Benny a estar en Vermont?

No podía seguir en la cama. Se levantó, se puso la bata y bajó. La sala era un espacio abierto con vigas en el techo, una chimenea de piedra y grandes ventanales con vistas a las montañas. La zona de la cocina estaba elevada sobre dos escalones y delimitada por una barra. Opal preparó café, se sirvió una taza y bebió el delicioso

brebaje frente a la ventana. Pero apenas fue capaz de saborearlo. Contemplando el bello paisaje, se preguntaba si Benny seguiría en aquella casa.

Alvirah y Willy todavía tardarán un par de horas en levantarse, pensó. Podría esquiar hasta la casa. Si la furgoneta sigue fuera, anotaré el número de la matrícula. Estoy segura de que Jack Reilly podría rastrearla.

Otra posibilidad es que asistamos a la tala del árbol destinado al centro Rockefeller, visitemos el arce de Alvirah y regresemos a casa. De ese modo me pasará la vida preguntándome si aquel hombre era Benny y si desperdiicé una oportunidad de conseguir que le encerraran.

No pienso dejar que eso ocurra, decidió Opal. Subió a su dormitorio y se vistió a toda prisa. Debajo de la chaqueta de esquiar que se había comprado en la tienda de regalos del hotel se puso un jersey grueso. Salió a un cielo encapotado y notó que el aire era frío y húmedo. Se acerca otra nevada, pensó. Los amantes del esquí estarán encantados de que haya empezado a nevar tan pronto este año.

Poseo un buen sentido de la orientación, se dijo mientras se ponía los esquís y repasaba mentalmente el camino hasta la granja. La encontraré sin problemas.

Con ayuda de los palos, se impulsó y procedió a deslizarse a campo través. Qué silencio, qué paz, pensó. Aunque apenas había dormido, estaba plenamente despierta. Quizá sea una locura, reconoció para sí, pero necesito sentir que no he dejado pasar la oportunidad de atrapar a esos ladrones y verlos con las esposas puestas.

Y grilletes, añadió. Cómo me gustaría ver eso.

Esquiaba por una cuesta a un ritmo regular. No se me da nada mal, pensó con satisfacción. ¡Verás cuando en el desayuno le cuente a Alvirah lo que estuve haciendo esta mañana! Se enfadará conmigo por no haberla despertado.

Media hora más tarde Opal estaba en el bosquecillo que se extendía frente a la casa. Tengo que ir con cuidado. En el campo la gente madruga, recordó. No como algunos de sus vecinos de la ciudad, cuyas persianas no se levantaban antes del mediodía.

En la casa, sin embargo, no se percibía actividad alguna. La furgoneta estaba estacionada delante de la puerta. Si se despistan, la meten en la sala, pensó Opal. Esperó veinte minutos. No vio a nadie levantarse para ordeñar las vacas o alimentar a las gallinas. Me pregunto si tienen animales en el granero, pensó. Es muy grande. Podría alojar a todos los animales del Arca de Noé.

Se acercó por la izquierda para vislumbrar la matrícula de la furgoneta. Era una matrícula de Vermont, pero no podía distinguir los números desde donde estaba. Aunque resultara arriesgado, tenía que acercarse un poco más.

Opal respiró hondo, salió de la arboleda y no se detuvo hasta que se halló a pocos metros de la furgoneta. Tengo que hacerlo rápido y salir pitando, pensó. Muy nerviosa, susurró los números que aparecían en la matrícula verde y blanca. «BEM 360. BEM 360», repitió. «Lo anotaré cuando me haya alejado».

\*\*\*\*\*

Dentro de la casa, en la misma mesa donde solo unas horas antes había reinado la cordialidad, tres ladrones resacosos, cansados y enfadados estaban tratando de descifrar la forma de recuperar la petaca de diamantes que constituía su billete a una vida opulenta. El machete con el nombre de Wayne Covel grabado en el mango descansaba en medio de la mesa. La guía telefónica local estaba abierta en la página donde Packy había marcado el nombre y el teléfono de Covel con un círculo. La dirección de Covel no aparecía.

Milo ya había preparado dos cafeteras y dos tandas de crepes con tocino. Packy y los gemelos habían devorado el desayuno pero ahora hacían caso omiso de sus sugerencias.

—¿Otra tanda de crepes para los muchachos?

Los tres estaban lanzando miradas malévolas al machete de Covel.

Que se atiborren, pensó Milo mientras echaba la masa en la sartén. Era evidente que la mala suerte no había afectado a su apetito.

—Milo, olvida la rutina del Chef Mago —le ordenó Packy—. Siéntate. Tengo planes para ti.

Milo obedeció. Al ir a apagar el fuego de los crepés, en lugar de eso aumentó sin darse cuenta la llama de la sartén que rebosaba de grasa de tocino.

—¿Estás seguro de que sabes dónde vive ese Covel? —le preguntó Packy acusadoramente.

—Sí —afirmó Milo con satisfacción—. Sale en la segunda página de ese artículo que te enseñé sobre el árbol. Hablaba de lo extraordinario que era encontrar dos árboles dignos del centro Rockefeller en el mismo estado, y no digamos en terrenos colindantes. Todo el mundo sabe dónde vive Lem Pickens, y Covel es su vecino.

Benny arrugó la nariz.

—Algo se está quemando.

Los cuatro se volvieron hacia el fogón. De la vieja sartén de hierro salían llamas y humo. A su lado, los crepés se estaban poniendo negros.

—¿Es que quieres matarnos? —Gritó Packy—. ¡Este lugar apesta! —Se levantó de un salto—. ¡El humo me da asma! —Corrió hasta la puerta, la abrió bruscamente y salió al porche.

A solo unos metros de él, una mujer con esquis de fondo estaba contemplando fijamente la matrícula de la furgoneta.

Ella se volvió rápidamente y sus ojos se encontraron. Aunque habían pasado doce años, el reconocimiento fue mutuo e instantáneo.

En un esfuerzo por escapar, Opal clavó los palos en la nieve, pero, con las prisas, resbaló y cayó al suelo. Packy se le echó encima al instante, tapándole la boca con una mano y clavándole la rodilla en la espalda para inmovilizarla. Aturdida y

horrorizada, Opal sintió que otras manos la agarraban y la arrastraban hacia el interior de la casa.

## Capítulo 22

Alvirah despertó a las 7.15 con el ánimo expectante.

—Parece el comienzo de la estación navideña, ¿no crees? —Dijo a Willy—. Me refiero a ver el árbol de Navidad del centro Rockefeller aquí, en su entorno natural, antes de su alumbrado en Nueva York.

Después de cuarenta años de matrimonio, Willy estaba más que acostumbrado a las observaciones tempranas de Alvirah, y había aprendido a soltar gruñidos de asentimiento mientras saboreaba los últimos minutos de modorra.

Alvirah le observó. Willy tenía los ojos cerrados y la cabeza enterrada en la almohada.

—Willy, ha llegado el fin del mundo y tú y yo estamos muertos —dijo.

—Aja —convino Willy—. Es genial.

Es inútil tratar de despertarle, decidió Alvirah.

Se duchó y se puso unos pantalones de lana grises con una chaqueta gris y blanca a juego, otro de los conjuntos que le había elegido la baronesa Min. Se miró en el espejo largo del armario. No estoy mal, pensó con naturalidad. En otros tiempos me habría puesto unos pantalones morados y una sudadera naranja y verde. Supongo que por dentro sigo llevando esa ropa. Willy y yo no hemos cambiado. A los dos nos gusta ayudar a las personas. Él lo hace arreglando tuberías rotas para gente que no puede pagar a un fontanero. Yo lo hago tratando de resolver situaciones cuando la gente está abrumada por los problemas.

Fue hasta la cómoda, tomó el broche con el micrófono en el centro y se lo prendió a la chaqueta. Quiero grabar lo que la gente dirá cuando corten el árbol, se dijo. Será una buena historia para mi columna.

—Cariño.

Alvirah se volvió. Willy estaba sentado en la cama.

—¿Dijiste algo sobre el fin del mundo?

—Sí, y que los dos estábamos muertos. Pero no te preocupes, seguimos vivos y el fin del mundo ha sido suspendido.

Willy sonrió tímidamente.

—Haré la maleta una vez que te hayas duchado y vestido —dijo Alvirah—. Hemos quedado con los demás a las ocho y media en el comedor para desayunar. Qué extraño, no se oye ruido en la habitación de Opal. Será mejor que suba a despertarla.

Ella y Willy ocupaban la suite de la cabaña, situada en la planta baja. Opal estaba arriba, en otro dormitorio espacioso. Alvirah entró en el salón, reparó en el aroma a café y vio la nota de Opal que descansaba en la barra del desayuno. ¿Qué hace Opal ya levantada?, se preguntó, y corrió a leer la nota.

*Queridos Alvirah y Willy,*

*He salido pronto para hacer esquí de fondo. Hay algo que debo comprobar. Os veré en el hotel a las 8.30 para desayunar.*

*Besos,*

*Opal*

Algo inquieta, Alvirah releyó la nota. Opal esquiaba bien, pero no conoce los senderos, se dijo. Algunos se alejan mucho. No debió ir sola. ¿Qué es eso tan importante que tiene que comprobar a estas horas?, se preguntó.

Alvirah se acercó a la cafetera y se sirvió una taza de café. Tenía un sabor ligeramente amargo, como si llevara un par de horas en el quemador. Opal ha debido de marcharse muy temprano, pensó.

Mientras esperaba a que Willy se vistiera, se descubrió contemplando las montañas. Se estaban formando nubarrones. Era un día gris. Ahí afuera hay infinitos senderos, pensó. Sería tan fácil que Opal se perdiera.

Eran las ocho menos cuarto. Opal había prometido que se encontraría con ellos a las ocho y media. No tiene sentido preocuparse, se dijo Alvirah. Dentro de un rato estaremos todos juntos disfrutando de un delicioso desayuno.

Willy salió del dormitorio luciendo uno de los jerséis austriacos que había comprado en la tienda de regalos.

—¿Crees que debería aprender a cantar como un tirolés? —Preguntó antes de mirar en derredor—. ¿Dónde está Opal?

—Nos encontraremos con ella en el comedor del hotel —respondió Alvirah.

O por lo menos eso espero, pensó.

## Capítulo 23

Regan, Jack, Nora y Luke salieron de su cabaña a las 8.20 y se dirigieron al hotel.

—Qué bonito es todo esto —suspiró Nora—. ¿Por qué cuando empiezas a relajarte de verdad llega el momento de volver a casa?

—Si no aceptaras dar conferencias en tantos almuerzos, podrías relajarte tanto como mis difuntos clientes —apuntó secamente Luke.

—No puedo creer que hayas dicho eso —protestó Regan—. Bueno, en realidad, sí puedo.

—Me cuesta decir no cuando sé que puedo ayudar a recaudar fondos para una obra benéfica —se defendió Nora—. El acto de mañana es especialmente importante.

—Por supuesto, querida.

Jack había escuchado divertido la conversación. Luke y Nora se lo pasan tan bien juntos, pensó. Así seremos Regan y yo cuando llevemos mucho tiempo casados. Rodeó con un brazo los hombros de Regan. Ella le sonrió y puso los ojos en blanco.

—Siempre la misma conversación —dijo.

—Veremos de qué acabáis hablando vosotros dentro de treinta años —repuso Luke—. Os garantizo que de nada fascinante. Las parejas tienden a retomar siempre sus temas de conversación favoritos.

—Haremos lo posible por que sigan siendo interesantes, Luke —dijo Jack con una sonrisa—. Pero yo no os encuentro nada aburridos.

—A veces es preferible ser aburrido —comentó Nora mientras Luke abría la puerta del hotel—. Sobre todo cuando sé que Regan corre peligro por el caso en el que se halle trabajando.

—Preocupación que comparto —dijo Jack.

—Por eso me alegro tanto de que os caséis —añadió Nora—. Hasta cuando no estáis juntos tengo la sensación de que la estás protegiendo.

—Puedes estar segura —respondió Jack.

—Gracias, chicos —dijo Regan—. Es agradable saber que tengo un equipo de sufridores respaldándome.

Cruzaron el vestíbulo y entraron en el comedor. En un rincón de la sala, sobre una larga mesa, descansaba el buffet del desayuno.

La anfitriona los saludó animadamente.

—Tengo su mesa lista. Sus amigos todavía no han llegado. —Recogió algunas cartas y los acompañó hasta la mesa. Mientras tomaban asiento, dijo:— Se marchan hoy, ¿verdad?

—Por desgracia, sí —contestó Nora—, pero primero iremos a ver talar el árbol del centro Rockefeller.

—Demasiado tarde.

—¿Qué?

—Que llegan tarde.

—¿Lo cortaron antes de lo anunciado? —preguntó Nora.

—Eso me temo. Lem Pickens fue a las seis de la mañana a despedirse de su árbol, pero el árbol ya no estaba. Alguien lo taló en mitad de la noche y robó el camión plataforma que debía trasladarlo a Nueva York. La gente no habla de otra cosa. Un huésped dijo que estaba viendo MSNBC y que Imus ya estaba al corriente de lo sucedido.

—Puedo imaginar lo que Imus tiene que decir al respecto —intervino Regan.

—Imus dijo que probablemente había sido obra de una panda de borrachos —explicó la anfitriona mientras repartía las cartas—. No se le ocurría otra posibilidad.

—Es la clase de broma que haría un adolescente —dijo Jack.

—¿Qué van a hacer ahora? —preguntó Nora a la anfitriona.

—Si no encuentran el árbol hoy, probablemente recurrirán de nuevo al vecino de Pickens. Su árbol era la segunda opción.

—Aquí hay un móvil —intervino Jack, bromeando solo en parte.

—Y que lo diga —respondió la anfitriona con los ojos muy abiertos—. Lem Pickens salió en el noticiero local de esta mañana gritando que pensaba que su vecino era el responsable.

—Podría ser demandado por eso —señaló Regan.

—No creo que le importe. Miren, ahí están sus amigos.

Alvirah y Willy los habían visto y en ese momento se acercaban a la mesa. Regan enseguida tuvo la sensación de que Alvirah, pese a sonreír, estaba inquieta. Sensación que quedó confirmada cuando, tras un rápido «buenos días», Alvirah preguntó:

—¿Todavía no ha llegado Opal?

—No —dijo Regan—. ¿No estaba contigo?

—Salió esta mañana a hacer esquí de fondo y dijo que se reuniría con nosotros para desayunar.

—Alvirah, siéntate. Estoy segura de que llegará en unos minutos —le tranquilizó Nora—. Además, no vas a creer lo que ha sucedido.

—¿Qué? —preguntó Alvirah con impaciencia.

Mientras ella y Willy tomaban asiento, Regan notó que Alvirah se animaba ante la idea de escuchar algún trapo sucio.

—Alguien taló el árbol del centro Rockefeller en plena noche y se lo llevó.

—¿Qué?

—Espero que no se hayan llevado el de Alvirah —dijo Willy—, o se habrán metido en un serio aprieto.

Alvirah no le prestó atención.

—¿Por qué querría alguien tomarse la molestia de robar un árbol? ¿Y adonde han podido llevárselo?

Regan se apresuró a informarles no solo de que el árbol y el camión plataforma habían desaparecido, sino que el propietario del árbol, Lem Pickens, había acusado a su vecino de haberlo robado.

—En cuanto hayamos desayunado quiero ir a verlo con mis propios ojos — anunció Alvira. Se volvió hacia la puerta del comedor—. Espero que Opal no tarde en llegar.

Jack dio un sorbo al café que la camarera acababa de servirle.

—¿Sabéis si Opal escuchó la noticia sobre Packy Noonan?

—¿Qué noticia? —preguntaron Alvira y Willy al unísono.

—Anoche no regresó al centro de reinserción, de modo que ha incumplido las condiciones de su libertad condicional.

—Opal siempre ha asegurado que Packy Noonan tiene un montón de dinero escondido en algún lado. Probablemente en estos momentos esté a punto de salir del país con su botín. —Alvira meneó la cabeza—. Es repugnante. —Se acercó la cesta del pan, la examinó detenidamente y eligió un panecillo de manzana—. No debería —murmuró—, pero están tan buenos.

Alvira tenía el bolso en el suelo, junto a los pies. El timbre inesperado de su móvil la sobresaltó.

—Olvidé desconectarlo antes de entrar en el comedor—dijo mientras recogía el bolso y rebuscaba en su interior—. Los hombres lo tienen mucho más fácil. Se lo cuelgan del cinturón y responden al primer timbre, a menos, claro está, que estén haciendo algo que no debieran... ¿Diga...? Hola, Charley.

—Es Charley Evans, el redactor jefe de *The New York Globe*. —Informó Willy a los demás—. Apuesto lo que queráis a que ya está al corriente de lo del árbol desaparecido. Siempre se entera de todo antes de que ocurra.

—Sí, sabemos lo del árbol —estaba diciendo Alvira—. En cuanto acabe de desayunar me desplazaré hasta allí, Charley. Lo sé, sería interesante hablar con los lugareños. Se ha convertido en una historia policíaca, ¿eh? —Rió—. Ojalá pudiera resolverla. Sí, Willy y yo podemos quedarnos uno o dos días más para ver qué ocurre. Te llamaré dentro de unas horas. ¡Ah, por cierto! ¿Qué es lo último que se sabe de Packy Noonan? Me acaban de contar que anoche no se personó en su centro de reinserción. La amiga que perdió dinero en la estafa de Noonan está conmigo.

Observada por el resto de la mesa, Alvira puso cara de incredulidad.

—¿Lo vieron subirse a una furgoneta con matrícula de Vermont en la avenida Madison?

Los demás se miraron.

—¡Matrícula de Vermont! —repitió Regan.

—Tal vez sea Packy Noonan quien cortó el árbol —sugirió Luke—. O él o George Washington. —Su voz se hizo profunda—. Padre, no puedo mentir. Yo corté el cerezo.

—Nuestro historiador local ataca de nuevo —dijo Regan a Jack—. La diferencia entre Packy Noonan y George Washington es que Packy no lo reconocería ni aunque le pillaran con el hacha en la mano.

—En cualquier caso, George Washington nunca dijo eso —replicó Nora—. Esas

historias absurdas sobre él se crearon cuando ya había muerto.

—En fin, apuesto a que la persona que cortó ese árbol nunca llegará a presidente de Estados Unidos —dijo Willy.

—No estés tan seguro —masculló Luke.

Alvirah cerró su móvil con un golpe seco.

—Desconectaré el timbre y pondré la vibración. Puede que Opal llame si se está retrasando. —Dejando el teléfono sobre la mesa, prosiguió—: Un sacerdote de San Patrick vio una furgoneta con matrícula de Vermont estacionada en la avenida Madison, justo delante de la rectoría. Luego una madre llamó y dijo que su hijo había visto a un hombre correr por la manzana y subirse a la furgoneta. Packy había asistido a la misa de San Patrick. El detective que le seguía dijo que hasta encendió una vela delante de la estatua de San Antonio.

—Quizá también él debería encender una vela para que San Antonio le ayude a encontrar a Packy —sugirió Willy—. Mi madre siempre rezaba a San Antonio porque perdía constantemente las gafas, y mi padre se pasaba el día buscando las llaves del coche.

—San Antonio habría sido un excelente detective —comentó Regan en el mismo tono seco característico de Luke—. Debería tener su estampa en el despacho.

—Será mejor que comamos —propuso Nora.

Alvirah se pasó el desayuno mirando continuamente la puerta, pero ni rastro de Opal. El móvil le vibró en la mano cuando salían del comedor. Otra vez Charley.

—Alvirah, hemos desenterrado el historial de Packy Noonan. A los dieciséis años trabajó en un programa para jóvenes problemáticos en Stowe, Vermont, cortando árboles de Navidad para Lem Pickens. Quizá no exista conexión alguna, pero como ya te dije, le vieron salir de Nueva York en una furgoneta con matrícula de Vermont. No imagino qué interés podría tener en cortar un árbol, pero mantenlo presente cuando hables con la gente.

A Alvirah se le encogió el corazón. Opal llevaba una hora de retraso y existía la posibilidad de que Packy Noonan rondara por la zona. Opal se había ido a comprobar algo. El sexto sentido en el que Alvirah siempre podía confiar le decía que existía una conexión entre una cosa y la otra.

Y no era una conexión buena.

## Capítulo 24

Esa mañana temprano, cuando el sol empezaba a asomar por encima de la montaña, Lem y Viddy estaban caminando por su propiedad con raquetas de nieve, impacientes por echar una última mirada a su amado árbol antes de entregarlo al mundo.

—Sé que es difícil, Viddy —dijo Lem. Su aliento era visible con el frío de la mañana—. Pero pensemos en lo bien que vamos a pasarlo en Nueva York. Y el árbol no desaparecerá, Viddy. Me han contado que después de bajarlo, a veces utilizan el árbol para hacer astillas para el Ruta Apalache.

Tambaleándose en la nieve, Viddy contestó con voz llorosa:

—Me alegra oír eso, Lem, pero yo ya no estoy para subir por el Sendero Apalache. Esos días quedaron atrás.

—A veces utilizan el tronco para hacer obstáculos de caballos para el Centro Ecuestre de Estados Unidos.

—No quiero que ningún caballo salte por encima de mi árbol. Además, ¿dónde está el Centro Ecuestre?

—En New Jersey.

—Olvídalo. Este viaje a Nueva York será la última vez que haga una maleta. Cuando regresemos, podrás dar mis bolsas a Goodwill y recibir un descuento.

Doblaron por la curva que se abría al claro y los ojos se les salieron de las órbitas. En el lugar donde su amado árbol había crecido y prosperado durante cincuenta años ahora solo había un tocón de unos treinta centímetros de alto. La escalera que los obreros habían utilizado con el fin de preparar el árbol para el viaje a Nueva York yacía en el suelo, de costado, y la grúa estaba situada en un ángulo diferente del de la noche anterior.

—Se escurrieron de madrugada y cortaron nuestro árbol —bramó Lem—. Espera a que les ponga las manos encima a esos neoyorquinos. Era nuestro árbol hasta las diez de esta mañana. No tenían derecho a cortarlo ni un minuto antes.

Viddy, siempre la más rápida de los dos a la hora de procesar información, señaló la grúa.

—Pero, Lemmy, ¿por qué iban a hacerlo si sabían que habría un montón de periodistas y cámaras de televisión? A la gente de Nueva York le encanta la publicidad. ¿Recuerdas que lo leímos en algún lado? —Arrancada de su estado nostálgico por el impacto, declaró—: Esto no tiene sentido.

Al acercarse al tocón, oyeron el motor de un vehículo.

—Puede que vengan por la grúa —dijo Lem mientras se colocaban en posición de defensa a ambos lados del tocón—. Voy a decirles a esos tipos lo que pienso.

Un hombre de treinta y tantos años, a quien Lem había conocido el día antes, cuando estaban atando las ramas inferiores del árbol, había echado a andar hacia ellos. Phil no se qué se llamaba, recordó Lem. Observaron que en su rostro se dibujaba una expresión de estupefacción.

—¿Dónde está el árbol? —aulló.

—¿No lo sabe? —estalló Lem.

—¡Por supuesto que no lo sé! Me desperté temprano y decidí venir. Los demás llegarán a las ocho. ¿Y dónde está nuestro camión?

—Lem —dijo Viddy—, te dije que no tenía sentido que esa gente del centro Rockefeller cortara nuestro árbol antes de la hora fijada. ¿Pero quién pudo hacerlo?

Su marido se irguió en toda su estatura, que se había encogido a un metro ochenta y cinco, señaló la arboleda con dedo acusador y bramó:

—¡Ese zorro de Wayne Covel!

\*\*\*\*\*

Casi cuatro horas más tarde, cuando los Mehan y los Reilly llegaron al lugar, Lem seguía farfullando la misma acusación para que todo el mundo la oyera. Como ya había corrido el rumor de que alguien había conseguido huir con un árbol de tres toneladas, el centenar de visitantes esperado se había triplicado. El bosque estaba abarrotado de periodistas, cámaras de televisión y corresponsales de las principales cadenas. Para deleite de los medios de comunicación allí reunidos, lo que había comenzado como una bella historia americana se había convertido en una bomba.

Los Mehan y los Reilly se abrieron paso hasta el jefe de policía, que estaba en lo que parecía el puesto de mando, en la linde del claro. Alvirah estaba examinando la multitud con la esperanza de que Opal, debido a su retraso, hubiera ido directamente allí.

Jack se presentó, presentó a los demás y explicó al jefe de policía que Alvirah estaba escribiendo un artículo para un periódico neoyorquino.

—¿Puede ponernos al corriente, jefe?

—Resulta que el árbol que tenía que acabar en su ciudad ha volado. Encontramos un camión plataforma abandonado en la carretera 100, cerca de Morristown, que creo que tiene que ver con el asunto. Están rastreando la matrícula. La gente del centro Rockefeller ha ofrecido diez mil dólares por el árbol si sigue en buen estado. Con toda esta cobertura —señaló las cámaras— será mucha la gente que esté ojo avizor.

—¿Cree que ha podido ser obra de unos adolescentes? —preguntó Alvirah.

—Tendrían que ser adolescentes muy listos —respondió el jefe de policía con escepticismo—. No es tan fácil talar un árbol de ese tamaño. Si lo cortas con el ángulo equivocado, se te puede caer encima. Pero quién sabe. Supongo que podría aparecer en un campus universitario cubierto de espumillón, aunque lo dudo.

Lem Pickens se estaba calmando al fin. No se había movido del lugar en cuatro horas, salvo por la escapada relámpago con la policía para golpear la puerta de Wayne Covel a las siete y veinte. Ni siquiera su justificada ira podía seguir manteniéndole en calor. Viddy se había marchado a casa un par de veces para tomar una taza de café y sacudirse el frío. Ahora, al pasar junto al jefe de policía, el

matrimonio se detuvo.

—Jefe, ¿han vuelto a hablar con Wayne Covell, el ladrón de árboles?

—Lem —dijo el jefe de policía con aire cansino—, sabe que es pronto para hacerle preguntas. Esta mañana lo sacamos de la cama. Asegura que no sabe nada. Que crea que es culpable no significa que lo sea.

—Entonces, ¿quién lo hizo? —preguntó Lem.

Su pregunta no esperaba respuesta.

Alvirah aprovechó el momento.

—Señor Pickens, soy reportera de The New York Globe. ¿Podría hacerle unas preguntas sobre alguien que trabajó para usted hace unos años?

Lem y Viddy se volvieron hacia el grupo.

—¿Quién ha dicho que es? —preguntó Lem.

—Somos de Nueva York y le interesará saber que entre todos nosotros hemos resuelto muchos crímenes.

Alvirah presentó el grupo a los Pickens.

—¡He leído sus libros, Nora! —Exclamó Viddy—. ¿Por qué no vienen a casa a tomar una taza de chocolate caliente y hablar?

Estupendo, pensó Alvirah. Así podremos preguntarle sobre Packy Noonan sin interrupciones.

—Claro, vengan —dijo ásperamente Lem, agitando su enérgica mano para confirmar la invitación.

Alvirah se volvió hacia el jefe de policía.

—Mi amiga salió a practicar esquí de fondo esta mañana temprano y debía reunirse con nosotros para desayunar. Estoy empezando a preocuparme.

Willy le interrumpió.

—Cariño, seguro que está bien. Me quedaré aquí para esperarla. Seguro que aparece. Cuando lo haga, iremos a buscaros o nos reuniremos de nuevo aquí.

—¿No te importa?

—No. Hay mucha actividad por estos parajes. Quizá deberías dejarme tu broche.

Alvirah sonrió.

—Ni lo sueñes.

Y, tras dar alcance a los demás, siguió a los Pickens hasta su casa.

## Capítulo 25

Opal se había desmayado mientras la arrastraban hasta la casa. Cuando los hombres la dejaron en un sillón destartalado de la sala, recuperó el conocimiento al instante, pero comprendió que era preferible fingir que seguía inconsciente hasta que pudiera decidir qué hacer. La casa olía a grasa chamuscada, las ventanas y las puertas estaban abiertas de par en par, sin duda para que se marchara el olor, y la fría corriente de aire la hacía tiritar. A través de los ojos entornados, dedujo que Benny y Jo-Jo habían ayudado a Packy a entrarla.

¡Esos tres ladrones juntos otra vez! Moe, Larry y Curly, pensó con desdén. Dios no dotó a esos gemelos de un físico atractivo, pensó. Recordé que Benny caminaba como un pato y ahora aquí estoy. Debí contarle a Alvirah adónde iba y por qué. Entonces le asaltó un pensamiento escalofriante: ¿Qué van a hacer conmigo?

—Ya puedes cerrar las ventanas —ladró Packy—. Hace un frío que pela. —Se acercó al sillón, miró a Opal y empezó a darle palmaditas en la cara—. Vamos, despierta. No te pasa nada.

Asqueada por el tacto de su mano, Opal abrió los ojos de golpe.

—¡Sácame las manos de encima, Packy Noonan! ¡Desgraciado ladrón!

—Parece que has recuperado el conocimiento —gruñó Packy—. Jo-Jo, Benny, llevadla a la cocina y atadla a una silla. No quiero que se escape.

Los esquís de Opal estaban en el suelo. Los gemelos la metieron en la cocina, donde un Milo muy nervioso estaba preparando otra cafetera y preguntándose cuál era la pena por secuestro. Las ventanas de la cocina seguían abiertas. El olor a grasa de tocino y crepes chamuscados, mezclado con el aire gélido, contribuyeron a que Opal viera la situación aún más negra.

Miró a Milo.

—¿Eres el cocinero? Me temo que necesitas algunas clases.

—Soy poeta —respondió tristemente Milo.

Benny y Jo-Jo pasaron una cuerda por las piernas y el torso de Opal.

—Dejadme las manos libres —espetó Opal—, por si queréis que os escriba otro talón. Y me gustaría una taza de café.

—Qué graciosa, la señora —gruñó Jo-Jo.

—Ya basta —dijo Packy, entrando en la cocina—. No veo a nadie ahí afuera. Probablemente ha venido sola. —Se sentó a la mesa, frente a Opal—. ¿Cómo sabías que estábamos aquí?

—Primero mi café.

Estupefacción y luego ira habían sido las primeras reacciones de Opal ante lo ocurrido. Entonces leyó la desesperación en el rostro de Packy y comprendió que en ese momento se suponía que debía estar en el centro de reinserción de Nueva York. Estaba segura de que no le habían dado el fin de semana para ir a Vermont. ¿Había venido a buscar el dinero que ella siempre había sospechado que tenía escondido,

luego largarse del país? ¿Estaba el dinero en algún lugar de por aquí?

¿Qué otra razón podría haber traído a Vermont a él y los gemelos Como? El esquí seguro que no.

—¿Lo quiere con leche y azúcar? —preguntó cortésmente Milo—. Tenemos desnatada y semidesnatada.

—Desnatada y sin azúcar. —Opal contempló a los gemelos—. A vosotros tampoco os vendría mal tomaros el café así.

Curiosamente, Opal estaba empezando a disfrutar de la oportunidad de lanzar insultos a esos hombres que tanto sufrimiento le habían causado. Debería estar más asustada, pensó. Pero siento como si ya me hubieran hecho el peor daño posible.

—He intentado hacer régimen —dijo Benny—, pero es difícil cuando estás bajo presión.

—Llevas bajo presión cuatro días —espetó Packy—. Prueba doce años y medio en la cárcel.

Milo colocó una taza de café delante de Opal.

—Que aproveche —susurró amablemente.

—Y ahora, Opal, habla —exigió Packy.

Opal había estado considerando en silencio cuánta información debía facilitarles. Si les decía que iban a venir a buscarla, ¿la dejarían aquí o se la llevarían con ellos? Decidió ceñirse a la verdad.

—El otro día, cuando estaba haciendo esquí de fondo, vi a un hombre en el jardín colocando unos esquís en el porta-esquís de la furgoneta. Su figura me resultó familiar. No podía quitármelo de la cabeza, y esta mañana caí en la cuenta de que me recordaba a Benny, así que decidí anotar la matrícula. Eso es todo.

—Benny ataca de nuevo —gruñó Packy—. ¿A quién se lo dijiste?

—A nadie, pero la gente con la que estoy empezará a preguntarse por qué no he vuelto. —Opal decidió no revelar que entre sus amigos estaba el jefe de la Brigada de Casos Principales del Departamento de Policía de Nueva York, una detective privada y la mejor detective aficionada de este lado del Atlántico.

Packy la miró fijamente.

—Pon la tele, Benny —ordenó. Había un aparato de diez pulgadas sobre el mostrador de la cocina—. Veamos si ya han descubierto el tocón.

La sincronía fue perfecta. La cámara enfocaba en ese momento a un Lem Pickens agitado y furioso que señalaba el tocón y juraba que su vecino Wayne Covell había robado el árbol. Packy levantó de la mesa el machete con el nombre de Wayne.

—Ese es nuestro hombre —dijo—. Benny, Jo-Jo, tengo que hablar con vosotros a solas. —Se volvió hacia Milo—. Vigílala. Recítale un poema o lo que sea.

—¿Alguien ha cortado el árbol del centro Rockefeller! —exclamó Opal mientras los tres compinches entraban en la sala de estar y se congregaban en un rincón para no ser oídos.

Milo señaló la sala de estar.

—Fueron ellos. ¿Puede creerlo?

—Jo-Jo —dijo Packy—, compraste los somníferos para el vuelo a Brasil.

—Claro, Packy.

—¿Dónde están?

—En mi bolsa.

—Tráeme el frasco ahora mismo.

Benny parecía molesto.

—Packy, sé que anoche dormimos poco, sé que estas nervioso y disgustado, pero no me parece acertado que te tomes un somnífero ahora.

—Eres un completo idiota —farfulló Packy entre dientes.

Jo-Jo subió disparado y regresó con el frasco de somníferos en la mano. Miró interrogativamente a Packy mientras se los tendía.

—Tenemos que entrar como sea en casa de Wayne Covel para buscar los diamantes. Aunque atemos a Opal, corremos el riesgo de que huya. Tenemos que asegurarnos de que permanecerá inconsciente hasta que subamos al avión. Unos cuantos somníferos la tendrán tranquilita durante dieciocho horas por lo menos.

—Pensaba que Milo se quedaba aquí.

—Así es. Estará durmiendo con Opal.

Packy extrajo cuatro comprimidos del frasco.

—¿Cómo piensas conseguir que se traguen esas cositas? —susurró Benny.

—Servirás a Milo una taza de café, le echarás dentro dos somníferos y lo removerás. Seguro que se lo bebe. No entiendo cómo puede permanecer sentado el tiempo necesario para escribir un poema con todo el café que traga. Yo seré amable y prepararé una taza para la señorita ricachona. Si no se lo bebe, pasaremos al plan B.

—¿Cuál es el plan B?

—Metérselo por la boca a la fuerza.

Mudos, regresaron a la cocina, donde Opal estaba enumerando a Milo toda la gente que había perdido dinero en la estafa.

—Una pareja invirtió el dinero de su jubilación —dijo— y tuvo que venderse su preciosa casita de Florida. Ahora complementan su subsidio de la seguridad social con trabajos esporádicos. Y luego está la mujer que...

—La mujer que bla, bla, bla—le interrumpió Packy—. Yo no tengo la culpa de que fueran tan estúpidos. Me gustaría otra taza de café.

Milo saltó de la silla.

—No te molestes, Milo, yo se lo serviré —se ofreció Benny.

—¡Oh, mirad esto! —exclamó Packy, señalando el televisor al tiempo que agarraba la taza de Opal y caminaba hasta el fogón.

En la pantalla aparecían el jefe de policía y Lem Pickens llamando a la puerta de una casa desvencijada. La voz de un periodista estaba contando a los telespectadores que una hora antes el jefe de policía había insistido en acompañar al indignado Lem Pickens a casa de Wayne Covel. «Pickens ha tenido varias peleas con Covel a lo largo

de los años y el árbol de Covell estuvo a punto de ser elegido por el centro Rockefeller», explicó el periodista.

—Recuerdo haber visto esa covacha cuando era niño —dijo Packy mientras colocaba la taza delante de Opal—. Ahora tiene todavía peor pinta.

La puerta de la casa se abrió y por ella apareció un hombre de aspecto desaliñado que vestía una camisa de dormir roja. Él y Lem intercambiaron frases acaloradas. El rostro de Wayne Covell aparecía en primer plano. No era una imagen agradable.

—Mirad esos arañazos —gruñó Packy—. Son frescos. Se los hizo cuando hurgó en el árbol y se llevó nuestro termo.

—Me han dicho que tú cortaste el árbol —acusó Opal a Packy—. ¿Qué habías escondido en él? ¿Algo que me pertenece?

Packy la miró directamente a los ojos.

—Diamantes —respondió con sorna—. Una petaca llena de diamantes que valen una fortuna. Uno de ellos vale tres millones de dólares. Le puse tu nombre. —Señaló el televisor—. El de los arañazos los robó, pero vamos a recuperarlos. Pensaré en ti cuando nos estemos dando la gran vida con tu dinero.

—No lo conseguirás —escupió Opal.

—Sí lo conseguiré. —Packy contempló la taza medio vacía de Opal y sonrió. Luego contempló la de Milo, que todavía contenía tres cuartos de café. Tomó asiento—. Y ahora a callar todo el mundo. Quiero ver las noticias.

Vieron algunos anuncios y luego llegó la previsión del tiempo.

—Hace un día gris y frío. Parece que se avecina otra tormenta —advirtió el hombre del tiempo.

Packy y Jo-Jo se miraron. Habían llamado a su piloto en mitad de la noche para ordenarle que los esperara en la pista de aterrizaje próxima a Stowe. Ahora, con la llegada de posibles tormentas, su huida podría retrasarse. Packy estuvo a punto de saltar de la silla, pero sabía que tenía que mantener la calma hasta que los somníferos empezaran a hacer efecto. Sentía que la oportunidad de huir a Brasil empezaba a desvanecerse.

Cuando el hombre del tiempo terminó sus previsiones, hicieron un refrito sobre el árbol robado. Luego pasaron a otra noticia.

—Packy Noonan, un estafador convicto que ha incumplido las condiciones de su libertad condicional, fue visto ayer subiendo a una furgoneta en Manhattan. La furgoneta tenía esquís en el techo y matrícula de Vermont. —La foto de Packy apareció en la pantalla—. Eso significa que podría estar dirigiéndose hacia aquí—dijo el presentador.

—Esperemos que no —exclamó su colega—. Cuesta creer que estafara a tanta gente; no parece muy inteligente.

—No lo es —dijo, amodorrada, Opal.

Desoyendo el comentario, Packy se levantó de un salto para bajar el volumen.

—Genial. No podemos utilizar la furgoneta y toda la gente del pueblo ha visto mi

foto.

—Y nadie olvida una cara bonita —añadió Opal.

Sentía los ojos muy pesados.

Benny empezó a bostezar. Entonces miró la taza de café que tenía en la mano y el horror se dibujó en su cara. Se volvió hacia Packy y Jo-Jo y advirtió que ambos le estaban mirando igualmente horrorizados. Benny sabía que era preferible callar.

Jo-Jo pronunció en silencio la palabra «imbécil» y subió en busca de otros dos somníferos. Regresó y volvió a llenar la taza de Milo.

En menos de veinte minutos había tres cuerpos comatosos en la cocina. Todas las cabezas descansaban sobre la vieja mesa de madera.

—Lamento que mi hermano se distrajera con la noticia —se disculpó Jo-Jo—. A veces le cuesta concentrarse en más de una cosa al mismo tiempo.

—Sé lo que ocurrió —gruñó Packy—. Llevemos al poeta y a la bocazas arriba y atémoslos a las camas. A Benny lo meteremos en el maletero del coche de Milo. En cuanto recuperemos esos diamantes, saldremos pitando de este pueblo.

—Tal vez deberíamos dejar a Benny aquí, con una nota, y recogerle cuando hayamos terminado —propuso Jo-Jo.

—¡No dirijo un servicio de taxis! En el maletero estará bien. Solo espero que no tengamos que cargarlo hasta el avión. Y ahora, ¡en marcha!

## Capítulo 26

Los cuatro Reilly y Alvirah tomaron asiento en el salón de la casa de Lem y Viddy. Sobre la chimenea, en sendos marcos idénticos, había una foto del matrimonio el día de su boda plantando la desaparecida píceca azul y otra de una sonriente Maria von Trapp señalando el joven árbol.

Lem entró portando una bandeja con humeantes tazas de chocolate caliente. Viddy le seguía con una fuente llena de galletas caseras con forma de árbol de Navidad.

—Hace poco que aprendí a hacerlas. Pensaba repartirlas cuando cortaran el árbol y, si tenían éxito, hacer un montón para llevármelas a Nueva York. —Frunció el entrecejo—. Ahora ya puedo tirar la receta.

—Para el carro, Viddy —le ordenó Lem—. Recuperaremos ese árbol aunque tenga que disparar a Wayne Covell en los dedos del pie, uno a uno, hasta que nos diga dónde lo escondió.

Señor, pensó Regan, este tipo habla en serio.

Lem ofreció las tazas a los invitados y se sentó en la vieja mecedora, frente al sofá. Esa mecedora parece formar parte de él, pensó Regan. Aceptó una galleta de Viddy y dio las gracias con voz queda. Era evidente que Lem quería ir al grano.

—Bien, Alvirah. ¿Es así como dijo que se llama?

—Sí.

—¿De dónde sacó semejante nombre?

—Del mismo lugar que usted sacó el de Lemuel.

—Chapó. ¿Sobre quién quería hacerme preguntas? —Lem dio un sorbo a su chocolate y soltó un alarido. Miró a sus invitados—. Les aconsejo que soplen antes de beber o se quemarán la lengua.

Alvirah rió.

—Mi madre tenía una amiga que se echaba el té en un platito. Su marido solía preguntarle: «¿Por qué no lo abanicas con el sombrero?».

—Tengo que reconocer que eso me habría fastidiado.

Alvirah rió.

—Supongo que el hombre se acostumbró. Estuvieron casados sesenta y dos años. Lo que quería preguntarle —prosiguió— es si recuerda a alguien llamado Packy Noonan que trabajó aquí hace unos años, a finales de otoño, en un programa para jóvenes problemáticos.

—¡Packy Noonan! —Exclamó Viddy—. Fue el único de ese grupo que vino después a vernos. El resto era una pandilla de ingratos. Aunque, para serle franca, llevo años preguntándome si no fue Packy quien me robó el camafeo de la cómoda.

—No hemos tenido hijos —explicó Lem—, de modo que participábamos en ese programa durante la temporada fuerte, cuando la gente venía a elegir su árbol. Beneficié a una gran cantidad de muchachos. Los hacía sentirse bien consigo

mismos. Los ayudaba a enmendarse.

—No en el caso de Packy Noonan —dijo Alvirah.

—¿Por qué lo dice?

—Acaba de salir de la cárcel tras cumplir una pena de doce años por estafar a un grupo de inversores. Ayer quebrantó su libertad condicional en Nueva York y le vieron subir a una furgoneta con matrícula de Vermont. Me estaba preguntando si han tenido algún contacto con él durante estos años.

—¿Ingresó en prisión hace doce años? —exclamó Lem.

—¡No puedo creerlo! —Dijo Viddy—. ¡Entonces sí pudo robarme el camafeo! Cuando vino a vernos, sin embargo, estuvo encantador. Pensé que se había reformado. Tenía muy buen aspecto. De jovencito parecía un vagabundo, pero ese día vestía como si le sobrara el dinero.

—El dinero de otros —dijo Luke entre dientes.

—Viddy, ¿cuándo vino a vernos? —preguntó Lem.

Viddy cerró los ojos.

—Déjame pensar. Mi memoria ya no es la que era, pero todavía funciona.

Aguardaron.

Sin abrir los ojos, Viddy buscó su taza de chocolate, sopló y bebió un sorbo.

—Recuerdo que fue en primavera y yo estaba haciendo tartas para la feria pastelera que íbamos a organizar en la iglesia, con el fin de recaudar fondos para el centro de la tercera edad después de que el sótano se inundara. Todos los cartones del bingo quedaron destrozados. Eso ocurrió hace exactamente trece años y medio. Fue justo después de la gran tormenta del día de la Madre. La gente se empapó al salir de la iglesia, y también los ramilletes. El caso es que esa semana Packy llamó a nuestra puerta. Le invité a pasar y estuvo encantador. Tomó un trozo de mi tarta y un vaso de leche. Me contó que le recordaba a los tiempos en que se sentaba con su madre, y dijo que la echaba mucho de menos. Hasta se le humedecieron los ojos. Le pregunté a qué se dedicaba y me dijo que estaba metido en el mundo de las finanzas.

—Ya puede decirlo —exclamó Alvirah—. ¿Usted le vio ese día, Lem?

—Lem estaba en la arboleda podando —respondió Viddy—. Toqué el silbato que tengo junto a la puerta y Lem vino porque sabe que nunca lo toco a menos que sea por algo importante.

—Bajé de la escalera y vine. Caray, qué sorpresa ver a Packy.

—¿A qué dijo que había venido? —preguntó Alvirah.

—Nos contó que se hallaba en viaje de negocios y que había querido acercarse para agradecernos todo lo que habíamos hecho por él. Luego vio la foto del árbol sobre la chimenea y preguntó si todavía era nuestro pequeño. Le dije: «Desde luego. Acompáñame a verlo». Y eso hicimos. Comentó que tenía un aspecto fantástico. Luego me ayudó a devolver la escalera al granero. Le dije que se quedara a cenar, pero contestó que tenía que seguir su viaje y que nos llamaría. No volvimos a saber de él. Ahora entiendo por qué. Desde la cárcel solo puedes hacer llamadas a cobro

revertido.

—Espero que no nos haga otra visita. Esta vez le cerraré la puerta en las narices —prometió Viddy.

Regan y Alvira se miraron.

—¿Y eso ocurrió hace trece años y medio? —preguntó Alvira.

—Sí —respondió Viddy con los ojos ahora muy abiertos.

—No entiendo por qué Packy Noonan querría volver por aquí —dijo Lem—. ¿Qué pasó con el dinero que robó?

—Nadie lo sabe —contestó Regan—. Pero todo el mundo cree que, esté donde esté, Packy se dirige al dinero que logró esconder.

—¿No les pidió que invirtieran dinero en su empresa de transportes el día que vino a verles? —preguntó Alvira—. Justo en aquel momento su estafa iba viento en popa.

—No nos pidió ni un céntimo —dijo Lem—. ¡Sabía que a Lemuel Pickens no se le engaña fácilmente!

Alvira meneó la cabeza.

—Pues engañó a mucha gente inteligente. Tengo una amiga que perdió dinero en esa estafa. Hasta el día antes de su arresto Packy estuvo intentado convencerla de que aconsejara a sus amigos que invirtieran. Me sorprende que no tratara de persuadirles para que le extendieran un talón. Packy tuvo que venir por otro motivo. La amiga que les he mencionado tenía que reunirse con nosotros esta mañana para desayunar pero no ha aparecido. La posibilidad de que Packy haya venido a Vermont y pueda estar rondando por esta zona me inquieta terriblemente.

—El único delincuente de por aquí del que tiene que preocuparse es mi vecino Wayne Covell —bramó Lem—. ¡Él taló mi árbol y pagará por ello!

—Lem, calla —le reprendió Viddy—. Alvira está preocupada por su amiga.

—¿Es posible que ese Wayne Covell conozca a Packy de cuando estuvo trabajando aquí? —preguntó Alvira.

Lem se encogió de hombros.

—Puede. Tienen más o menos la misma edad.

—Tal vez intente hablar con él.

—¡Conmigo se niega a hablar! —aulló Lem.

Viddy sintió la necesidad de cambiar de tema. Cuando Lem se exaltaba, era muy difícil calmarle.

—Nora —se apresuró a decir—, me encanta leer. Hasta he intentado escribir poesía. Hay un vecino nuevo en el pueblo que reunió a algunas personas para leer poesía en la vieja granja donde se aloja, pero fue horrible y nunca volví. Leyó uno de sus viejos poemas sobre un melocotón que se enamora de una mosca de la fruta. ¿Se lo imagina?

—¿Estás hablando de Milo, ese tipo tan raro de pelo largo y barba corta? —preguntó Lem.

—Cariño, no es tan raro.

—Sí lo es. Se viene a vivir a Vermont. No esquía. No patina. Se pasa el día en esa vieja granja escribiendo poesía. Hay algo raro ahí. ¿No está de acuerdo, Nora?

—Bueno —dijo Nora—, a veces es bueno que un escritor se aleje de la ciudad y busque un lugar tranquilo donde trabajar.

—¿Trabajar? ¡Escribir sobre melocotones y moscas de la fruta no es trabajar! No sé cuánto tiempo podrá aguantar así. ¿Cómo paga las facturas?

Alvirah estaba inquieta. Quería marcharse y comprobar si Opal había dado señales de vida.

—Como ya saben, estoy escribiendo un artículo en mi periódico sobre su árbol. ¿Les importa que les llame más tarde? Puede que para entonces la policía tenga alguna pista. No puedo creer que un árbol de Navidad de veinticinco metros pueda desaparecer sin dejar rastro.

—Yo tampoco —convino Lem—. ¡Y voy a organizar una partida de búsqueda!

—¿Más chocolate caliente? —preguntó Viddy.

## Capítulo 27

Wayne Covel intentó conciliar el sueño después de esconder la petaca de diamantes en el olmo del jardín.

Absurdo. Comprendió que esconder los diamantes en el árbol era una estupidez. Si esos tipos del centro Rockefeller irrumpían en su propiedad para rogarle que les dejara cortar su píceo, a saber lo que podría ocurrir. El árbol donde había escondido la petaca no estaba lejos de la píceo. ¿Y si a algún fotógrafo se le ocurría subirse al olmo para hacer una foto de los hombres cortando el árbol?

Tener la petaca fuera de la vista le inquietaba.

Justo antes del amanecer salió de casa, trepó al olmo y recuperó la petaca. Se la llevó a la cama, desenroscó el tapón, echó un rápido vistazo a los diamantes y se quedó dormido abrazado a la petaca como un bebé a un biberón.

Cuando Lem Pickens le aporreó la puerta en compañía del jefe de policía, Wayne se incorporó de un salto y la petaca salió disparada de sus manos. La petaca salió por los aires y golpeó el suelo de madera con un golpe seco. Los diamantes volaron por la caótica habitación y aterrizaron entre los montones de ropa sucia que cubrían el suelo.

Wayne abrió la puerta principal con su camisa roja de dormir y, atónito, tropezó con un despliegue de cámaras de televisión. Lo primero que le vino a la cabeza fue la terrible posibilidad de que el jefe de policía tuviera esa orden de registro que tanto le preocupaba. Cuando comprendió que solo habían venido para que Lem pudiera gritarle, Wayne gritó a su vez y les cerró la puerta en las narices. La casa de un hombre es su castillo, se dijo. No tenía por qué soportar las impertinencias de nadie. Corrió el cerrojo de la puerta y se apresuró hacia su cuarto para recoger los diamantes. Después de rebuscar entre la ropa sucia y convencerse de que volvía a tenerlos todos en la petaca, sintió la inusual motivación de hacer una colada. Ojalá se me hubiera ocurrido contar los diamantes ayer por la noche, aunque la petaca parece llena, pensó.

Agarró uno de los montones de ropa sucia, fue hasta la puerta de la cocina que conducía al sótano, la abrió, encendió la luz y descendió por los chirriantes escalones, evitando el último, que estaba roto. Con razón no vengo mucho por aquí, pensó al respirar el olor a humedad del sótano. Debería hacer una buena limpieza, se dijo, aunque ahora ya puedo contratar a alguien para que la haga. Lo primero que debería hacer es echar abajo la carbonera. Papá se pasó a la calefacción de queroseno después de la Segunda Guerra Mundial, pero nunca se decidió a echar abajo la carbonera. Simplemente la cerró, le puso una puerta y la convirtió en un taller que nunca utilizó.

Yo tampoco le he dado uso, pensó Wayne. Probablemente sería más fácil prender fuego al lugar y empezar de cero que limpiarlo. Dejó la pila de ropa en el suelo, frente a la lavadora, alargó un brazo hasta el estante, agarró la caja de detergente casi vacía y vertió el contenido en la máquina. Recogió la mitad de la ropa, la introdujo en

el tambor, cerró la tapa, giró el disco y se marchó.

Tenía el televisor sobre el mostrador de la cocina, al lado del ordenador portátil. Preparó una cafetera, encendió la tele y trasladó el ordenador a la mesa. Durante el resto de la mañana mantuvo la tele encendida, saltando nerviosamente de un noticiero a otro. Todos los canales estaban cubriendo la noticia del árbol desaparecido. También oyó una y otra vez que Packy Noonan, un estafador que acababa de recibir la libertad condicional, había sido visto subiendo a una furgoneta con matrícula de Vermont y había trabajado en Stowe, en un programa para jóvenes problemáticos.

Packy Noonan, pensó Wayne. Packy Noonan. El nombre me suena.

Wayne estaba intentando, al mismo tiempo, instruirse sobre lo que se cocía en el mundo de los diamantes visitando varias páginas web. Tengo que averiguar dónde puedo vender esto, pensaba. Encontró varios anuncios de tasación. «Compramos al precio más alto y vendemos al más bajo», era el eslogan de la mayoría de los lugares que comerciaban con diamantes. Ya, pensó Wayne. Y sí, ya sé que los diamantes son para siempre. Que son el mejor amigo de la mujer. Que demuestran que la quieres. ¡Por favor! Sonrió. Lorna estaría salivando si se hallara aquí con él, viendo estas preciosidades.

Como dotado de una percepción extrasensorial, o mejor aún, como si la dotada fuera ella, escuchó el clic que le informaba de que había recibido un mensaje. Convencido de que era de alguien que le requería para hacer algún trabajillo, le sorprendió comprobar que era de su ex novia.

Wayne,

*Veo que aún no te has deshecho de esa camisa roja y que sigues peleándote con Lem Pickens. Y me han contado que si su árbol no aparece, puede que corten el tuyo para el centro Rockefeller. Yo sé que eres incapaz de robarle el árbol, ¡sería demasiado trabajo! Sí te veo capaz de agarrar el machete que te regalé por Navidad y cortar una o dos ramas, pero eso sería todo. Si eligen tu árbol y deseas una acompañante para viajar a Nueva York, llámame.*

*Besos y abrazos,*

Lorna.

*P. D.: ¿Cómo te has hecho esos arañazos en la cara? Se diría que tienes una nueva novia con mucho brío. ¡O a lo mejor es cierto que estuviste hurgando en ese árbol!*

Wayne miró el correo con indignación. Besos y abrazos, pensó despectivamente. Solo busca un viaje gratis a Nueva York. Quiere estar en el meollo. Si conociera la verdadera novedad que corre por la casa de los Covell, vendría volando en su escoba.

Le hizo gracia que le mencionara el machete que le había regalado por Navidad. Después de abrirlo, ella se empeñó en grabarle el nombre. Ni que fuera de oro. Entonces, poco a poco, en su mente se formó una inquietante posibilidad.

*Machete.*

Esta mañana, cuando fue a buscar la petaca, notó que el cinturón de herramientas pesaba menos de lo normal. Cuando se lo quitó, lo dejó en la silla de la cocina. Ahora alargó una mano y, esperando contra toda esperanza, lo levantó.

¡El machete no estaba!

¿Se me cayó anoche cerca del árbol de Lem? Me puse tan nervioso cuando encontré la petaca que si el machete se me hubiese caído probablemente no lo habría notado. ¿Por qué tuvo Lorna que empeñarse en grabar mi nombre?

Lem todavía no había encontrado el machete, o de lo contrario lo habría agitado delante de mis narices esta mañana.

Esos ladrones que cortaron el árbol... a lo mejor lo han encontrado ellos. A lo mejor en estos momentos se dirigen hacia aquí. A lo mejor me matan por haberles quitado el botín.

No quiero estar aquí solo, pensó. Por otro lado, si me largo todo el mundo pensará que corté el árbol.

Sonó el teléfono. Deseoso de escuchar otra voz, Wayne descolgó.

—¿Diga?

La persona al otro lado del teléfono no dijo nada.

—¿Diga? —repitió, nervioso, Wayne—. ¿Hay alguien ahí?

La respuesta fue un chasquido en la oreja.

## Capítulo 28

—Decididamente, tiene la petaca —dijo Packy después de cerrar su móvil.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Jo-Jo.

—Llámalo instinto criminal.

—Uno reconoce a los de su especie, ¿verdad, Packy?

Habían arrancado tarde. Eran las diez de la mañana y Packy y Jo-Jo estaban sentados en el decrepito sedán marrón que el dueño de la granja había conservado para pequeños recados y que luego había vendido gustosamente a Milo. Con quince años de antigüedad, los guardabarros abollados, el parachoques trasero sujeto con cuerdas y piezas de recambio obtenidas en un depósito de chatarra, era el típico vehículo que solo una persona tan poco práctica como Milo compraría.

Packy y Jo-Jo habían trasladado a Milo y Opal a los dormitorios de arriba y los habían atado a los postes de las camas. Intentaron reanimar a Benny hundiéndole la cabeza en una pila llena de agua fría. Como no reaccionaba, finalmente lo arrastraron hasta el coche y lo metieron en el maletero. En un arrebato de amor fraternal, Jo-Jo regresó corriendo a la casa y agarró un edredón y una almohada para colocarla debajo de la cabeza de Benny. Luego le puso una linterna en la mano y le prendió una nota en la chaqueta por si despertaba y se preguntaba qué estaba pasando.

—Escribí que debía quedarse donde estaba y permanecer callado hasta que volviéramos a la granja —explicó Jo-Jo.

—¿Por qué no le lees un cuento para dormir? —gruñó Packy.

Packy sabía que no podían utilizar la furgoneta aun cuando Jo-Jo le hubiera explicado que Milo se quejaba de que el coche no era excesivamente fiable.

—¿Acaso no has oído lo que han contado en la tele? —Gritó Packy—. Dicen que me subí a una furgoneta con un porta-esquí en el techo y matrícula de Vermont. Dicen que trabajé en Stowe cuando era un muchacho. Todos los polis de Vermont, sobre todo los de esta zona, están buscando una furgoneta con un porta-esquí. Si salimos con la furgoneta, de paso podríamos entregarnos y recoger la recompensa por haberme encontrado.

—Si salimos con esta cafetera tendremos suerte si llegamos hasta el granero —replicó Jo-Jo.

—A lo mejor deberíamos salir con el camión plataforma y el árbol encima.

Packy y Jo-Jo se miraron echando fuego por los ojos. Entonces Packy dijo:

—Jo-Jo, tenemos que recuperar los diamantes. Seguro que los tiene ese Covell. Nadie nos buscará en este cacharro. Vamos.

Packy estaba sentado frente al volante. Se puso las gafas de sol.

—Pásame un gorro de esquiar —espetó.

—¿Quieres el azul con la raya naranja o el verde con la...?

—¡El que sea!

Packy giró la llave del contacto. El motor petardeó y se apagó. Bombeó el

acelerador.

—¡Vamos! ¡Vamos!

—Creo que debería ponerle un gorro a Benny —dijo Jo-Jo—. En el maletero no hay calefacción y todavía tiene el pelo húmedo.

—¿Qué demonios te pasa? —Gritó Packy—. En cuanto Benny se duerme te vuelves más imbécil que tu hermano cuando alcanza su punto más imbécil.

Jo-Jo tenía la portezuela abierta.

—Voy a ponerle el gorro —insistió—. Además, después de pasar tanto tiempo en Brasil, tiene la sangre fina.

En un intento de conservar la cordura, Packy se puso a analizar sus problemas y opciones. Nadie se fijará en este coche, se dijo. El poeta ha estado dando vueltas con él mucho tiempo. Solo nos queda confiar en que no se averíe. Al menos sabemos que Covell está en casa. Tenemos que entrar en esa covacha en la que vive y obligarle a que nos devuelva la petaca. Está a solo quince kilómetros de la pista de aterrizaje, donde nos aguarda el piloto.

Jo-Jo subió de nuevo al coche.

—Date prisa —ladró Packy—. Tenemos que largarnos de aquí antes de que llegue alguien buscando a Sherlock Holmes.

—¿Quién es Sherlock Holmes? —preguntó Jo-Jo.

—¡Opal Fogarty, idiota! ¡La inversora!

—Ah, ella. Menudo carácter tiene. No quiero estar cerca cuando se despierte y descubra que está atada.

Packy no se dignó responder a esa observación. Pisó el acelerador y el coche arrancó con un rugido y sus tres ocupantes, dos de ellos decididos a recuperar los diamantes y un tercero que, de haber estado despierto, habría compartido esa misma determinación.

\*\*\*\*\*

Dentro de la casa, que Packy había cerrado con llave, el fogón sobre el que descansaba la cafetera y que Jo-Jo creía haber apagado, empezó a parpadear. Antes de que el coche se hubiera alejado de la granja, la llama se apagó. Instantes después, del fogón empezó a salir un olor tóxico, un olor que revelaba un escape de gas.

## Capítulo 29

En cuanto Alvirah divisó a Willy solo junto al tocón de Lem y Viddy, el alma se le cayó a los pies. Abriéndose paso entre la multitud de espectadores, llegó hasta él.

—¿No has visto a Opal? —preguntó.

Consciente de lo preocupada que estaba su mujer, Willy trató de suavizar la situación.

—Aquí no está, querida, pero apuesto a que en estos momentos se encuentra en nuestra cabaña haciendo la maleta y lamentando no haber desayunado con nosotros.

—Me habría llamado al móvil. Le dejé un mensaje en la cabaña. Willy, los dos sabemos que le ha pasado algo.

Los Reilly llegaron junto a ellos. Al ver la cara de Alvirah, Regan comprendió que Opal seguía sin aparecer.

—¿Por qué no vamos a vuestra cabaña? —propuso Regan—. Puede que Opal se perdiera mientras esquiaba y haya regresado ahora mismo al hotel.

Alvirah asintió.

—Ojalá tengas razón. Crucemos los dedos.

Se alejaron a paso rápido del claro, que seguía abarrotado de cámaras de televisión y periodistas.

Antes de llegar a los coches, el móvil de Alvirah sonó. Todo el mundo contuvo la respiración mientras Alvirah contestaba.

Era Charley Evans, el redactor jefe de Alvirah.

—Alvirah, esta historia está creciendo por minutos. Aparece en todos los canales de noticias por cable. Gente de todo el país está enviando correos electrónicos para expresar su indignación hacia la persona que robó el árbol. Los telespectadores dicen que el árbol representa una parte de América y quieren que les sea devuelto.

—Me alegro —dijo Alvirah con escaso entusiasmo.

Solo podía pensar en Opal. El siguiente comentario de Charley, sin embargo, le puso los pelos de punta.

—Y en cuanto a Packy Noonan, agárrate. Su compañero de cuarto del centro de reinserción estaba viendo la noticia sobre el árbol robado de Stowe y lo de que Packy fue visto subiendo a una furgoneta con matrícula de Vermont. Llamó a la policía y les contó que la otra noche Packy había hablado en sueños. Al principio masculló: «He de recuperar la petaca».

—«He de recuperar la petaca» —repitió Alvirah—. Bueno, supongo que lleva trece años sin beber. Probablemente se ha pasado todo este tiempo soñando con más de una copa.

—Pero lo más interesante fue lo que dijo después —prosiguió Charley.

—¿Qué dijo?

—No dejaba de repetir «Stowe». El compañero de cuarto no pensó en el pueblo hasta que esta mañana relacionó Stowe con la matrícula de Vermont.

—¡Dios mío! —Exclamó Alvirah—. La amiga que te dije que perdió dinero en la estafa ha desaparecido.

—¿Desaparecido?

Alvirah advirtió que las antenas Charley se disparaban ante la posibilidad de una buena historia.

—Esta mañana se marchó temprano para hacer esquí de fondo y todavía no ha vuelto. Hace ya varias horas que hubiera debido encontrarse con nosotros.

—Si tropezara con Packy Noonan, ¿crees que lo reconocería? —preguntó Charley.

—Como si fuera su hermano.

—Sé que estás preocupada, Alvirah —dijo Charley—. Espero que tu amiga aparezca pronto. Pero mantenme informado —se apresuró a añadir.

Alvirah explicó a los demás lo que Packy había dicho en sueños.

—¿«He de recuperar la petaca»? —Preguntó Regan—. No necesita una petaca para tomarse una copa. Tiene que significar otra cosa.

—Mucha gente utiliza petacas para guardar alcohol y poder echar un trago rápido cuando nadie los ve —intervino Nora.

—Nora, recuerdo que tu tío Terry lo hacía —dijo Luke—. Era un genio a la hora de beber a hurtadillas.

—Papá, ¿te importaría esperar a que me haya casado para compartir estas historias familiares tan conmovedoras? —preguntó Regan.

—Espera a conocer a mis parientes —dijo Jack a Regan con una sonrisa antes de recuperar la seriedad—. Me preguntó por qué Packy Noonan soñaba con una petaca.

—Me encantaría saber qué importancia tiene la petaca para Packy —dijo Alvirah con impaciencia—, pero ahora mismo lo que de verdad me preocupa es que mencionara Stowe.

Opal no estaba en la cabaña ni había pasado por allí para hacer la maleta. Todo estaba tal como Alvirah y Willy lo habían dejado. La nota de Alvirah seguía sobre el mostrador.

Corrieron hasta el hotel y preguntaron en recepción.

—Nuestra amiga Opal Fogarty ha desaparecido —dijo Alvirah—. ¿Les han informado de alguien que haya sufrido un accidente haciendo esquí de fondo?

La chica de recepción se mostró preocupada.

—No, pero le aseguro que patrullamos los caminos constantemente. Pediré a la gente de la tienda deportiva que salga a buscar a la señorita Fogarty. ¿Cuánto hace que se marchó?

—Salió de nuestra cabaña esta mañana temprano y habíamos quedado en desayunar juntos a las ocho y media. De eso hace casi tres horas —explicó Alvirah.

—Haré que salgan ahora mismo con las moto-nieves. Si no aparece pronto, llamaremos al Centro de Salvamento de Stowe.

Centro de Salvamento de Stowe. El nombre no presagiaba nada bueno, pensó

Alvirah.

—Opal hizo esquí de fondo los dos últimos días —explicó a la recepcionista—. ¿Podría averiguar si los instructores que tuvo el sábado y el domingo por la tarde están por aquí? Nosotros solo esquiamos con ella por la mañana.

—Voy a preguntar. —La recepcionista levantó el auricular, llamó a la tienda deportiva y procedió a indagar. Instantes después, colgó—. El instructor con quien la señorita Fogarty esquió ayer dice que no ocurrió nada extraño durante la excursión. La instructora del sábado tiene el día libre, pero no informó de ningún problema cuando regresaron.

—Gracias —dijo Alvirah. Dio su teléfono móvil a la recepcionista y le pidió que la llamara de inmediato si recibía noticias de Opal. Luego se volvió hacia los rostros preocupados de sus amigos—. No tengo el menor interés en visitar mi arce ahora mismo y sé que vosotros debéis marcharos. Os llamaré en cuanto Willy y yo sepamos algo.

Regan miró a Jack.

—Yo no tengo que volver. Me quedaré y ayudaré a Alvirah y Willy a buscar a Opal.

—Yo también me quedo —le secundó Jack.

Nora los miró con impotencia.

—Ojalá pudiera quedarme, pero he de tomar un avión mañana a primera hora. —Meneó la cabeza—. No puedo cancelar la comida.

—Nora, no te preocupes —dijo Alvirah—. Y Regan, tú y Jack no tenéis que quedaros.

—Nos quedamos —contestó, tajante, Regan.

—No te preocupes tanto, cariño —dijo Willy a Alvirah—. Todo se arreglará.

—Pero Willy —gimió Alvirah—, existe la posibilidad de que Packy Noonan ronde por aquí. Ha incumplido su libertad condicional y Opal ha desaparecido. Si sus caminos se cruzan, no sé lo que Packy sería capaz de hacer a Opal. Sabe que ella le odia y que estaría encantada de verle de nuevo en la cárcel. Incumplir la libertad condicional es razón suficiente para encarcelarle de nuevo.

—Alvirah, ¿tienes una foto de Opal contigo? —preguntó Regan.

—Ni siquiera tengo una foto de Willy.

—¿Salió la foto de Opal en el periódico cuando ganó la lotería?

—Sí. Así fue cómo el idiota de Packy Noonan se enteró de que tenía dinero y decidió ir por ella.

—En ese caso, podemos obtener la foto a través del ordenador y hacer copias para enseñársela a la gente y preguntarle si la han visto —propuso Regan.

—Regan y yo nos encargaremos de eso —se ofreció Jack—. Luke y Nora, sé que tenéis que hacer las maletas y partir. Alvirah y Willy, ¿por qué no nos reunimos en vuestra cabaña dentro de media hora? Luego distribuiremos la cara de Opal por todo el pueblo.

—Tengo un terrible presentimiento —reconoció Alvirah—. Me siento culpable por haberla invitado a venir. Desde el momento en que llegamos tuve el presentimiento de que algo iría mal.

Era como si pudiera oler el gas que ya empezaba a penetrar en la casa donde Opal y Milo dormían bajo los efectos de varios somníferos.

## Capítulo 30

Cuando los Reilly y Alvirah se hubieron marchado, Viddy procedió a recoger las tazas. Lem le ayudó a llevarlas a la cocina y fue allí donde Viddy tomó verdadera conciencia de lo que había sucedido. La conmoción por la desaparición de su árbol no se había dejado notar mientras la policía y los medios de comunicación estuvieron corriendo por el claro. Salir con Lem por la tele había sido emocionante y la visita de esa gente tan agradable, los Meehan y los Reilly, la había mantenido distraída, sobre todo porque Nora Regan Reilly era su escritora de novelas de misterio favorita.

Pero ahora solo podía pensar en su árbol, en que ella y Lem lo habían plantado el día de su boda, y en cómo María von Trapp había pasado casualmente por allí, les había felicitado y había aceptado hacerse una foto. Y encima tuve la cara de pedirle que nos interpretara esa hermosa canción austriaca que le había oído cantar en el hotel. Estuvo muy amable y la canción fue mágica. Recuerdo que pensé que nunca plantaríamos otro árbol cerca para que, de ese modo, nuestros hijos pudieran jugar en el claro alrededor de nuestro árbol nupcial.

Los ojos de Viddy se estaban humedeciendo mientras dejaba las tazas en el fregadero. Nunca tuvimos hijos, y puede que sea una tontería, ¡pero cómo hemos mimado ese árbol! Lo medíamos cada año, incluso los últimos diez, cuando otra persona tenía que hacerlo por nosotros porque yo ya no dejaba a Lem subirse a esa escalera.

Cuando la inesperada visita apareció en su casa, Viddy había corrido hasta el aparador para sacar su querida vajilla de porcelana. Solo la utilizaba en Acción de Gracias y en Navidad, y entonces se pasaba el rato con el corazón en un puño por miedo a que alguien rompiera alguna pieza. La esposa del sobrino de Lem, Sandy, era una buena muchacha, pero apilaba los platos atropelladamente cuando ayudaba a quitar la mesa. Así y todo, Viddy había conseguido mantener su vajilla intacta. Alguna desportilladura aquí y allá, pero nada serio.

Consciente del amor de Viddy por su porcelana, Lem dejó las tazas que portaba en el escurridero con sumo cuidado. Viddy las trasladó al fregadero y en ese momento sus ojos se inundaron de lágrimas. Al hacer un gesto involuntario para enjugárselas, se le resbaló una taza, pero antes de que cayera en el fregadero, donde habría aterrizado, sin duda, sobre otra taza, la enorme mano de Lem la cazó al vuelo.

—La tengo, Viddy —exclamó—. Tu elegante vajilla de porcelana sigue intacta.

Como respuesta, Viddy salió corriendo de la cocina y se metió en su cuarto. Al rato entró en la sala con el álbum de fotos.

—La vajilla de porcelana ya no me importa —sollozó—. Sé muy bien que en cuanto cierre los ojos para siempre y Sandy la herede, la utilizará para servir bocadillos de mortadela a sus hijos.

Con manos temblorosas, abrió el álbum y señaló la última foto que habían hecho del árbol.

—¡Nuestro árbol! Oh, Lem, yo solo quería ver las caras de la gente cuando lo vieran en Nueva York todo iluminado. Quería que el árbol fuera como una obra de arte, que todo el mundo lo admirara. Quería tener una enorme y preciosa foto que poner entre esas dos.

Señaló las dos fotos que descansaban sobre la chimenea.

—Quería tener una grabación de las canciones interpretadas por los niños cuando nuestro árbol llegara al centro Rockefeller. Lem, ya estamos viejos. Cada año, cuando llega la primavera, me pregunto si veré la siguiente. Sé que no vamos a morir cubiertos de gloria, pero, en cierto modo, nuestro árbol iba a hacerlo por nosotros. Nos iba a hacer especiales.

—Ya está, Viddy, ya está —dijo, incómodo, Lem—. Ahora, cálmate.

Desoyendo sus palabras, Viddy sacó un pañuelo de su bata, se sonó la nariz y prosiguió.

—En el centro Rockefeller mantienen un historial de todos los árboles, lo altos que eran, lo anchos que eran, los años que tenían, quién los donó y qué tenían de especial los donantes. Hace unos años un convento cedió su árbol y tienen una foto de la monja que lo plantó y otra de la misma monja cincuenta años después, el día que lo cortaron. Eso es historia, Lem. Nuestra historia con el árbol iba a estar siempre allí para que la gente pudiera leerla. Y ahora es probable que nuestro árbol esté tirado en algún lugar del bosque, donde empezará a pudrirse, y ¡NO PUEDO SOPORTARLO!

Viddy arrojó el álbum al suelo con un aullido y hundió la cara en las manos.

Lem la miró atónito. En cincuenta años jamás había visto a su tranquila, retraída Viddy hablar tanto o mostrar tanta emoción. Nunca me di cuenta de lo profunda que es, pensó. Y no puedo decir que me guste.

—Olvida la partida de búsqueda.

Se inclinó y le tomó la cara entre las manos.

—Déjame sola, Lem, déjame sola.

—Te dejaré sola, Viddy, pero primero voy a decirte algo. Escúchame. ¿Me estás escuchando?

Viddy asintió.

Lem la miró fijamente a los ojos.

—Deja de llorar ahora mismo porque voy a prometerte algo. Salvé tu taza, ¿verdad?

Sollozando, ella asintió.

—Bien. Yo digo que ese canalla de Covell cortó nuestro árbol. La gente del centro Rockefeller dijo que la persona que se lo llevó tuvo que utilizar la grúa para bajarlo hasta el camión. Eso significa que, en principio, se halla en buen estado. Suponiendo que ese zorro lograra llevarse el árbol, no ha podido ir muy lejos con él. Esta mañana, cuando fui a su casa, todavía tenía puesto el pijama. Es posible esconder un árbol arrojándolo en el bosque, pero no se puede esconder un camión plataforma. Nuestro árbol está en algún lugar de la zona y voy a encontrarlo. Voy a recorrer este pueblo

palmo a palmo. Voy a entrar en todas las propiedades que tengan jardín trasero y en todos los graneros lo bastante grandes para guardar un camión plataforma, ¡y voy a encontrar nuestro árbol!

Se puso de pie.

—Como que me llamo Lemuel Abner Pickens que, cuando vuelva, será con nuestro árbol. ¿Me crees, Vidya?

Viddy levantó la cabeza. No parecía muy convencida.

—¿Me crees, Vidya? —volvió a preguntar, severamente, Lem.

—Quiero creerte. Pero no hagas que te arresten por entrar en propiedad ajena sin autorización.

Lem, sin embargo, ya estaba en la puerta.

—O que te disparen.

Lem no la oyó.

Cual Don Quijote, era un hombre con una misión que cumplir.

## Capítulo 31

—¡Cuánto coche! —gruñó Jo-Jo—. Ni que estuvieran regalando diamantes.

—¿Cómo te las ingenias para hacer siempre el comentario más oportuno? —Espetó Packy—. Han venido a ver el tocón que dejamos en el suelo.

Había una larga cola de coches entrando y saliendo de la carretera que conducía a la granja de Lem Pickens. Mucha gente estacionaba en la cuneta y hacía el resto del trayecto hasta el bosque a pie. Parecía el primer día de la temporada de fútbol.

—Solo les falta el picnic —gruñó Packy—. ¿A qué viene tanto alboroto por un árbol? Si supieran la verdadera historia que esconde...

—Si supieran la verdadera historia que esconde habría mucho más tráfico —repuso Jo-Jo.

La carretera se curvaba ligeramente. Cerca del cruce con el camino, la hilera de coches en la cuneta era ininterrumpida.

—Quizá esta situación nos convenga —farfulló Packy tras dejar atrás la entrada del camino que ellos mismos habían tomado la noche antes.

La carretera seguía dibujando una curva a lo largo de otros trescientos metros, hasta una alambrada que marcaba la frontera entre el terreno de Lem Pickens y el de Wayne Covel. Un camión de una televisión descansaba en el camino de entrada a la desvencijada casa que habían visto por televisión, cuando Lem Pickens aporreó la puerta de Wayne Covel y empezó a lanzar sus acusaciones. Un grupo de periodistas se había congregado alrededor de un enorme árbol situado en el jardín de Covel.

—Debe de ser la dama de honor del concurso de belleza —declaró Packy—. Si tuviera tiempo, lo cortaría.

—Qué pena que no ganara —dijo Jo-Jo—. Si hubiera ganado, Covel no habría metido las narices en nuestro árbol. Mira, allí está.

La puerta se había abierto y Wayne Covel apareció en el porche, sonriendo mientras las cámaras se volvían hacia él.

—Perfecto —dijo Packy—. Todo el mundo está en la parte frontal de la casa. Nosotros entraremos por detrás.

Avanzó hasta el costado de la casa. Allí había otros coches estacionados. Eligió un espacio entre dos vehículos para el cacharro de Milo con el fin de que pasara desapercibido.

Hundiéndose el gorro de esquiar hasta las cejas, Packy abrió la puerta y bajó del coche. Se inclinó y agarró la bolsa de papel que contenía el machete con el nombre de Wayne Covel grabado. Menos mal que existen los grabadores, pensó, o de lo contrario no habríamos sabido dónde buscar al ladrón que se llevó nuestra petaca. ¿A quién se le ocurre grabar el nombre en un machete? Menudo perdedor.

Tras echar una mirada nerviosa al maletero, Jo-Jo bajó del coche y siguió a Packy, que se metió rápidamente en el bosque. Protegidos por los árboles, caminaron hasta la parte de atrás de la casa, y, al asomar la cabeza, divisaron un pequeño granero. La

puerta estaba abierta y dentro descansaba una camioneta.

—¿Qué hacemos ahora, Packy? —susurró Jo-Jo—. ¿Crees que podríamos entrar por las puertas del sótano? —Señaló unas puertas de hierro oxidado que sobresalían del suelo y que, sin duda, conducían a un sótano.

—Primero quiero inutilizarle la camioneta por si decide largarse antes de que recuperemos los diamantes. Voy a arrancarle un par de cables.

—Qué buena idea, Packy —dijo, admirado, Jo-Jo—. Eso mismo hicieron las monjas en *Sonrisas y lágrimas*. ¿Recuerdas cuando las monjas dijeron a la madre superiora que habían pecado?

—Cierra el pico y espera aquí. Te haré una señal cuando haya terminado. Entonces correremos hasta las puertas del sótano.

Packy cruzó los seis metros de campo abierto hasta el granero, rezando a su difunta madre para que nadie le viera. En apenas dos minutos levantó el capó y cortó algunos cables con el machete de Covell, satisfecho de que este le estuviera siendo de tanta utilidad. Entonces recordó que la última vez que alguien había utilizado el machete había sido para arrancar su petaca de la rama donde llevaba oculta más de trece años. Packy aguardó junto a la puerta del granero hasta asegurarse de que no había moros en la costa. Cruzó el terreno en diagonal hasta las puertas del sótano. El candado, que parecía tener muchos años, saltó con un simple golpe de machete. Conteniendo la respiración, Packy levantó una puerta. El chirrido de las bisagras oxidadas le heló la sangre, de modo que la abrió lo justo para poder escurrirse hasta alcanzar los escalones. Luego hizo una señal a Jo-Jo para que lo siguiera corriendo.

Bajo la mirada tensa de Packy, Jo-Jo cruzó pesadamente el claro. Packy le estaba sujetando la puerta, pero de repente Jo-Jo frenó en seco.

—¿Agarro el candado? —preguntó con lo que para él era un susurro—. Si alguien pasa por aquí y lo ve, podría pensar: ¡Eh! ¿Qué está pasando aquí?

—¡Agárralo y entra de una vez!

Packy cerró la puerta tras Jo-Jo y durante unos instantes no pudieron ver nada.

—Este lugar apesta —dijo Jo-Jo.

—No más que un gimnasio, cuyo interior es obvio que hace tiempo que no visitas.

—Me gusta la playa.

Cuando sus ojos se adaptaron a la oscuridad, divisaron una ventana cubierta de mugre, la única fuente de luz. Packy encendió su linterna y, mirando de un lado a otro, atravesó lentamente el abarrotado suelo de cemento. La lavadora hacía ruido.

—¿A quién se le ocurre poner una lavadora en un momento como este? —preguntó Jo-Jo—. A lo mejor está lavando la ropa que llevaba cuando cortó la rama. Destruyendo las pruebas, ¿entiendes, Packy? Como en las películas.

—Ignoraba que fueras un cinéfilo —espetó Packy.

Cerca de la lavadora había un cuartito con una puerta toscamente tapiado. Packy abrió la puerta y asomó la cabeza.

—Nos esconderemos aquí hasta que tengamos la certeza de que Covel está solo.

El cuartito tenía un banco de trabajo y algunas herramientas desperdigadas.

La puerta de arriba se abrió y una bombilla que pendía de un cable sobre la escalera se encendió. Packy y Jo-Jo se zambulleron en el cuartito al percatarse de que una pila de ropa sucia salía disparada escaleras abajo. La luz se apagó y la puerta se cerró.

Jo-Jo contempló la ropa esparcida por todo el suelo.

—Ese tipo es un cerdo. Y no tenía por qué asustarnos de ese modo.

El corazón de Packy latía con fuerza.

—Esto no va a ser fácil. Tenemos que averiguar si está solo.

Salieron del cuartito y Packy pasó la linterna por el montón de ropa sucia desplomado al pie de la escalera. La lavadora empezó a girar con la fuerza de un tornado.

—Parece que vaya a despegar —dijo, pasmado, Jo-Jo.

La puerta de arriba se abrió de nuevo. Esta vez, con las prisas de regresar al cuartito, Jo-Jo tropezó con una de las camisas de franela de Wayne Covel y extendió los brazos para suavizar el impacto contra el duro suelo de cemento. Su mano derecha resbaló con lo que parecía una piedra afilada. Con un grito ahogado, Jo-Jo levantó la mano y bajó la vista. La piedra brilló. La agarró y, apretándola con fuerza, se arrastró a cuatro patas hasta el cuartito.

Otro montón de ropa había volado escaleras abajo, y la puerta volvió a cerrarse.

—Me he arañado las manos —se quejó Jo-Jo, resoplando—, pero creo que ha valido la pena. —Abrió los dedos—. Mira esto.

Packy apuntó la linterna hacia la palma regordeta de Jo-Jo. Tomó el diamante en bruto que hacía casi trece años que no veía y lo besó.

—He vuelto —le susurró.

—¿Estás seguro de que es de los tuyos? —preguntó Jo-Jo—. Quiero decir, de los nuestros.

—¡Sí! Es de los amarillos. Probablemente no lo sepas, pero estás delante de dos millones de dólares. ¿Qué ha hecho ese chiflado con el resto?

—A lo mejor deberíamos registrar la colada —propuso Jo-Jo—. Por asqueroso que sea, quizá valga la pena.

—Buena idea. Empieza tú —le ordenó Packy, agarrando el machete—. Yo subiré para ver si se oye algo. Si ese Wayne está solo, iremos por él ahora.

## Capítulo 32

Cargados con fotocopias de una Opal radiante con su talón de la lotería en las manos, Regan y Jack regresaron a la cabaña de Alvira y Willy. Al pie de la foto se explicaba que había desaparecido y se rogaba a quienquiera que la hubiera visto o tuviera alguna pista que telefonara al número de Alvira o a la policía local.

—Hemos colgado algunas en el hotel —explicó Regan—. Jack y yo hemos averiguado los senderos que tomó ayer con su grupo. Los recorreremos a pie, colgaremos su foto en los árboles y llamaremos a las casas que haya por la zona.

—Y buscaremos una furgoneta blanca con un porta-esquí encima —añadió Jack—. Llamé a mi oficina y les pedí que me mantuvieran al tanto de todo lo que averiguaran sobre Packy Noonan. No podían creer que yo estuviera aquí cuando robaron el árbol del centro Rockefeller. Dije a uno de mis muchachos que se mantuviera al tanto del caso y me tuviera informado.

Estaban sentados en el salón de la cabaña, el cual, en cierto modo, había perdido su alegre calidez. El presentimiento que tenía Alvira de que Opal estaba en peligro ganaba fuerza con cada minuto que pasaba.

—Opal puede estar en cualquier parte —dijo Alvira con voz tensa—. A lo mejor la obligaron a subir a un coche. Se marchó tan temprano que probablemente había muy poca gente por la calle. Willy y yo iremos al pueblo para colgar algunas fotos y enseñárselas a la gente. Tenemos que actuar antes de que sea demasiado tarde. Sé que ya lo he dicho, pero tengo el presentimiento de que Opal está en peligro y que cada segundo cuenta.

—Podríamos ponernos en contacto dentro de una hora —propuso Regan—. Cada uno de nosotros llevará su móvil encima.

Salieron juntos de la cabaña. Willy y Alvira subieron a su coche. Jack y Regan caminaron hasta el sendero por el que Opal había esquiado con su grupo del domingo y se adentraron en el bosque. Estaba desierto. Mientras caminaban, Regan preguntó:

—Jack, ¿qué probabilidades crees que hay de que Opal tropezara con Packy Noonan?

—Esta mañana salió a comprobar algo y no regresó. Si vio algo sospechoso y Packy Noonan ronda por la zona... —Levantó las manos—. Quién sabe, Regan.

Caminaban hombro con hombro y la nieve crujía bajo sus pies. Sus ojos iban de un lado al otro.

—Puede que Packy Noonan tenga un amigo en esta zona que le esté escondiendo —dijo Regan—. Pero ¿por qué? Acaba de pasar doce años en la cárcel. Ha pagado su deuda con la sociedad por aquella estafa. Tal como dijiste anoche, está arriesgando mucho al incumplir la libertad condicional. ¿Sabes, Jack? Es muy extraño que Packy Noonan trabajara para Lem Pickens y que el árbol de Lem fuera cortado en menos de veinticuatro horas, una vez que Packy incumpliera su libertad condicional y fuera visto subiendo a una furgoneta con matrícula de Vermont. Ignoro qué razones podría

tener para cortar un árbol, pero me parece demasiada casualidad, ¿no crees?

Jack asintió. Absorto cada uno en sus pensamientos, siguieron caminando, colgando cada trescientos metros aproximadamente la foto de Opal en un árbol y llamando a las puertas de las remotas casas por las que pasaban. Nadie reconocía el rostro de Opal ni había visto nada anormal por la zona. La gente que se encontraba en casa tenía la televisión encendida y estaba viendo las noticias acerca del árbol desaparecido de Lem Pickens.

—Esos dos nunca se han llevado bien —aseguró una mujer—. Pero si quieren conocer mi opinión, Wayne Covell jamás habría tenido el empuje necesario para cortar ese árbol y sacarlo de allí. ¡Ni por casualidad! En una ocasión le contraté para que me hiciera unos arreglos y tardó un siglo.

La mujer los invitó a entrar para tomar una taza de café, pero Regan y Jack rechazaron la invitación. Mientras regresaban al sendero, Regan dijo:

—Ya ha pasado casi una hora. Voy a llamar a Alvira.

Pero por el tono desanimado de Alvira comprendió, antes de que esta se lo dijera, que ella y Willy no habían encontrado a nadie que pudiera ayudarlos.

Regan apenas había cerrado su móvil cuando el de Jack empezó a sonar. Era de su oficina. La expresión de Jack iba cambiando a medida que escuchaba. Cuando cerró el móvil, miró a Regan.

—Han localizado la matrícula del camión plataforma que apareció abandonado. Está a nombre de un tipo que no sabía nada del árbol, pero resulta que sus primos, Benny y Jo-Jo Como, estuvieron involucrados en la estafa de la empresa de transportes de Packy Noonan. Y aquí viene lo mejor: encontraron las huellas dactilares de Benny en el volante.

—Dios mío —susurró Regan—. A lo mejor Opal tuvo un enfrentamiento con él.

—Todo el mundo pensaba que esos tipos habían huido del país —dijo Jack—, pero puede que no lo hicieran.

—A lo mejor fue Benny quien recogió a Packy con la furgoneta —especuló Regan—: Pero ¿y el camión plataforma? ¿Es posible que Packy Noonan esté realmente implicado en el robo del árbol? ¿Por qué?

—Visitó a los Pickens un año antes de que le arrestaran. A lo mejor estaba buscando un escondite para su botín. Ambos sabemos que muchos ladrones no confían en los bancos ni en las cajas de seguridad, ni siquiera en las cuentas de lugares como las islas Caimanes.

—Escapó con millones y millones de dólares —dijo Regan—. No podía ser todo en efectivo. Es muy difícil ocultar tanto dinero.

—Los ladrones ponen su dinero en otras cosas, como joyas y piedras preciosas —explicó Jack—. Son más difíciles de rastrear.

—Pero si ocultó joyas en el árbol de Lem Pickens, ¿por qué iba a tomarse la molestia de cortarlo para recuperarlas? —Preguntó Regan—. No tiene sentido. En fin, será mejor que se lo contemos a Alvira. Seguro que dentro de unos minutos

saldrá en las noticias. Puede que su redactor ya le haya telefoneado. —Regan volvió a marcar el teléfono de Alvirah.

Alvirah acababa de enterarse de la noticia por boca de Charley.

—Regan, vamos a volver al hotel —dijo—. Tengo la sensación de que estamos perdiendo el tiempo en el pueblo. Quiero hablar de nuevo con la recepcionista y averiguar quiénes integraban exactamente el grupo de esquí de Opal. Solo espero que no se hayan ido todos. Y quiero intentar localizar a la instructora que hoy tiene el día libre.

—Nos encontraremos en el hotel. Estamos casi al final del camino.

Un camino sin salida, pensó Regan cuando hubo colgado.

## Capítulo 33

Lem subió a su camioneta y se marchó disparado. Lo único que le consolaba era saber que había una recompensa por su árbol, pues eso significaba que mucha gente lo estaría buscando. No le importaba que otra persona lo encontrara antes que él y se quedara con los diez mil dólares del centro Rockefeller. Solo quería que su árbol, de él y de Viddy, todavía bello como una postal, viajara a Nueva York para vivir su momento de gloria. Podía ver la cara de Viddy cuando levantaran el interruptor en la gran ceremonia y las ramas de su árbol se iluminaran con miles de luces.

Lem giró al final del camino de entrada y pisó el acelerador. Tenía planeado pasar primero por casa de Wayne Covel y ver qué estaba ocurriendo. De allí iría a todos los graneros y recorrería todos los caminos sin salida de los alrededores del pueblo, donde los esquiadores se habían construido sus casas. Muchos de ellos no venían hasta pasado Acción de Gracias. Puede que Covel hubiera dejado el camión plataforma del centro Rockefeller en uno de esos caminos. Nadie repararía en él en días a menos que lo estuvieran buscando.

Encendió la radio. En la emisora local estaban dando la noticia del árbol.

«Si yo fuera Wayne Covel y no tuviera nada que ver con la desaparición de ese árbol, demandaría a Lem Pickens hasta sacarle todo lo que posee, hasta el último árbol de su propiedad, hasta la última gallina, hasta la última muela de oro —estaba diciendo el locutor—. En este país no puedes difamar públicamente a la gente y quedarte tan ancho. Tenemos aquí a nuestro experto legal...».

Algo inquieto, Lem apagó la radio.

—Ustedes no saben nada sobre justicia —dijo, escupiendo las palabras—. A veces los hombres tienen que tomarse la justicia por su mano. Viddy necesita recuperar su árbol. No puedo quedarme sentado y esperar a que la policía lo encuentre. Además, probablemente necesitarán alguna estupidez, como una orden de registro, para poder meter la nariz en los graneros de la gente.

Pasó despacio frente a la casa de Wayne Covel. La sangre le hirvió al ver la enorme píceca azul. Si ese árbol termina en el centro Rockefeller en lugar del nuestro, Viddy se vendrá abajo, pensó. Había periodistas acampados en el camino de entrada a la casa de Covel. Advirtió que muchos conocidos del pueblo estaban admirando el árbol de Covel. Sabía que algunos de ellos no soportaban a Covel pero querían que sus caras aparecieran en televisión. Qué vergüenza.

Al doblar la curva divisó el coche del poeta. Imposible que pasara desapercibido, con ese parachoques sujeto con cuerdas. Pensó en desinflarle los neumáticos. ¿Cómo se atrevía a hacer perder a Viddy una noche de su vida aburriéndola con sus espantosos poemas? Hasta tuvo el valor de repartir copias del poema sobre la mosca de la fruta. Viddy dijo que a ese Milo le gustaba compartirlo con la gente.

Lem siguió avanzando. Puede que recorra primero los alrededores del pueblo, se dijo. Ni siquiera Covel sería tan idiota como para abandonar el árbol tan cerca de su

casa.

Dedicó la primera hora y media a violar las propiedades privadas de todo Stowe. Entró en graneros, abrió puertas y miró por ventanas cuando esa era la única manera de ver el interior de una estructura lo bastante grande para alojar un camión plataforma. Le persiguieron gallinas, caballos y un perro de corral que le mordió los talones mientras escapaba.

Para entonces a Lem se le había despertado el apetito, pero no podía volver a casa. No quería encontrarse con Viddy a menos que regresara con el árbol. Volvió a la camioneta y encendió la radio para ver si había alguna novedad sobre su paradero. Fue entonces cuando escuchó la noticia de las huellas dactilares de Benny Como en el camión plataforma. Golpeó el volante con la mano.

—¡Fue Packy Noonan! —gritó.

Sabía que no estaba tramando nada bueno cuando apareció en casa hace trece años, pensó, pero quise creer que se había reformado. ¡Ja! Y Viddy siempre dijo que sospechaba que le había robado el camafeo. Espero que Packy esté compinchado con Wayne Covel. Si Covel es inocente, estoy en un serio aprieto. Viddy no solo se habrá quedado sin árbol, sino también sin techo. Se obligó a no pensar en ello.

Abandonó su plan de parar en una cafetería para comer algo. Tengo que encontrar mi árbol, pensó con desesperación.

Lo primero es lo primero.

## Capítulo 34

Packy se agazapó cerca del escalón superior del sótano, consciente de que Wayne Covel podría tener en cualquier momento un arrebatado de domesticidad y arrojar otro montón de ropa sucia escaleras abajo. Lo que significaría que me caería en la cara, pensó Packy. Pero no podemos esperar más, se dijo.

Tenía las rodillas y la espalda doloridas. Hacía cuarenta minutos que estaba allí.

Primero Dennis Dolan, un periodista de otra población de Vermont, había llamado a la puerta y Wayne le había invitado a pasar y tomar un café o una cerveza. Dolan explicó que quería escribir un artículo de interés humano sobre Wayne por si su árbol terminaba en el centro Rockefeller.

Packy había tenido que escuchar el relato sobre la vida de Wayne, incluido el hecho de que su última novia, Lorna, le había enviado un correo electrónico esa misma mañana.

Cuando Dolan le hubo formulado su última pregunta estúpida y se hubo marchado, Wayne regresó a la cocina y subió el volumen del televisor. Machete en mano y seguido de un Jo-Jo armado con cuerda y cinta adhesiva, Packy se disponía a abrir la puerta para abalanzarse sobre Covel cuando un fuerte golpe en la puerta principal echó por tierra sus intenciones. Covel salió de la cocina para abrir y saludó efusivamente a alguien. Por la conversación, era un colega de borracheras, Jake, que había venido para darle su apoyo moral ante la acusación de Lem Pickens. Con la puerta del sótano abierta unos milímetros, Packy tuvo el privilegio de escuchar su conversación.

—Wayne, colega, le dije a esos periodistas que Lem ha perdido un tornillo. Nunca le caíste bien y estaba deseando hacerte alguna trastada. Supongo que, si su árbol no aparece, te suplicarán que les cedas el tuyo. Solo un consejo. Si te piden que salgas en televisión al lado del árbol cuando lo talen, ve primero al barbero para que te corte el pelo. Yo me dirigía ahora allí. ¿Por qué no me acompañas?

Al oír la propuesta Packy estuvo a punto de soltar un grito de frustración. Wayne, sin embargo, rechazó la invitación.

—Vale, olvida lo del pelo, pero yo en tu lugar me recortaría el bigote y me daría un buen afeitado —prosiguió Jake—. Aunque con todos esos arañazos en la cara podrías hacerte una carnicería. Bueno, me voy.

Packy apretó el machete al oír lo de los arañazos en la cara de Wayne. Te los hiciste al robarme la petaca, pensó.

Wayne abrió la puerta y agradeció a su amigo la visita. Luego, para desesperación de Packy, se oyó otra voz.

—Señor Covel, ¿le importa que me presente? Soy Trooper Keddle, abogado especializado en litigios. ¿Puedo entrar?

No, imploró Packy. ¡No!

Notó un tirón en la pierna. Jo-Jo susurró:

—No podemos seguir esperando a que alguien nos saque a bailar, Packy. No se puede ver mucho por esa ventana, pero sí lo bastante para saber que el cielo está cada vez más nublando.

—No necesito el parte meteorológico —espetó Packy—. Cierra el pico.

El abogado siguió a Wayne hasta la cocina.

—Siéntese —le dijo Covel—. Saque su libreta y escriba esto. Si cree que Lem Pickens puede enviarle para que me asuste, ha perdido el juicio, y él también. Yo no robé su árbol y no me demandará. ¿Entendido, Troopy?

—No, no, no, no, señor Covel —le tranquilizó Keddle—. Estamos hablando de que usted sea el demandante. Pickens le ha difamado. No utilizó la palabra «presunto». En el mundo jurídico puedes acusar a otra persona prácticamente de cualquier crimen siempre y cuando digas que «presumes» que lo ha hecho. El señor Picken le acusó firmemente de cometer un delito y por la televisión nacional. Querido señor Covel, a nuestra firma de abogados le encantaría ver que recibe una compensación por este insulto a su persona. Se lo merece. Su familia se lo merece.

—No estoy casado y mis primos no me caen bien —respondió Wayne—. Pero ¿me está diciendo que lo que oí por la radio es cierto? ¿Qué puedo demandar a Lem por decir pestes de mí? —Se reclinó en su silla y soltó una carcajada.

—Puede demandarle por haber dañado su reputación, por causarle un sufrimiento emocional que sin duda disminuirá su capacidad para cumplir su jornada laboral, por lesionarle la espalda al tener que levantarse corriendo de la cama para responder a los golpes de la puerta, por...

—Entiendo —dijo Wayne—. Me parece bien.

—No tendrá que soltar un céntimo. Para mi firma, lo más importante es la justicia. En la mesa de todos nuestros asociados está grabado el lema JUSTICIA PARA LA VÍCTIMA.

—¿Cuántas personas trabajan en su despacho, Troopy?

—Dos. Mi madre y yo.

Nunca he llevado pistola, pensó Packy. Nunca la he necesitado. Soy ladrón de guante blanco. Pero daría cualquier cosa por tener una en estos momentos. Así y todo, Jo-Jo está fuertote y podrá sujetar a Covel. Yo agitaré el machete como si fuera a utilizarlo y recuperaremos nuestros diamantes en menos que canta un gallo. Covel no se arriesgará a comprobar que no voy en serio. Pero no podemos reducir también al picapleitos. Parece un tipo fuerte, y puede que todavía haya gente en el jardín. Si alguien oye un grito, estamos perdidos.

Jo-Jo volvió a tirarle del pantalón.

—¿Dices que el diamante que encontramos vale dos millones? —susurró—. Quizá deberíamos conformarnos con eso.

Packy se volvió con tal brusquedad que golpeó la puerta con la cabeza.

—La puerta del sótano cruje mucho —explicó Wayne a Trooper Keddle en tanto que se guardaba la tarjeta del abogado y se ponía en pie—. Puede que con el dinero

de Lem me haga una nueva. —La ocurrencia le provocó otra risotada que Keddle se esforzó por secundar.

Finalmente, tras asegurar por última vez a Wayne que podía enmendar el agravio sufrido, Keddle se marchó.

Adelante, pensó Packy, no más demoras. Hizo una señal a Jo-Jo. Justo cuando Wayne pasaba frente a la entrada del sótano para regresar a la mesa, la puerta se abrió de golpe y sin tiempo a soltar poco más que un quejido, se descubrió en el suelo. Packy le tapó la boca con cinta adhesiva y Jo-Jo le llevó las piernas y los brazos a la espalda y los amarró juntos.

—Baja los estores del salón, Jo-Jo, y cierra la puerta con llave —ordenó Packy—. Que la gente se lleve la impresión de que este tipo ya ha tenido suficientes visitas. —Dejó el machete en el suelo, a unos centímetros de la cara de Covell—. ¿Lo reconoces? —preguntó—. Apuesto a que sí. Quizá te ayude a recordar qué hiciste con mis diamantes.

Dio unos golpecitos a Wayne en la cabeza.

—No se te ocurra gritar o te haré comer el mango. ¿Entendido?

Wayne asintió varias veces.

Packy se levantó y corrió hasta la ventana de la cocina. Pegándose a la pared, tiró del estor y este le aterrizó en el brazo. Estaba atado al rodillo con un cordel. Menudo manitas, pensó, y con una mirada de desprecio a Wayne, agarró la cinta adhesiva, acercó una silla a la ventana, se subió a ella y procedió enrollar el estor con una mano y pegarlo con cinta adhesiva con la otra.

Jo-Jo tuvo mejor suerte al bajar los estores del dormitorio y la sala de estar, pero cuando se dirigía a la puerta para cerrarla con llave, el pomo giró y la puerta se abrió.

—¡Wayneeeeeee, cieloooooo! —Aulló Lorna—. ¡Sórpresaaaaa!

## Capítulo 35

Opal se sentía como aquella vez que le pusieron anestesia para la operación de apendicitis. Recordaba que había oído decir a alguien: «Está despertando, dale más».

Y que otra persona repuso: «La que le hemos puesto podría derribar a un elefante».

Ahora se sentía como entonces, como si, envuelta por una niebla o sumergida en agua, intentara emerger a la superficie. Recordaba que, durante la operación de apendicitis, había intentado decirles: «Soy dura, no podréis derribarme tan fácilmente».

Eso mismo estaba pensando ahora. Cuando fue al dentista, casi habían necesitado un tanque de óxido nitroso para extraerle la muela del juicio. Pedía constantemente al doctor Ajong que aumentara la dosis, que seguía tan serena como un juez.

¿De dónde he sacado una tolerancia tan alta?, se preguntó, vagamente consciente de que, por alguna razón, no podía mover los brazos. Supongo que cuando te operan te sujetan con correas, pensó mientras volvía a dormirse.

\*\*\*\*\*

Al rato empezó a subir de nuevo hacia la superficie. ¿Qué demonios me pasa?, se preguntó. Me siento como si me hubiera bebido cinco vodkas. ¿Por qué? Pensó que a lo mejor volvía a estar en la boda de su prima Ruby. El vino que habían servido era tan barato que bastaron dos copas para provocarle resaca.

Ruby es mi prima... Yo soy Opal... La hija de Ruby es Jade... Todas piedras preciosas, pensó amodorrada. Aunque ahora mismo no me siento como un ópalo. Me siento como una piedrecita. Los Picapiedra. Alguien ganó un premio por proponer que llamaran a la pequeña Piedrecita. Cuando le dije a papá que Opal me parecía un nombre tonto, me contestó: «Háblalo con tu madre, fue idea suya». Mamá dijo que el abuelo nos llamaba sus piedras preciosas y que él propuso los nombres. *Piedras preciosas*.

Opal volvió a dormirse.

\*\*\*\*\*

Cuando abrió de nuevo los ojos, trató de mover los brazos y enseguida supo que algo pasaba. ¿Dónde estoy?, pensó. ¿Por qué no puedo moverme? ¡Ya lo recuerdo! ¡Packy Noonan! Me vio cuando anotaba la matrícula. Y esos otros dos. Esos me ataron. Estaba sentada a la mesa de la cocina. Compraron diamantes con el dinero que me robaron. Ellos robaron el árbol de Navidad. Pero no tienen los diamantes, todavía no. El hombre de la televisión, el de los arañazos en la cara, los tiene. ¿Cómo

se llamaba? Wayne... Yo estaba sentada a la mesa de la cocina. ¿Qué ocurrió? El café tenía un sabor extraño. No me lo terminé. Volvió a dormirse.

Justo antes de despertar una vez más, tuvo un sueño en el que había olvidado apagar el fogón. En el sueño olía a gas. Al despertarse, susurró en voz alta:

—No es un sueño. Huele a gas.

## Capítulo 36

Alvirah y Willy llegaron al hotel antes que Regan y Jack.

—La patrulla de esquí ha rastreado todos los senderos por lo menos una vez —les explicó la recepcionista—. No hay rastro de ella, pero todo el mundo ha recibido la alerta.

La foto de Opal aparecía expuesta sobre el mostrador de recepción.

—¿Se han marchado muchos clientes? —preguntó Alvirah.

—La mayoría —respondió la recepcionista—. Como ya sabe, recibimos muchos huéspedes de fin de semana. Les hemos enseñado la foto a todos, pero, por desgracia, nadie ha podido facilitarnos ninguna información. Algunas personas recordaban haber visto a la señorita Fogarty en el comedor, pero eso es todo.

Regan y Jack llegaban en ese momento.

—Oh, Regan —dijo Alvirah—. Sé que Packy Noonan y Benny Como tienen a Opal. Llamé a la policía para comprobar si alguien había aportado algún dato, pero es evidente que no. Se habrían puesto en contacto conmigo.

Willy expresó el pensamiento que estaba en la mente de todos.

—¿Y ahora?

Alvirah se volvió hacia la recepcionista.

—Sé que dejó un mensaje a la instructora de esquí del sábado por la tarde. ¿Podría probar de nuevo?

—Por supuesto. Le hemos dejado varios mensajes en el teléfono fijo y en el móvil, pero llamaré de nuevo. Sé que duerme hasta tarde en sus días libres. O puede que esté haciendo esquí alpino. Creo que no siempre lleva encima el móvil.

—¿Que duerme hasta tarde? —Exclamó Alvirah—. Son más de las doce.

—Solo tiene veinte años —repuso la recepcionista con una leve sonrisa, y comenzó a marcar.

Mientras la recepcionista dejaba el mensaje, Alvirah comentó:

—Me temo que no estamos teniendo mucha suerte.

—Dijiste que querías hablar con la gente que estuvo en el grupo de esquí de Opal del sábado —dijo Jack—. Es probable que en el ordenador tengan una lista con los nombres.

—Así es, y puedo imprimirla —intervino la recepcionista—. Denme un minuto. —Entró en el despacho situado detrás de la recepción.

El grupo aguardó en silencio. Cuando la recepcionista regresó, traía una lista con seis nombres.

—Sé que esta mañana se marcharon algunos, pero voy a comprobar si el resto sigue aquí.

La puerta del hotel se abrió de golpe. Un muchacho pelirrojo de unos diez años irrumpió en el vestíbulo. Nadie pudo evitar escuchar los comentarios que hacía a sus fatigados padres, que le seguían unos pasos más atrás.

—¡No puedo creer que alguien cortara ese árbol! ¿Cómo lo hicieron? Mamá, ¿podemos revelar hoy las fotos para que mañana pueda enseñárselas a los chicos del colegio? ¡Ya verás cuando vean el muñón! Quiero ir a Nueva York para ver el árbol que pongan con todas las luces. ¿Podemos ir durante las vacaciones de Navidad? Quiero sacarle una foto para poder ponerla al lado de la foto del muñón.

Solo dejó de hablar cuando reparó en la foto de Opal expuesta en la recepción.

—¡Esa señora estaba en mi grupo el sábado por la tarde! —exclamó, dando saltos.

—¿Conoces a esta señora? —Le preguntó Alvirah—. ¿Esquiaste con ella?

—Sí. Era muy simpática. Me dijo que se llamaba Opal y que era la primera vez que esquiaba. Lo hacía muy bien, mucho mejor que otra vieja a la que no paraban de cruzársele los esquís.

Alvirah decidió ignorar lo de «vieja».

—Bobby, te lo he dicho mil veces —le reprendió el padre—. Se dije «señora mayor», no «vieja».

—¿Qué tiene de malo «vieja»? —Preguntó Bobby—. Así llamaba el cantante Screwy Louie a su esposa.

—¿Cuándo esquiaste con Opal? —se apresuró a preguntar Alvirah.

—El sábado por la tarde.

Alvirah se volvió hacia los padres.

—¿Estaban ustedes en ese grupo?

Parecían abochornados.

—No —contestó la madre—. Soy Janice Granger. Mi marido Bill y yo estuvimos esquiando toda la mañana con Bobby. Después de comer mi hijo quiso esquiar otra vez. La instructora le conoce bien y cuidó de él.

—¿Cuidar de mí? Yo tenía que cuidar de Opal. —Señaló la foto.

—¿A qué te refieres? —preguntó Alvirah.

—La instructora nos había llevado por otro sendero porque teníamos delante a unos esquiadores muy lentos que nos estaban volviendo locos. Opal tuvo que parar porque se le había roto el cordón de la bota. La esperé y tuve que decirle que se diera prisa porque se había quedado embobada mirando una casa.

—¿Mirando una casa?

—Había un tipo colocando unos esquís encima de una furgoneta. Ella se quedó mirándole. Le pregunté si lo conocía. Dijo que no, pero que su cara le sonaba.

—¿De qué color era la furgoneta? —preguntó rápidamente Alvirah.

El niño levantó los ojos, se mordió el labio y miró en derredor.

—Estoy casi seguro de que era blanca.

Regan, Jack, Willy y Alvirah, convencidos ya de que la persona a la que Opal había visto era Packy Noonan o Benny Como, se temieron lo peor.

—¿Dónde está esa casa? —preguntó Jack.

—¿Hay alguien por aquí que tenga un mapa? —preguntó Bobby.

—Yo —respondió la recepcionista.

—Venimos aquí desde que Bobby nació —dijo el padre del muchacho—. Se conoce la zona mejor que cualquiera.

La recepcionista colocó el mapa de los senderos sobre el mostrador. Bobby lo examinó y señaló un camino.

—Es genial para esquiar —dijo.

—¿La casa? —Preguntó Alvira—. Bobby, ¿dónde está esa casa?

Bobby señaló un punto en el mapa.

—Aquí estaban los lentorros. Los rodeamos por aquí. Y aquí es donde la señora mayor, Opal, se detuvo a arreglarse el cordón de la bota.

—¿Y la casa estaba justo ahí? —preguntó Regan.

—Sí. Y al lado de la casa había un granero muy grande.

—Creo que sé donde está —dijo Bill Granger.

—¿Puede mostrarnos el camino? —Preguntó Jack—. No podemos perder más tiempo. Es una emergencia.

—Claro.

—Yo también voy —dijo Bobby con la mirada chispeante.

—Ni lo sueñes —repuso Janice Granger.

—¡No es justo! Soy el único que sabe qué aspecto tiene la casa —insistió Bobby.

—Tiene razón —dijo Alvira con firmeza.

—No quiero que Bobby corra peligro —replicó Janice.

—En ese caso, ¿podrían llevarnos todos juntos hasta el lugar? —Preguntó Jack—. Por favor, es muy urgente.

Los padres de Bobby intercambiaron miradas.

—Tenemos el coche justo delante del hotel —dijo el padre.

—¡Yupiiii! —gritó Bobby mientras salía corriendo del hotel, por delante de todos.

Se dirigieron rápidamente al aparcamiento. Jack se puso al volante del coche de Alvira y Willy y siguió a los Granger por la colina sinuosa del Trapp Family Lodge, rumbo hacia una casa llena de gas donde una Opal adormilada luchaba por recuperar el conocimiento.

## Capítulo 37

La determinación era una cosa y el éxito otra. Lem estaba corriendo de un lado al otro sin llegar a ninguna parte. La promesa hecha a Viddy de recuperar el árbol empezaba a parecerle tan factible como alcanzar la luna.

Lem conducía ahora por Main Street. Cuando vio el letrero de su cafetería preferida, vaciló y finalmente se detuvo. La barriga le gruñía con tanta violencia que no podía pensar. El hombre no puede pensar cuando tiene hambre, decidió con rapidez, y justificó este parón en la búsqueda recordándose que no había desayunado. No regresé a mi casa hasta que llegó esa gente de la ciudad, y el chocolate caliente de Viddy, por bueno que sea, no puede satisfacer el estómago de un hombre.

Bajó de la camioneta y la foto de una mujer pegada a una farola atrajo su atención. Lem se detuvo a examinarla. La mujer sostenía un billete de lotería y eso le trajo a la memoria una ocasión en que pudo ganar la lotería de Vermont pero olvidó comprar el billete. Los números a los que él y Viddy siempre jugaban salieron esa semana.

Viddy estuvo muy fría conmigo durante un tiempo, recordó. Por fortuna, no fue un gran premio. Le dije a Viddy que los impuestos se comían la mitad de lo ganado y que luego aparecían los timadores deseosos de venderte cosas que no necesitabas, como un terreno en Florida que probablemente se reducía a un pantano lleno de caimanes.

Viddy tenía un carácter testarudo. Sencillamente, no estaba de acuerdo.

Lem aguzó la vista. Los números a los que debías llamar en caso de saber algo de esa mujer llamada Opal eran el de la policía y el de Alvirah Meehan.

Alvirah ha estado hoy en casa. Qué casualidad. Los dos buscamos algo que es muy importante para nosotros.

Lem entró en la cafetería y se sentó en la barra. Danny estaba haciendo el turno de día.

—Lem, lamento lo de tu árbol.

—Gracias. Tengo que darme prisa. Voy a encontrar ese árbol aunque muera en el intento.

—¿Qué te apetece?

—Jamón, tocino, dos huevos fritos, patatas con cebolla, zumo de naranja y dos tostadas. Sin mantequilla. He dejado la mantequilla.

Danny le sirvió una taza de café. El televisor, situado sobre su cabeza, a la derecha, estaba encendido pero tenía el volumen muy bajo.

Lem contempló la pantalla. Un periodista estaba señalando un camión plataforma. A Lem empezaba a fallarle el oído. Por ejemplo, cuando Viddy le preguntaba por las mañanas si quería más zumo, él solía contestarle con la pregunta: «¿Humo? ¿Dónde hay humo?».

—Sube el volumen, Danny —gritó.

Danny tomó el mando y apretó el botón del volumen.

—... el interior del camión plataforma abandonado, donde se encontraron las huellas dactilares de Benny Como, era un caos. Pero, según nuestras fuentes internas, entre las bolsas de patatas, los envoltorios de goma de mascar y las cajas de comida rápida los investigadores encontraron algo muy extraño, teniendo en cuenta quién conducía.

Lem se inclinó.

—Una copia de un poema titulado «Oda a una mosca de la fruta». Se desconoce el nombre del poeta. Su firma es indescifrable.

Lem saltó del taburete como si hubiera tocado un cable eléctrico.

—¡Es el poema de Milo! —gritó—. ¡Ese poema es un bodrio! ¡Y yo soy un idiota!

Mientras arrancaba el coche y salía del aparcamiento, su furia fue en aumento. ¡Qué idiota!, pensó de nuevo. Era más que evidente. Pero ¿fui capaz de verlo? No. El propietario de esa casa de mala muerte que Milo alquila se agrandó el granero hace unos años. Pensaba que esas mulas a las que llama caballos de carreras ganarían el Derby de Kentucky. ¡Y ese granero es lo bastante grande para alojar mi árbol!

## Capítulo 38

—¿Dónde está mi petaca? —Preguntó Packy con calma—. ¿Dónde están mis diamantes?

Era una pregunta imposible de responder porque Wayne tenía la boca tapada con cinta adhesiva. Wayne y Lorna estaban sentados en sendas sillas de la cocina. Ella, al igual que él, tenía las manos y las piernas atadas. Habiéndole advertido a Lorna que si daba un grito sería el último, Packy no se había molestado en taponarle la boca. Supuso que estaba demasiado asustada para atreverse a gritar, y no se equivocaba. También supuso que, en el caso de que Wayne se anduviera con rodeos, ella sabría dónde podía haber escondido los diamantes.

—Wayne —dijo Packy—, tú cogiste la petaca del árbol de los Pickens. Eso estuvo muy mal. Esa petaca es mía, no tuya. Voy a sacarte la cinta de la boca y si gritas me enfadaré mucho. ¿Lo entiendes?

Wayne asintió.

—Lo entiende —aseguró Lorna con voz trémula—. En serio. Quizá no parezca muy listo, pero lo es. Siempre digo que podría haber llegado muy lejos si no fuera tan vago.

—Ya me conozco la historia de su vida —le interrumpió Packy—. Se la contó a un periodista. Y te mencionaba a ti.

Lorna se volvió bruscamente hacia Wayne.

—¿Qué dijiste? —le preguntó.

—Packy, tenemos que darnos prisa —le instó Jo-Jo.

Packy le miró enfurecido. Se había percatado de que el miedo empezaba a desaparecer de los ojos de Covell. La novia tenía razón. Covell no era ningún idiota. Ahora mismo su cerebro estaba funcionando a toda máquina, buscando la forma de conservar los diamantes. Con gesto rápido, Packy le arrancó la cinta de la boca, arrastrando en el proceso los pelos más largos de su bigote.

—¡Ayyyyyy! —aulló Wayne.

—No seas llorica. Millones de mujeres pagan para que les hagan esto todos los meses. Se llama depilación. —Packy se inclinó sobre la mesa—. La petaca. Los diamantes. Ya.

—Wayne no tiene ningún diamante —aseguró Lorna—. De hecho, no tiene un céntimo. Si no me cree, mire en la caja de puros que hay junto al fregadero. Está llena de facturas, la mayoría con el sello de vencidas.

—Señora —dijo Packy—, ¡cierre el pico! Covell, queremos los diamantes.

—No los tengo.

—¡Sí los tienes! —gruñó Packy.

Extrajo de su bolsillo el diamante amarillo que habían encontrado en el suelo del sótano. Lo agitó delante de la nariz de Covell y luego lo dejó sobre la mesa.

—Estaba entre los trapos sucios que arrojaste al sótano.

—Se le debió de caer a alguien. Hoy ha entrado y salido mucha gente. —La voz de Covell era chillona.

—¡Qué diamante tan bonito! —aulló Lorna.

Está asustado, pero no tanto como para no hacernos perder el tiempo, pensó Packy. Se inclinó sobre la mesa hasta tener la cara a dos centímetros de la de Wayne.

—Podría pedir a Jo-Jo que se encargue de ti. Y si lo hace, te aseguro que hablarás. Pero soy buena persona. Y justa. —Recogió el diamante y lo introdujo en el bolsillo de la camisa de Wayne—. Esa cosita que tienes junto al corazón vale dos millones de dólares. Es tuya si nos das la petaca con el resto ahora mismo.

—Ya te he dicho que no sé nada de esos diamantes.

Está ganando tiempo, pensó Packy. Quizá sepa que tiene que venir alguien. Levantó el machete y lo miró pensativamente.

—Creo que se nos ha agotado la paciencia, ¿verdad, Jo-Jo?

—Se nos ha agotado la paciencia —convino Jo-Jo con gravedad.

Packy elevó el machete por encima de su cabeza y apuntó hacia la mesa de la cocina. Con un fuerte golpe, lo clavó en la madera de la mesa. Luego tiró de él.

—Es el machete que te regalé por Navidad, Wayne —gritó acusadoramente Lorna.

—Y por él estamos metidos en este lío —gruñó Wayne. Se volvió hacia Packy—. De acuerdo, te lo diré, pero solo si me das otro diamante, el que parece un huevo de petirrojo. Te quedarán muchos más.

—Si tienes tantos diamantes, a mí también me gustaría uno —intervino Lorna—. Aunque sea pequeño.

—No los hay pequeños —espetó Packy—. Covell, tú quieres el huevo de petirrojo y tu amiga quiere un diamante pequeño. Tendríais que estar juntos. Formáis un buen equipo. ¿Dónde está la petaca?

—¿Aceptas el trato? —Preguntó Wayne—. Yo me quedo con dos diamantes. A ella, ni caso.

—¿La petaca?

—Todavía no me has prometido que me los darás.

—¡Te lo prometo! ¡Qué me muera si rompo mi palabra!

Wayne titubeó, cerró los ojos y luego los abrió lentamente.

—Confiaré en ti. La petaca esta en el cajón inferior de la cocina, dentro de una cacerola grande a la que le falta el mango.

Una fracción de segundo después Jo-Jo estaba arrodillado en el suelo, tirando del cajón y removiendo cacerolas, sartenes y una bandeja de horno oxidada. La cacerola grande estaba atascada en el fondo. Jo-Jo tiró de ella con tanta fuerza que el cajón salió disparado y le derribó. Sus manos, con todo, seguían aferradas a la cacerola. La abrió, miró dentro e introdujo una mano.

—¿Es lo que andamos buscando, Packy? —Sacó la petaca.

Packy se la arrebató, desenroscó el tapón, volcó algunos diamantes en su mano y

los acunó con dulzura al tiempo que suspiraba de alivio.

—Parece que está llena. Supongo que el diamante que encontramos era el único que faltaba.

—¿El huevo de petirrojo? —le recordó Wayne.

—Ah, sí. —Packy volcó con cuidado otros diamantes—. Aquí está, tan grande que casi no puede salir. Pero no importa.

Devolvió los diamantes a la petaca. Entonces se volvió y su brazo salió disparado. Mientras recogía el diamante amarillo del bolsillo de Wayne, este le mordió un dedo.

—¡Ay! —Gritó Packy—. Espero no pillar la rabia.

—¡Wayne, sabía que no debías confiar en él! —gritó Lorna—. Nunca haces nada bien.

Jo-Jo les tapó la boca con cinta adhesiva. Packy agitó la petaca delante de las narices de Covell.

—Te crees muy listo —dijo—. Y tu novia también se cree muy lista. Qué lástima que no tenga tiempo de venderos el puente de Brooklyn. Las personas que creen que un ladrón cumple su palabra no deberían ocupar un espacio en este mundo.

Él y Jo-Jo se dirigieron a la puerta de atrás.

## Capítulo 39

Los Granger doblaron por el camino de tierra que decía SIN SALIDA y procedieron a avanzar con sumo cuidado entre los surcos y grietas de nieve que cubrían el suelo. Detrás, Alvirah, Willy, Regan y Jack vivían con angustia la necesidad de conducir con tiento. Los Granger se detuvieron entonces frente a una casa y la portezuela de atrás se abrió de golpe.

—¡Es esa! —gritó Bobby, señalándola.

—¡Vuelve al coche! —le ordenó su madre.

Jack detuvo el vehículo de los Meehan frente a la casa.

—Este lugar parece abandonado —dijo Willy, examinando la granja con la mirada.

Echaron a andar hacia la casa.

—Mira —dijo Jack, señalando un lado del granero—. Hay una furgoneta blanca con un porta-esquí.

Alvirah y Regan corrieron hasta el porche y miraron por las ventanas. Alvirah agarró el brazo de Regan.

—Hay unos esquís de fondo en el suelo.

—Alvirah, podrían ser de cualquiera —dijo Regan.

—No son de cualquiera —repuso enérgicamente Alvirah—. ¡Al lado está el gorro de Opal! ¡Tenemos que entrar!

—Tienes razón, Alvirah —convino Willy. Intentó abrir la puerta pero estaba cerrada con llave. A renglón seguido, agarró una silla del porche y la arrojó contra la ventana. Al reparar en la estupefacción de los demás, dijo—: Si estamos equivocados, pagaré la ventana, pero confío en la intuición de Alvirah.

En ese momento les llegó un fuerte olor a gas.

—¡Dios mío! —Gritó Alvirah—. Si Opal se encuentra en esta casa...

Jack derribó el resto del cristal con una patada, entró y abrió la puerta. Los ojos le comenzaron a llorar por el efecto del gas.

—¡Opal! —empezó a gritar Alvirah.

Rastrearón la planta baja, pero no había nadie. Willy corrió hasta la cocina y apagó el fogón.

—¡El gas salía de aquí!

Regan y Jack corrieron escaleras arriba, seguidos de Alvirah. Había tres dormitorios. Los tres tenían la puerta cerrada.

—El gas no es tan fuerte aquí arriba —dijo Regan, tosiendo.

El primer dormitorio estaba vacío. En el segundo encontraron a un hombre atado a la cama. Alvirah abrió apresuradamente la tercera puerta y tragó aire. Opal, amarrada también a la cama, estaba inmóvil.

—¡Oh, no! —susurró. Corrió hasta la cama, se inclinó y advirtió que los labios de

Opal se movían y los párpados le temblaban—. ¡Está viva!

Jack se encontraba a su lado, cortando las cuerdas con su navaja de bolsillo. Regan estaba colocando un brazo debajo de Opal para levantarla.

—Si las puertas hubieran estado abiertas, estos dos ya estarían muertos —dijo Jack con gravedad—. ¿Podéis con Opal?

—Por supuesto —respondió Alvira.

Mientras Jack corría hasta el otro dormitorio, Regan y Alvira cargaron a Opal a los hombros y bajaron.

Jack y Willy los siguieron arrastrando a un hombre de pelo largo totalmente grogui.

Salieron rápidamente al porche y caminaron hasta hallarse a una distancia prudente de la casa.

—Si hubiésemos llamado al timbre, es posible que la casa hubiera estallado por los aires —dijo Jack—. Con la cantidad de gas acumulada en la planta baja, la descarga eléctrica habría provocado una explosión.

Mientras se alejaban, oyeron que se acercaba un vehículo. Una camioneta estaba irrumpiendo en la propiedad. Antes de poder pensar siquiera que podían ser los secuestradores de Opal, vieron a Lem Pickens frente al volante. Sin que pareciera reparar en ellos, Lem pasó a toda velocidad y frenó en seco delante del granero. Corrió hasta la entrada, abrió las puertas de par en par y empezó a dar saltos.

—¡Nuestro árbol! —gritó—. ¡Nuestro árbol! ¡He encontrado nuestro árbol!

Entró para examinarlo.

—¡El árbol de los Pickens está en el granero! —exclamó Regan.

Opal seguía suspendida de sus hombros y los de Alvira.

—Packy —farfulló—. Diamantes. Mi dinero.

—¿Sabes dónde está Packy? —le preguntó Alvira.

Lem salió del granero y corrió hasta ellos.

—Nuestro árbol está bien. ¡Solo tiene una rama rota! —Entonces reparó en la escena que tenía delante—. ¿Qué les pasa a estos dos? —preguntó.

—Probablemente los drogaron —explicó Alvira—. Y Packy Noonan está detrás de todo esto.

—Y ese supuesto poeta —aseguró Lem, señalando al adormilado Milo, todavía en brazos de Willy y Jack.

—Wayne... tiene... diamantes... Packy fue... —estaba farfullando Opal.

—¿Adónde? —le preguntó Regan.

—A casa de Wayne...

—¡Sabía que Wayne Covell estaba metido en esto hasta las cejas! —gritó, alborozado, Lem.

Regan se volvió hacia él.

—Lem, usted sabe cómo se va a casa de Wayne. Le ruego que nos lleve. ¡No podemos perder ni un minuto!

Jack estaba avisando por el móvil a la policía local.

Lem se volvió hacia el granero.

—¡Ni hablar! —aulló—. ¡No puedo dejar mi árbol solo!

Bobby Granger había huido de sus padres y corría hacia ellos.

—Yo lo vigilaré, señor —dijo—. ¡No dejaré que nadie lo toque!

—La policía se dirige hacia aquí y hacia casa de Covel. Su árbol estará a salvo —dijo Jack—. Señor Pickens, necesitamos su ayuda. Sabe cómo moverse por esta zona. Los Granger habían dado alcance a su hijo.

—Nosotros cuidaremos de su árbol —aseguró Bill Granger a Lem.

—De acuerdo. Pero dígame a la policía que tengo las llaves del camión plataforma en mi bolsillo. Yo seré quien se lo lleve a Viddy. Pero no pienso subirme a ningún coche con ese poeta.

—Nosotros lo vigilaremos —dijo Bill Granger. Alvira se sentó en el asiento trasero del coche de los Meehan. Luego Jack instaló a Opal y Willy se sentó a su lado. Regan, Jack y Lem se sentaron delante. Jack puso el motor en marcha y salió disparado de la propiedad.

—Gire a la izquierda en el cruce —ordenó Lem—. Sabía que Wayne Covel, Packy Noonan y ese supuesto poeta estaban hechos de la misma pasta. Si están buscando objetos robados, no me extrañaría que los encuentren en casa de Wayne Covel. Ahora, a la derecha.

El coche destartado de Milo se acercaba por la carretera, en sentido contrario.

—¡Es el coche del poeta! —Gritó Lem—. ¡Pero sabemos que él no va al volante!

Jack dio un giro de ciento ochenta grados y quedó atrapado detrás de un camión de reparto. La carretera era demasiado estrecha para hacer adelantamientos.

—¡Vamos! —dijo—. ¡Vamos!

Al llegar al cruce, el cacharro de Milo ya no se veía por ningún lado.

—¡Se fueron por allí! —Lem señaló a la izquierda.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Jack.

—¡Mire! El parachoques está en medio de la carretera. Finalmente se cayó de ese trasto.

Regan había marcado el número de la policía local. Les comunicó que habían visto a Packy Noonan, les facilitó una descripción del coche e indicó la dirección que habían tomado. Opal, entretanto, farfullaba:

—Atrápenle, por favor... Todo mi dinero.

—Le atraparemos, Opal —prometió Regan—. Es una pena que no estés totalmente despierta para ver esto.

Al doblar por una curva atisbaron el coche de Milo, que avanzaba con total tranquilidad. Con una amplia sonrisa, Jack siguió al viejo cacharro, acelerando cuando era necesario para impedir que otros coches se interpusieran entre los dos. A lo lejos divisaron un coche de policía que se acercaba con la sirena encendida. Jack se detuvo para permitir que el coche de policía diera la vuelta y se colocara justo detrás

de Packy. Luego, pese a tener las ventanillas cerradas, pudieron oír la voz de un agente a través del megáfono.

—Deténgase, Packy. No se busque más problemas de los que ya tiene.

Un segundo coche de policía adelantó a Jack al tiempo que otros dos se acercaban por la otra dirección.

Dentro de la cafetera de Milo, Packy agarró la petaca y se la tendió a Jo-Jo.

—¡Deshazte de ella! —le ordenó.

Jo-Jo abrió la ventanilla, sacó la mano y arrojó la petaca, que echó a rodar por el terraplén.

—Todo el trabajo para timar a esos inversores idiotas tirado por la borda —se lamentó Packy mientras observaba cómo la petaca desaparecía.

Detuvo el coche y apagó el motor.

—Salgan con las manos en alto —tronó el megáfono mientras los agentes de policía bajaban de los coches patrulla.

Jack frenó y se apearon todos menos Opal, que se desplomó en el asiento trasero. Regan corrió hasta la cuneta, retrocedió unos treinta metros y bajó resbalando por el terraplén. Sobre la nieve, bajo un gran árbol de hoja perenne, divisó una petaca. La levantó, la sacudió y oyó un ligero movimiento. Sonriendo, abrió el tapón.

—Dios mío —murmuró al ver el contenido. Volcó algunos diamantes en su mano—. Tienen que valer una fortuna —se dijo—. Espera a que Opal vea esto.

Con infinito cuidado, devolvió los diamantes a la petaca y trepó por el terraplén. Corrió hasta Packy Noonan, que ya estaba esposado.

—¿Es esta la petaca de tus sueños, Packy? —preguntó con sarcasmo—. La gente que perdió todo su dinero en tu empresa de transportes se alegrará mucho de verla.

Un golpe en el maletero del coche de Milo los sobresaltó a todos. Tras desenfundar sus respectivas armas, dos policías desbloquearon el cierre del maletero y retrocedieron cuando este se abrió. Benny se incorporó, con la nota de Jo-Jo todavía prendida a la chaqueta, y miró en derredor.

—Sabía que no debíamos ser tan avariciosos —farfulló con un bostezo—. Despertadme cuando lleguemos a la comisaría. —Se tumbó de nuevo y cerró los ojos. Regan se volvió hacia Alvirah.

—Antes de entregarlos, dejemos que Opal los vea.

Regresaron al coche, incorporaron a Opal y le colocaron la petaca en las manos.

—Opal, cariño, mira —le instó Alvirah—. Trata de estar despierta el tiempo suficiente para ver esto.

Regan abrió el tapón.

—¿Qué? —preguntó Opal, amodorrada.

—Estos diamantes representan tu dinero de la lotería. Al menos ahora recuperarás una parte —le dijo Alvirah.

El significado de las palabras de Alvirah penetraron en el cerebro drogado de Opal y la mujer rompió a llorar.

\*\*\*\*\*

Una hora después, Lem Pickens conducía el camión plataforma por el pueblo dando bocinazos. A su lado, Bobby Granger saludaba a la multitud que se había congregado en la calle. Finalmente, tomaron la cuesta que conducía a la casa de Lem.

Alvirah, Willy, Regan, Jack, los Granger y una Opal ahora más despierta aguardaban con Viddy en el porche de los Pickens. La noticia del árbol reaparecido se había extendido como el fuego. Los medios de comunicación habían corrido a instalarse en el jardín para captar el momento en que, todavía dando bocinazos, Lem Pickens entraba triunfalmente en su propiedad con el camión plataforma del centro Rockefeller. La cara de Viddy al ver su amada píceca azul recordó a Alvirah la alegría adormilada que había visto en la cara de Opal, y, al igual que Opal, Viddy rompió a llorar.

## Epílogo

Cuando llegó el día del encendido del árbol de Navidad, Lem y Viddy ya eran, prácticamente, avezados neoyorquinos. Dos días después de haber recuperado el árbol, los Pickens estaban en el centro Rockefeller presenciando su solemne llegada y escuchando al coro de niños interpretar un popurrí de canciones mientras el árbol era instalado. La selección musical, de *Sonrisas y lágrimas*, emocionó a Viddy.

Edelweiss, pensó. Nuestra píceca azul es mi edelweiss.

Habían sido invitados a la fiesta que los inversores de la Empresa de Transportes de Patrick Noonan habían organizado para Opal. Los diamantes fueron valorados en más de setenta millones de dólares, de modo que los inversores iban a recuperar dos tercios del dinero perdido.

Entretanto, Packy Noonan, Jo-Jo y Benny esperaban en la cárcel a ser juzgados y no pisarían una playa en Brasil ni en ninguna otra parte en mucho tiempo. Milo solo se había llevado un tirón de orejas gracias a todas las pruebas incriminatorias que había prometido facilitar y al testimonio de Opal, según la cual había sido un cómplice a regañadientes que se vio enredado en una red criminal mediante el engaño. Ahora estaba de nuevo en el Greenwich Village, escribiendo poemas sobre la traición. Los cincuenta mil dólares de prima que la policía había encontrado en la casa eran falsos. Pero Milo ya había ganado un premio por un poema que había escrito sobre un camión plataforma.

Cuando la policía encontró a Wayne Covell y a su novia Lorna maniatados, Wayne fingió que ignoraba por qué Packy Noonan le había hecho eso. Las versiones combinadas de Opal, Milo, Packy, Jo-Jo y Benny echaron por tierra su declaración. No obstante, como bien dijo Wayne Covell. «De no haber sido por mí, Packy Noonan estaría ahora en Brasil con el dinero de los inversores». Se declaró culpable de destrozar la rama del árbol y aseguró que había estado intentando concebir la forma de devolver los diamantes sin confesar cómo los había conseguido. Su declaración elevó algunas cejas, pero el fiscal, tras negociar con la defensa, le condenó a solo doce horas de servicio a la comunidad. Menudo servicio recibirán de ese, pensó Viddy. Su ex novia estaba de nuevo en Burlington, montándose citas por ordenador y buscando un hombre amable y sensible. Buena suerte, pensó Viddy.

El trago más duro para Packy fue averiguar que las pícecas azules crecen por arriba. No le habría hecho falta cortar el árbol. La petaca estaba a la misma distancia del suelo que el día que la dejó allí. De haberlo sabido, él y los gemelos simplemente se habrían acercado al árbol, habrían descubierto a Wayne en la escalera, le habrían obligado a bajar y habrían cortado la rama que sujetaba la petaca.

Ahora Lem y Viddy estaban en la zona reservada, esperando el encendido del árbol. Los acompañaban Alvira, Willy, Regan, Jack, Nora, Luke, Opal, el amigo de Opal, Herman Hick, del que Alvira había contado a Opal que había ganado recientemente la lotería, y los tres Granger. Todos regresarían al apartamento de

Herman después de la ceremonia. Era una noche fría y hermosa. El centro Rockefeller permanecía abarrotado de gente y las calles de alrededor estaban cortadas.

—Viddy, tú y Lem estuvisteis estupendos esta mañana en el *Today Show* —dijo Regan—. Lo lleváis en la sangre.

—¿En serio? ¿Se me veía bien el pelo?

—¡Más vale, con lo que costó! —exclamó Lem.

—Me encantó que me maquillaran —confesó Viddy—. Le he dicho a Lem que quiero que me maquillen otra vez cuando volvamos para vuestra boda.

—Que Dios me asista —farfulló Lem.

Opal y Bobby estaban sentados juntos.

—Me alegro mucho de haber estado en tu grupo de esquí —dijo Bobby.

—Yo también —aseguró Opal.

—Porque de lo contrario no estaría ahora aquí.

Opal rió.

—¡Y yo no estaría aquí ni en ningún otro lugar!

Herman le tomó la mano.

—Por favor, Opal, no digas eso.

—Es precioso —suspiró Alvirah, admirando el espectáculo.

Willy asintió con una sonrisa.

—Algo me dice que pasaremos por aquí todas las noches durante el próximo mes.

—Alvirah, nunca fuimos a ver tu arce —le recordó Nora.

—Cariño, está visto que nos perdimos muchas emociones —dijo Luke.

—¡No quiero más emociones de esa clase! —aseguró Opal—. Y créeme, a partir de ahora mi dinero se quedará en mi hucha. No habrá más Packy Noonans en mi vida.

Estaban sonando villancicos. Ya faltaba muy poco para el encendido.

Es mágico, pensó Regan. Jack la rodeó con un brazo. Esto también es mágico, se dijo con una sonrisa.

La multitud empezó la cuenta atrás.

—Diez, nueve, ocho...

Lem y Viddy contuvieron el aliento y se cogieron las manos. En un instante deslumbrante y conmovedor, el árbol que habían amado durante cincuenta años se iluminó con miles de luces de colores y la multitud allí congregada estalló en aplausos.



MARY HIGGINS CLARK. Escritora de novelas de misterio estadounidense. Cada una de sus 42 novelas de misterio se ha convertido en un éxito de venta en los Estados Unidos y en varios países europeos y continúan actualmente a la venta. Su primera obra. ¿Dónde están los niños?, ha sido reimpresa hasta en setenta y cinco ocasiones.

Conocida como «La Reina del Suspense», Clark ha sido calificada como una «maestra de la intriga» que tiene la habilidad de crear la tensión lentamente mientras hace que el lector piense que todos son culpables. En sus novelas las protagonistas son mujeres jóvenes fuertes e independientes, quienes se encuentran en el medio de un problema que deben resolver con su propio coraje e inteligencia. Las heroínas son representadas como personas reales, que toman decisiones sensatas, y que hacen pensar a los lectores «esto podría haberme pasado a mí, o a mi hija». Los libros de Clark son escritos para adultos, pero debido a su decisión de no incluir sexo explícito o violencia en sus historias, se han vuelto populares en niños de doce años en adelante.

CAROL HIGGINS CLARK, escritora estadounidense de novelas de misterio. Es hija de la escritora Mary Higgins Clark. Han escrito varias novelas juntas.

Nacida en Nueva York y criada en Nueva Jersey. Tiene 4 hermanos. Se graduó en el Mount Holyoke College. Mientras estudiaba la carrera ayudó a su madre a transcribir sus borradores, cambiando a veces el nombre de los lugares y/o personajes, y así es

como empezó en este mundo. De sus hermanos, es la única que escribe, aunque tiene una cuñada que también es novelista, Mary Jane Clark. Sus novelas están protagonizadas por el mismo personaje, la detective Regan Reilly. También escribe guiones de cine y televisión.